

TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura
ANEXO 7: Piratería en Canarias: Francis Drake
Puerto del Rosario (2014), pp. 107-186, ISSN: 1134-430-X

LA EXPEDICIÓN DE FRANCIS DRAKE A LAS INDIAS
OCCIDENTALES (1585-1586)
Y EL ATAQUE A SANTA CRUZ DE LA PALMA:
APUNTES DE ESTRATEGIA NAVAL Y OTRAS
NOTICIAS HISTÓRICO-CULTURALES

JOSÉ ANTONIO ORTIGUEIRA AMOR
MANUEL POGGIO CAPOTE
VÍCTOR J. HERNÁNDEZ CORREA
LUIS AGUSTÍN HERNÁNDEZ MARTÍN

Real Sociedad Cosmológica
(Santa Cruz de La Palma)

1. INTRODUCCIÓN

Muy pronto el Atlántico dejó de ser un «lago» para los navíos e intereses hispanos y se convirtió en un agitado «abismo». Los asaltos provenientes de embarcaciones piráticas; los ataques navales, primero de Francia más tarde de Inglaterra, y finalmente de Holanda, a las poblaciones costeras de la monarquía española, incluyendo el asesinato o martirio de numerosos religiosos, tornaron las aguas atlánticas en la arena de un verdadero circo, en una naumaquia a escala planetaria. Entre el siglo XVI y comienzos del XIX, la inseguridad del tráfico oceánico y el miedo de las ciudades y villas marítimas condujeron a una continua alerta frente a la amenaza corsaria. Uno de los marinos más temidos de aquellos tiempos fue Francis Drake, cuya estela ha quedado grabada de un modo bien distinto según la perspectiva en que se analice. Para los británicos se trata de un héroe nacional y de una de las figuras más carismáticas de toda su historia. Para los españoles fue un cruel rufián que saqueó y mató sin piedad cuanto tuvo a su alcance. Desde el mismo siglo XVI han sido numerosísimas las páginas consagradas al estudio de sir Francis Drake y, tanto en uno como en otro lado de la frontera, los juicios han concluido en poner de relieve (para bien o para mal) la preeminencia de este marino¹.

Una de las incursiones mejor conocidas de Drake fue la que emprendió entre 1585 y 1586 hacia las colonias hispanas del Nuevo Mundo. En aquella expedición el marino inglés tomó y saqueó con éxito las poblaciones pertenecientes a la corona española de Ribeira Grande o Cidade Velha (Cabo Verde), Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín (Florida). Dicha expedición, además, dio principio a la guerra anglo-española de 1585-1604. Al mando de una poderosa flota, compuesta por cerca de una treintena de navíos —hasta entonces la mayor armada que con fines

¹ Agradecemos a Emilio Abad Ripoll, Carlos Navalón Escuder, José Alberto Cabrera Rodríguez, Antonio Lorenzo Tena, José Pablo Vergara Sánchez, Agustín M. Francisco Curbelo, Pilar Cabrera Pombrol y la Dra. Dulce Rodríguez González la colaboración prestada en la preparación de este artículo.

bélicos había cruzado el Atlántico—, Francis Drake se forjó la leyenda de un caudillo invencible. Un hecho notorio es que la mayor parte de estos ataques fueron realizados desde tierra. Drake concibió sus ofensivas contra los flancos menos protegidos de las poblaciones agredidas, lo que conllevaba menor riesgo que una embestida frontal desde el mar. Así, tras el previo desembarco de las tropas de infantería británicas a varios kilómetros de los núcleos que tenían previsto atacar, aquella armada coronó con éxito la mayoría de las acometidas. Y decimos *la mayoría* porque el primer propósito serio de aquella expedición fracasó. En el ataque a Santa Cruz de La Palma (Canarias), acaecido el 13 de noviembre de 1585, por una vez le falló la fortuna. Lo más destacado de este hecho es que Drake probó como táctica de desembarco un embate directo desde el mar. Conviene recordar que hasta entonces no se habían practicado con demasiada asiduidad los ataques navales contra poblaciones litorales. En Santa Cruz de La Palma, primera escala de relevancia de la expedición, Drake optó por un ataque frontal y, una vez comprobadas las dificultades que ofrecía una operación de esta envergadura, modificó su estrategia en el resto de la expedición: como se ha apuntado, un desembarco de la infantería a cierta distancia del objetivo y una aproximación por tierra desde la retaguardia enemiga. En estos casos, la actividad de los buques de la flota se limitaba a acciones de diversión, atrayendo la atención de los defensores sobre ellos.

En 1585, Santa Cruz de La Palma era una de las principales ciudades del archipiélago canario². La situación geográfica de la isla La Palma —en una posición privilegiada, en medio de las rutas oceánicas— así como las rentables producciones agrícolas —basadas en los monocultivos del azúcar y del vino (en especial, los cotizados malvasías)— habían convertido a la capital palmera en una de las plazas más relevantes de la monarquía hispana. En la *ciudad de La Palma*, nido de una considerable cultura humanística, residía una importante colonia flamenca, dedicada al comercio y a las explotaciones agrícolas³. Ya en 1558, con el fin de fiscalizar el tráfico marítimo transoceánico, la corona había fijado en Santa Cruz de La Palma el primer despacho canario del Juzgado de Indias. Cabe entender por todas estas circunstancias la calificación de la ciudad, suscrita hacia 1590 por el clérigo azoreano Gaspar de Frutuoso (1522-1591), como «el Peruche» o el Perú del Atlántico⁴.

² MARTÍN RODRÍGUEZ (1995).

³ Véase, por ejemplo: HERNÁNDEZ MARTÍN (2005), v. II, pp. 185-280.

⁴ FRUTUOSO (1964), pp. 41 y 116.

Bajo estas premisas estratégicas, el planteamiento de estas líneas pretende subrayar la importancia que el fracaso de la ofensiva contra Santa Cruz de La Palma tuvo en el resto de esta expedición contra de los intereses españoles en el Caribe. Además, con frecuencia, las disertaciones que se ocupan de esta empresa bélica de Drake suelen obviar el episodio palmero o, incluso, confundirlo con otras poblaciones homónimas o de nombre muy parecido; sin ir más lejos, como Las Palmas de Gran Canaria⁵. La hipótesis es muy simple: ¿la estrategia empleada en aguas canarias condujo al marino inglés a modificar su *modus operandi* en el resto de los ataques de la incursión de 1585-1586? De igual modo, en razón de la acentuada significación que a nivel local ha disfrutado desde siempre este hecho de armas, conviene detenerse en sus vicisitudes y valorar en todas sus dimensiones los distintos matices sobrevenidos en aquel 13 de noviembre.

Con el fin de analizar estas circunstancias, el presente artículo se ha apoyado en diversas fuentes bibliográficas y documentales. De una parte, en las crónicas anglosajonas coetáneas; el texto más clarificador, *A summary and true discourse of Sir Francis Drakes: West-Indian Voyage*, iniciado por el capitán de infantería Walter Bigges, fallecido poco después de salir de Cartagena de Indias y, posiblemente, concluido por el teniente Maister Groster⁶, y que se ha completado con otras referencias paralelas, alguna de ellas con láminas de los movimientos de tropas, que ha facilitado un estudio detallado de las acciones sobre el terreno⁷. Junto a ellas, se han consultado las ediciones documentales de la Hakluyt Society de Londres⁸, así como otros exámenes recientes⁹. De otra parte, se han asido los trabajos hispanos, en especial la monumental obra *Canarias y el Atlántico: piraterías y ataques navales* de Rumeu de Armas¹⁰. De igual modo, se han revisado las fuentes documentales palmeras localizadas en el archivo del antiguo concejo o cabildo de la isla. A través de todo el conjunto, ofreceremos una panorámica de la «visita» de Drake a Santa Cruz de La Palma y su posible transcendencia en un marco más general.

⁵ Valgan como ejemplo dos artículos recientes divulgación, publicados en cabeceras de distinto corte. En ambos no se menciona el ataque a Santa Cruz de La Palma; véanse: Parker, Geoffrey. «Drake, el pirata favorito de la reina Isabel de Inglaterra». *Abc* (Madrid, 15 de septiembre de 2013), pp. 62-63; Cardeñosa, Bruno. «1585-1604: España contra Inglaterra, la "angloguerra"». *Historia de Iberia vieja: revista de historia de España* (Madrid, septiembre de 2013), pp. 30-35.

⁶ Con varias ediciones de la expedición, entre ellas una en latín.

⁷ EXPEDITIO (1597); SUMARYE (1589); SUMARYE (1597).

⁸ KEELER (1981).

⁹ En especial: KONSTAM (2011). También han sido de utilidad dos de las últimas biografías publicadas sobre Drake, en especial por las visiones contrapuestas que presentan; véanse: SUGDEN (1990) y KELSEY (2002).

¹⁰ RUMEU DE ARMAS (1991), v. II, 1ª parte, pp. 7-31.

En cuanto a la metodología que nos ha guiado, se plantea una panorámica global hasta ofrecer una visión particular del ataque a Santa Cruz de La Palma. Así, en primer término, se han analizado tanto la biografía de Francis Drake como la célebre expedición a las Indias Occidentales de 1585-1586; en este último punto se han tenido en cuenta, sobre todo, las estrategias del marino inglés en las diferentes acometidas a las poblaciones ribereñas de la corona española. A continuación, se ha examinado el intento de invasión a la capital palmera. En toda esta exposición debe observarse que con frecuencia se han obviado muchas citas de obras generales, no insertándolas en nota al pie, pues muchas anotaciones hacen referencia a datos sobradamente conocidos que no necesitan aclaración en el contexto más reducido del ataque de Francis Drake a Santa Cruz de La Palma, un episodio ciertamente olvidado dentro de la historiografía draconiana.

2. FRANCIS DRAKE, EL «DRAGÓN» DE LOS MARES

Como ya hemos mencionado, Sir Francis Drake (ca. 1539-1596) constituye una de las personalidades más conocidas y mejor valoradas por la actual población británica, un verdadero mito para la cultura inglesa contemporánea. Buena muestra de esta popularidad es The Drake Exploration Society, entidad que cuenta entre sus objetivos los de «*perpetuar la memoria de Sir Francis Drake*» o digitalizar todas las referencias relativas a sus exploraciones y viajes¹¹. Otro testimonio de esta relevancia viene dada por la cantidad de literatura existente sobre la vida y acciones del pirata, tanto de carácter histórico como novelada, algunos de cuyos títulos se han llevado al cine o a la televisión en forma de documentales, series de aventuras —v. gr., *Sir Francis Drake* (1961)— y largometrajes, alguno muy fidedigno, como *Elizabeth: the golden age* (2007), y otros de naturaleza fantástica, como *The immortal voyage of captain Drake* (2009). Todos han contribuido a fijar en los anglosajones la memoria del navegante y militar inglés en dimensión elevada, ya como persona real ya como personaje de ficción. No en vano, Drake es representante de los conocidos como *perros del mar*, soldados y marinos fieles a la reina Isabel I, que se enfrentaron (derrotándola) en 1588 a la Armada Invencible de Felipe II. En su época, Sir Francis Drake logró erigirse

¹¹ The Drake Exploration Society dispone de un sitio en la red: <http://www.indrakeswake.co.uk/Society/>. En el afán de rastrear las huellas de Drake, por ejemplo, Michael Turner, su fundador, ha visitado Santa Cruz de La Palma en dos ocasiones.

en uno de los militares más prestigiosos y en el primer anglosajón que consiguió dar la vuelta al mundo en 1580. Los éxitos logrados en sus diferentes expediciones, en especial hasta 1588, le catapultaron como una de las figuras más prominentes de la sociedad isabelina. En su hoja de servicios se encuentran el ejercicio de actividades de comandante de la armada, corsario, mercader de esclavos, explorador y pirata.

Francis Drake había nacido hacia 1539 ó 1540 en Tavistock, pequeña población situada al norte de Plymouth (en la costa meridional de Inglaterra), en el condado de Devon. Fue el hijo mayor entre doce hermanos. Sus padres, Edmund, activista protestante, y Mary Drake, ayudaban a John Drake, hermano del primero y cuñado de la segunda, a llevar la granja que había alquilado en la expresada aldea minera y mercantil a Lord Russel, conde de Bedford. Debido a las buenas relaciones que mantenía con la familia, Lord Russel apadrinó a Francis en su bautizo. En 1549, con motivo del enfrentamiento entre católicos y reformistas, la familia se trasladó a Kent, donde se alojaron en un barco o casa flotante. Su padre, ya como clérigo protestante, centró su atención a la predicación entre las gentes de la mar. La ocasión que le brindaba el puerto de Kent permitió al joven Francis forjar su futuro en la navegación y así, a la corta edad de 13 años, se embarcó en un navío mercante en calidad de aprendiz de su propietario. En él inició sus viajes comerciales a puertos continentales o de las islas británicas y a la muerte de su tutor Drake heredó la embarcación. A los veinte años ya se había convertido en un experto marinero y comerciante y era, además, dueño de su propio mercante. Sin embargo, con el ánimo de ampliar horizontes, vendió el barco y se puso al servicio de su primo segundo, John Hawkins, reconocido mercader que había traficado anteriormente, entre 1562 a 1563, con esclavos africanos en las colonias españolas del Caribe. En el intervalo de 1564 y 1565, Hawkins repetiría viaje, llevando a cabo una segunda expedición con cuatro navíos y el propósito de vender esclavos africanos en las costas de Venezuela, Curaçao, Riohacha y Cartagena de Indias. Este viaje, fue todavía más lucrativo aún que el anterior y, por lo tanto, proporcionó a los inversores mayores beneficios que en el primero. Además, le reportó a su regreso a Inglaterra el título de Sir a John Hawkins que le fue concedido por la reina Isabel. Aunque lo había solicitado, el joven Drake no había tomado parte en la empresa, ya que Hawkins, precisamente debido a su juventud, no lo había autorizado.

Así las cosas, la primera expedición de cierta envergadura en la que Drake tomó parte se llevó a cabo entre 1566 y 1567. En noviembre del

primero de esos años partió como marinero en una flota de tres navíos propiedad de Hawkins, quien, sin embargo, no pudo participar debido a las quejas expuestas por el embajador español Guzmán de Silva ante la reina en razón a sus reiteradas entradas ilegales en el Caribe. En su lugar, Hawkins puso al mando de la flotilla al capitán John Lovel. Su objetivo era, al igual que en los viajes anteriores, la captura de esclavos en la costa africana para venderlos después en los mercados centroamericanos. Durante la misión, en una escala en el archipiélago de Cabo Verde, la flota de Lovel atacó y consiguió apresar varios barcos negreros portugueses. Esta acción pirática supuso la captura de un buen número de esclavos, por lo que de inmediato se cambiaron los planes iniciales (ya no hacía falta ya ir a la costa africana) y la flota partió en dirección al Caribe. En septiembre de 1567 la expedición ya había regresado a Inglaterra. Con veinte y siete años, en su primer viaje lejos de las costas británicas, Drake ya había tenido su primera experiencia de combate y había comerciado con esclavos.

Pocos meses más tarde el joven volvió a enrolarse en una nueva expedición esclavista. Al mando de su primo John Hawkins, la iniciativa tenía como finalidad la captura de «mercancía» en las riberas africanas. La flota, compuesta por cinco navíos, dos al mando de Hawkins y tres bajo las órdenes de Drake, partió de Plymouth en octubre de 1567. Drake era uno de los oficiales más jóvenes de la escuadra de Hawkins. La expedición hizo la primera escala en Tenerife, donde se reabasteció. El gobernador español aprovechó esta circunstancia para enviar una carta al rey informando del viaje y su destino, seguramente el Caribe. Desde Tenerife, Hawkins y Drake partieron hacia la costa africana. Una vez acomodado el cargamento humano, se dirigieron a los puertos coloniales españoles del Nuevo Mundo, adonde llegaron en marzo de 1568. Ya en aguas del Caribe. Se vendieron los esclavos y mantuvieron varios enfrentamientos armados con los españoles. El más conocido de todos acaeció cuando un temporal derivó los navíos británicos a San Juan de Ulúa, en el golfo de México, donde encontraron y fueron derrotados por una flota española perdiendo varios barcos y la mayor parte de la tripulación. Aquella derrota despertó en Drake un profundo rencor y deseo de venganza contra los españoles. En enero de 1569, una vez en Inglaterra, Hawkins denunció ante la reina el ataque sufrido por parte de los hispanos, solicitando en compensación la confiscación de bienes españoles con los que resarcirse de las terribles pérdidas acumuladas; eso sí, Hawkins no mencionaba el hecho de que su presencia en aguas caribeñas había sido ilegal. Mientras

tanto, en julio de ese año, Drake aprovechó la permanencia en tierra para contraer matrimonio con Mary Newman.

Con este poso de animadversión y con la ambición propia de un joven marino, entre 1569 y 1570 Drake realizó un nuevo viaje a América, aunque de pequeña entidad no pudiendo ni siquiera considerarse de «reconocimiento armado». No obstante, esta expedición fue la primera que organizó personalmente y mandó. El devoniano emprendió la travesía con dos pequeños barcos, el *Dragon*, de treinta y cinco toneladas y en el que ondeaba su bandera, y el *Swan*, de veinte y cinco, adquirido con las ganancias de su viaje con Lovel. Su tripulación era reducida, contando apenas con cincuenta hombres. De la expedición apenas nos han llegado noticias. Las pocas contrastadas, registradas en informes españoles, indican que se inició en noviembre de 1569 y que tuvo una duración inferior a un año. El balance, no obstante, fue positivo. A su regreso, la reina concedió a Drake el derecho legal de atacar los barcos y asentamientos españoles, es decir, una patente de corso.

Contando de este modo con la autorización real, Drake preparó una nueva expedición. Aunque eso sí, aún más reducida en efectivos que la de 1569-1570. Con un solo barco, el pequeño *Swan*, partió en noviembre de 1570, alcanzando en febrero de 1571 Panamá; allí aprovechó para asaltar por sorpresa un pequeño buque de guerra español, en el que los sorprendidos tripulantes apenas tuvieron tiempo de defenderse. Su diminuto navío no le permitía ataques en fuerza, por lo que siguió actuando sigilosamente, logrando capturar varias embarcaciones españolas. De estos incidentes constan algunos datos provenientes de fuentes españolas; en ellas se afirma que Drake robó varios barcos cargados de mercancías en el río Chagres. En medio de estas acciones, el marino inglés logró asociarse con corsarios hugonotes franceses dirigidos por Jean Bontemps¹². Una parte importante del éxito de la expedición hay que apuntarla a la ayuda francesa, sin la cual habría sido impensable que los ingleses, con una embarcación tan pequeña, hubiesen salido airosos de aguas dominadas por españoles; sin los franceses, además, el botín habría sido bastante más reducido de lo que fue, estimado a su llegada a Plymouth en 40.000 ducados en oro, plata, seda y tafetán. La suerte sonreía a Drake, quien pasó a disponer de una gran fortuna, que empleó en lo sucesivo para financiar otras expediciones.

¹² Bontemps, pirata francés, nacido en Normandía, actuó en el Caribe desde 1559 hasta 1572, año en el que murió cuando atacaba Curazao. En 1563 y 1567, había colaborado con las tropas británicas que ocupaban Le Havre; en el Caribe llegó a colaborar con John Hawkins y Lovell en la venta de esclavos.

Bajo esta ascendente posición social, en 1572 el devoniano emprendió su quinto viaje al mar Caribe, el tercero como máxima autoridad. Animado por los éxitos inmediatos, armó una flota de dos barcos, en la que se integraron sus hermanos Joseph y John. Los navíos salieron de Inglaterra el 24 de mayo de 1572¹³, siendo su buque insignia el *Pasco* (o *Pasha*), de John Hawkins, el mayor armador de la expedición, al que acompañaba el pequeño *Swan*, al mando de John Drake, hermano del jefe. La tripulación de ambos barcos se componía de setenta y tres hombres. En julio de ese año, atacaron la ciudad de Nombre de Dios en Panamá, sin éxito, y durante el combate Drake fue herido en una pierna, de cuyas secuelas nunca llegó a recuperarse del todo. A continuación, Drake se dirigió a Cartagena de Indias y allí capturó un barco español; no satisfecho con ello, volvió a Panamá con la intención de rapiñar la plata procedente de las minas peruanas. Con la información proporcionada por negros cimarrones (esclavos negros libertos) y el apoyo, de nuevo, de hugonotes franceses, dirigidos esta vez por Guillaume Le Testu (1509-1573)¹⁴, Drake capturó, cerca de Nombre de Dios, una columna de mulas cargada de plata procedente de la costa del Pacífico; el botín se tasó en unos 200.000 pesos¹⁵. Es curiosa la alianza de Drake con los cimarrones, a los que hacía bien poco había utilizado como mercancía y con los que había traficado desde África. Sin duda, ello pone de relieve su aguda inteligencia para buscar las mejores alianzas en aras de sus intereses. La expedición regresó a Inglaterra el 9 de agosto de 1573 con un botín de 50.000 pesos, con el que pudo cubrir los gastos y, al mismo tiempo, conseguir un pequeño beneficio. Sin embargo, en el transcurso Drake perdió a sus dos hermanos. El odio hacia los católicos españoles se acrecentó aún más a partir de entonces.

Las tres incursiones emprendidas en 1569-1570, 1570-1571 y 1572-1573 forman parte de un periodo en el que la piratería y el saqueo consiguiente representaban, en la práctica, acciones de represalia. En un plano teórico —jurídico o legal, si queremos— se iniciaron como acciones de comercio y acabaron siendo operaciones de hostigamiento y devastación.

¹³ Las fechas en calendario juliano, están indicadas en la monografía: JOHNSTONE (1837).

¹⁴ Marino, corsario, explorador y cartógrafo francés recordado por haber explorado el litoral brasileño en 1551; fue autor de un atlas de 56 cartas (*Cosmographie universelle selon les navigateurs, tant anciens que modernes, 1555-1556*) y colaborador de la escuela de cartografía de Dieppe. Era protestante, por lo que estuvo en prisión. Al ser puesto en libertad se convirtió en corsario dirigiéndose al Caribe uniéndose en 1573 a la expedición de Drake cuando se encontraba en Panamá. Como cartógrafo, indicó a Drake la posibilidad de cruzar al océano Pacífico por el Sur. Participó con él en el ataque a Nombre de Dios (Panamá) y en la captura de la columna de mulas cargadas de plata. Fue capturado y ajusticiado por los españoles unos días más tarde.

¹⁵ Drake enterró la mayor parte del tesoro que, con posterioridad, fue recuperado por los españoles.

Estas expediciones no se integraban originalmente en una política inglesa antiespañola, sino que se trataba de empresas particulares motivadas por el lucro y la fama. Sin embargo, estas incursiones pueden considerarse como un incipiente acto de guerra marítima que enfrentaba a ingleses contra españoles actuando, al fin y al cabo, como medio de presión para que España fuera abandonando una posible política de conciliación llegando a madurar la creación de una poderosa flota, la Armada Invencible, con la que doblegar a la marina inglesa y, al mismo tiempo, ofrecer un mecanismo de protección a sus navíos del Caribe. Esta posición se hizo especialmente patente en 1580, a propósito de la anexión de la corona portuguesa, momento en que el rey de España pasó a disponer de la flota de galeones oceánicos lusitanos.

Desde el punto de vista español, estos viajes y las acciones piráticas llevadas a cabo por los ingleses supusieron una violación de su soberanía en el Caribe. Por este motivo, Felipe II, a través de su embajador en Londres, reclamó a la reina inglesa el cese de las actividades de sus barcos nacionales y la devolución de los bienes robados¹⁶. La reina Isabel no reconocía oficialmente los actos de Drake, aunque en realidad se beneficiaba de ellos. En 1574, el Tratado de Bristol, firmado entre España e Inglaterra, trajo consigo unos años de paz relativa, dedicados a la indemnización mutua de las pérdidas, aunque su instauración tuvo poca vigencia. Con una asentada posición económica, Drake se mantuvo varios años apartado de los viajes de ultramar, dedicándose durante ese tiempo a asuntos familiares y personales; incluso se cree que participó en las campañas inglesas en Irlanda. También se enfrascó entonces en el estudio de nuevas rutas y en la planificación de su siguiente viaje. En este ambiente, el devoniano se reunió con personalidades influyentes de la corte, cartógrafos y científicos, hasta conseguir los datos necesarios sobre la ruta sur y de las costas americanas del Pacífico. Comenzaba ya a barruntar una nueva expedición, esta vez diferente a las anteriores, centradas en el Caribe, en las que las mejoras defensivas españolas habían aumentado las dificultades y los peligros que corrían los barcos piratas (recordemos que dos de sus hermanos habían fallecido en la de 1572-1573). Drake concibió y maduró la idea de atacar los intereses hispanos en el otro lado del continente. Por una parte, las localidades del Pacífico no esperaban un ataque, ya que nunca lo habían sufrido y, por lo tanto, estaban desprevenidas y eran más vulnerables que las caribeñas y, por otra

¹⁶ Carta del rey de España a la reina de Inglaterra con relación de los saqueos de 1568 a 1575 («Memoria que se dio a Enrique Cobban de los corsarios ingleses que han hecho robos en Indias»). En: MEMORIAS (1832), t. VII, pp. 457-459.

parte, los navíos españoles que desde los centros de explotación portaban la plata hasta su bien conocido destino panameño, contaban con poca o ninguna protección, por lo que eran objetivos fáciles para la rapiña.

Drake planeó así su nueva expedición, en la que su flota se dirigiría al sur cruzando desde el Atlántico al océano Pacífico y teniendo como objetivo principal los buques españoles que transportaban las mercancías a Panamá desde Perú y México. La expedición contó con el apoyo y la financiación de la reina y otros campanudos personajes de Inglaterra, que participaron en ella convencidos por Drake, quien les había asegurado que la incursión en aguas del otro lado cogería por sorpresa a los españoles (lo que se demostró cierto) y que apenas contaban con protección en sus puertos ni en sus barcos, por lo que sería relativamente fácil conseguir beneficios. De hecho, en la primera plaza del Pacífico en la que desembarcaron los ingleses, fueron recibidos como españoles por la población. No obstante, en razón a las tensas relaciones diplomáticas con España, este apoyo se mantuvo en secreto y el viaje se consideró de «piratería», es decir, no autorizado por la corona. La flotilla, nutrida de cinco buques —el *Pelican*, al mando de Drake, el *Elizabeth*, bajo las órdenes del capitán John Winter, el *Swam*, a cargo del capitán John Chester, el *Marygold*, capitaneado por John Thomas, y el *Christopher*, una pinaza mandada por el capitán Thomas Moore—, partió, tras un primer intento fallido, desde Plymouth el 13 diciembre de 1577¹⁷ y, después de un accidentado trayecto por el Atlántico, llegó al Pacífico con un solo barco, el *Pelican*, al que Drake cambió el nombre por el de *Golden Hind* (*La gacela dorada*). En el vasto Pacífico, y apoyado en la sorpresa que suponía por primera vez la presencia de un navío de guerra en esta zona, inició los saqueos en Valparaíso (en las costas de Chile) el 25 de noviembre de 1578 y, continuando los pillajes, alcanzó Perú en enero de 1579¹⁸. Prosiguió, rumbo norte, capturando un barco español apenas protegido, el *Nuestra Señora de la Concepción*, cargado de oro y plata, con un valor de 400.000 pesos. Con la alarma dada y varios barcos persiguiéndole, consciente del triunfo cosechado, Drake puso rumbo al norte, donde su rastro se perdió definitivamente.

En el frente español, el célebre Pedro Sarmiento de Gamboa (*ca.*

¹⁷ La expedición había partido un mes antes, pero una tormenta les obligó a regresar a puerto.

¹⁸ Drake atacó Valparaíso y Arica, en Chile; El Callao, en Perú en donde capturó un barco con 25.000 pesos de oro, y bombardeó Paita; las costas del Ecuador, en donde capturó el galeón *Nuestra Señora de la Concepción*, alias «Cagafuego», que se había escapado de El Callao, cargado de plata por valor de 400.000 pesos; las costas de Costa Rica, en donde capturó otro barco; las costas de El Salvador en donde capturó un barco mercante; y México, en donde incendió Oaxaca y saqueó Acapulco.

1530-1592) había acechado su estela en las costas de Perú¹⁹; por su parte, en Centroamérica, una pequeña armada, mandada a componer por el gobernador y capitán general de Guatemala, García de Valverde, había salido también en su persecución. La creación de esta última flota en la costa oeste del continente no se tornó fácil. En todo caso, consiguieron armarse tres navíos y una lancha, con una tripulación de 200 hombres, entre ellos, «*valientes soldados que se habían distinguido al servicio de la corona*». Dada la inesperada situación, el gobernador encargó a fundidores de la capital «*cinco piezas gruesas de artillería de bronce muy buenas*» y solicitó, además, a México pólvora, cañones pequeños, esmeriles y mosquetes. En julio la flota estaba preparada para partir. Se nombró almirante de la escuadra a Diego de Guzmán y, como general, a Diego de Herrera, con la orden de «*batir al corsario en donde lo encontrara*». Partieron los buques guatemaltecos en dirección norte, llegando hasta Acapulco, donde se toparon con el «*galeón del Pacífico*» («*nao de China*»), procedente del archipiélago filipino; por él dedujeron que el buque inglés no había seguido la ruta al oeste²⁰. Después de una búsqueda infructuosa y sin tentar más al norte, la flotilla regresó a Guatemala con las manos vacías. El gobernador García de Valverde no recibió bien la noticia; alegó que Drake debía estar en «*la ensenada de California reparándose él, su gente y navío de muchas necesidades que forzosamente habría de traer de tan largo viaje*» y acusó al general Diego de Herrera de negligente, ordenando su prisión en la cárcel. Lo cierto es que el inglés ya no se encontraba en la zona, pero, aún así, en su apresurada navegación hacia el norte tuvo tiempo de dejar huella de su paso por Guatemala; ello fue motivo de toda clase de relatos y leyendas. Al parecer, en la escala de Guatemala durante su viaje septentrional, Drake dejó embarazada a una viuda. La descripción del suceso, tomada de fuentes guatemaltecas, es la siguiente²¹:

«inútil fue el cuidado que se tenía en la costa, pues el 12 de febrero de [1579], se recibieron avisos de haber desembarcado el pirata

¹⁹ Pedro Sarmiento de Gamboa (1532-1592) fue navegante, cosmógrafo, matemático, soldado, historiador y estudioso de las lenguas clásicas. En 1578, fue el encargado de dirigir la persecución, con dos barcos de Drake, después de que el inglés atacara la costa de Perú. Autor de numerosos escritos, se ocupó de la censura de la tercera parte de la obra de Juan de Castellanos *El discurso del capitán Francisco Draque* (1590), impidiendo su publicación debido a posible contenido proselitista en favor de Drake.

²⁰ La «*nao de China*» era un galeón que partía desde Acapulco y hacía viaje de ida y vuelta a las islas Filipinas. De 1571 a 1815, durante dos meses al año, Acapulco se convertía en el puerto comercial más importante de Nueva España, cuando arribaba a puerto el galeón de Filipinas (galeón de Manila) cargado con valiosas mercancías chinas, japonesas, ceilandesas e incluso del medio oriente (Damasco).

²¹ ORTEGA GAYTÁN (2005).

en el puerto de Tonalá, de donde marchó hasta la hacienda que en esos días era propiedad de los hijos de don Antonio de Guinea y Murga. Allí Drake violentó a una viuda y hubo de ella un hijo».

Fuentes de Guzmán relata este episodio a medias, dejando en el original varios espacios en blanco en los que debería haber escrito los nombres de la mujer y del hijo, aspecto que finalmente no remató. Sin embargo, líneas abajo, en el mismo documento, asevera que, «*cuando gobernaba en la provincia de Sonsonate, alcanzó a conocer a un nieto de Drake*»²². Aunque aparentemente anecdótico, el hecho ha de recalcarse, ya de que, de ser cierto, nos pondría en la pista sobre el único descendiente del devoniano. En este sentido, cabe recordar que Drake casó por primera vez en 1569; su esposa, Mary Newman, murió, doce años más tarde, en 1581. Drake, que no había tenido descendencia en su primer enlace, volvió a casarse en 1585, esta vez con Elizabeth Sydenham, hija única y rica heredera. Tampoco tuvo hijos de este segundo matrimonio, siendo su sucesor un sobrino de su mismo nombre, Francis Drake. La tradición recogida por Fuentes y Guzmán dibuja una estirpe que, de autenticarse, nos colocaría ante la única conocida, aunque fuera con la facción enemiga.

Tras su paso por Centroamérica, Drake prosiguió rumbo al norte, pues al oeste no podía dirigirse por los fuertes vientos que azotaban su nave, llegando casi hasta la frontera actual entre Canadá y los Estados Unidos. A salvo de sus perseguidores, regresó a California donde fondeó el 17 de junio en una bahía indeterminada de la costa. Durante la estancia en «a good harbour» fundó el puerto de *Nueva Albión*²³; en él permaneció durante 36 días, en los que la flota mantuvo un trato cordial con los nativos²⁴. El 23 de julio abandonaron el fondeadero, cuyos vestigios han sido rastreados, sin éxito, por historiadores y arqueólogos contemporáneos. Después de tantear la posibilidad de un paso transoceánico por el norte, Drake regresó a Inglaterra por poniente. Con este derrotero, tomó rumbo a Asia y atravesó el Pacífico. En noviembre los ingleses llegaron a las islas Molucas y a las Célebes, donde recogieron varias toneladas

²² Francisco Antonio Fuentes de Guzmán (1634-1700) fue un cronista guatemalteco, natural de la ciudad de Santiago, de la que, a los 18 años, fue corregidor y, luego, alcalde; desempeñó los empleos de corregidor de Totonicapán y Sonsonate, cargo que ostentaba cuando murió. Este episodio fue aprovechado por el escritor José Milla y Vidaurre (1995) en su obra *El visitador*, cuyo protagonista es Francisco Molinos hijo del corsario inglés.

²³ JOHNSTONE (1837). Se indica la posibilidad de que el puerto sea el actual San Francisco: «*On the 17th June they anchored in a good harbour, apparently that now called Port San Francisco, on the shore of an inhabited country in 38°, 30' north*».

²⁴ Esta estancia y el trato con los nativos se encuentra relatada en JOHNSTONE (1837).

de especias. En marzo de 1580 alcanzaron la isla de Java. Continuaron rumbo oeste dejando atrás el cabo de Buena Esperanza el 15 de junio. Cuando el *Golden Hind* arribó a Inglaterra el 26 de septiembre de 1580, Drake había culminado la circunvalación del mundo casi tres años después de su partida y, en ese momento, pasó a convertirse en uno de los personajes más estimados y ricos del país. No en vano, se trataba del primer británico que había culminado la vuelta al mundo; eso sí, casi sesenta años más tarde que la emprendida por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano.

Fue de este modo cómo el 4 de abril de 1581, en la cubierta del *Golden Hind*, la reina Isabel invistió a su elegido con el título de *sir*. En un solo viaje Drake había conseguido para la corona ampliar los conocimientos geográficos, abrir la puerta de América del Norte, potenciar la armada nacional e incrementar las riquezas de la casa real. El resultado más importante, no obstante, fue sociológico: Inglaterra perdió el respeto a España y se dispuso a la conquista de los mares. Fue entonces cuando en el mundo hispánico el apellido de Drake fue asimilado simbólicamente con la voz *Draco* ('dragón') gracias a su cercanía fónica, y se le identificó a partir de esta vinculación semántica con el demonio y, en fin, con una criatura infernal, síntoma evidente del temor que infundía²⁵. De personalidad poliédrica, sus hazañas maravillaban y horrorizaban a partes iguales. Líder nato, nauta experimentado y experto en táctica naval, contaba en su haber con un ardiente celo religioso junto a un apetito voraz y desmedido por el saqueo y la consecución de riquezas. En cualquier caso, siendo justos, la biografía de Drake podría catalogarse como uno «*de los más grandes navegantes, no sólo de Inglaterra, sino de la historia de la navegación mundial*»²⁶.

En 1581 las relaciones diplomáticas entre España e Inglaterra se encontraban muy deterioradas, y no sólo por los mencionados actos de piratería y corsarismo obrados por Hawkins, Drake y otros marinos. Varios factores más agriaban las relaciones entre ambos estados: de un lado, el encarcelamiento de María, reina católica de Escocia; de otro,

²⁵ WRIGHT (2001), pp. 115-130. Por el contrario, apunta también: «A primera vista, el dragón/Drake parece servirse de la demonología de La Revelación para destruir al enemigo y crear un contraste absoluto entre los españoles e ingleses. Así se ha interpretado en los pocos estudios de la obra, dando lugar a un desprecio crítico que ha alejado el texto de la mirada de los especialistas en literatura 34. No obstante, si buscamos al dragón en la cultura letrada de la época, vemos un símbolo más complejo y apropiado que servía como ejemplo para un príncipe que pronto iba a gobernar un imperio inmenso que estaba plagado de conflictos. De hecho, el ensayo de Sebastián de Covarrubias sobre el dragón muestra que el supuesto «monstruo» es, en realidad, una alegoría del príncipe que rige un imperio formado con conquistas y herencias».

²⁶ ABAD MUÑOZ (2008), v. 2, p. 191.

el apoyo de Inglaterra a los insurrectos flamencos; el respaldo hispano a los irlandeses en 1580; y, por último, el recelo británico despertado por la flota de galeones oceánicos dispuesta por España a partir de la incorporación del reino de Portugal (1580). Sobre este tablero, la política inglesa intensificó su ayuda a los holandeses insurrectos, a los protestantes hugonotes franceses y a los portugueses disidentes que luchaban contra la corona española. Con unas relaciones diplomáticas tan tensas, la expedición en 1585-1586 de Drake al Caribe supuso, de hecho, la declaración de guerra entre ambas naciones.

La responsabilidad en el principio de estas hostilidades, como suele suceder con frecuencia, fue reprochada de manera simultánea por los dos reinos. Para España, la causante fue la mencionada expedición de 1585 comandada por Francis Drake. Para Inglaterra, fue una orden real española para incautar barcos ingleses en territorios de la corona. Cabría recordar que en 1585, cuando los británicos declararon abiertamente su apoyo a los independentistas holandeses, Felipe II ordenó confiscar todas las embarcaciones inglesas que se encontraban en los puertos españoles. Los anglosajones, entre todas las represalias que tomaron por este hecho, entendieron que «*la réplica más dramática*» de las que habían adoptado «*fue, sin embargo, la formación de una flota al mando de Francis Drake, una expedición que más tarde sería celebrada como el viaje a las Indias Occidentales*»²⁷. En cualquier caso, este hecho fue el último en una guerra no declarada entre Inglaterra y España. La escalada en el nivel de los enfrentamientos, desencadenada por la expedición de Drake al Caribe, supuso la ruptura de las relaciones diplomáticas y el inicio de un conflicto entre ambos países que duraría diecinueve años. El enfrentamiento iniciado con la primera expedición a las Indias en 1585-1586 finalizó en 1604, casi 20 años después. Tras la firma del Tratado de Londres, Felipe III, por parte española, y Jacobo I, por el bando inglés, consideraron necesario estabilizar sus vínculos y dar por finalizadas las hostilidades, algo que quizás habría sido imposible de haber seguido gobernando los monarcas predecesores. Las condiciones del pacto fueron favorables a España. A cambio, el rey ibérico se comprometió a no volver a intentar la restauración del catolicismo en Inglaterra.

De cualquier modo, la expedición de 1585-1586 se articuló como una sociedad anónima integrada por varios participantes, entre ellos, la reina y otros personajes de alcurnia y terratenientes, así como también

²⁷ ADAMS (1989), pp. 33-50.

aventureros, mercaderes y cortesanos con recursos suficientes para costear la operación. Se presupuestaron unas 60.000 libras y se esperaba un beneficio mínimo de otras 600.000. Fueron significativas las victorias en Santo Domingo y Cartagena de Indias (las ciudades más importantes en la zona) y los saqueos de la entonces denominada *Ribeira Grande* (hoy, Cidade Velha, en el archipiélago de Cabo Verde) y de la colonia de San Agustín (Florida). A su regreso, la flota de Drake llegó a Portsmouth el 28 de julio de 1586. Con todo, a pesar de estas victorias, la expedición fue un fiasco en términos económicos; los ingleses sólo habían conseguido un botín de 60.000 libras (540.000 menos de las previstas), lo que produjo unas pérdidas a los armadores equivalentes a la cuarta parte de lo invertido. Además, la expedición contó con gran número de bajas; la cifra se estimó en 750 muertos, en combate o por enfermedad.

En los territorios españoles, no obstante, las consecuencias, en especial psicológicas, de la incursión resultaron aún peores. Pronto las ciudades y puertos se fortificaron o mejoraron su sistema defensivo. Un pánico social se adueñó de las poblaciones costeras. Incluso, la corte se ocupó de censurar cualquier atisbo que señalase las aventuras de Drake, como pone de manifiesto, por ejemplo, la prohibición de impresión impuesta al *Discurso del capitán Francisco Draque* (1587) de Juan de Castellanos (1522-1607)²⁸. En esta situación de angustia, en enero de 1587, Felipe II ordenó al marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán, preparar una flota en Lisboa con el pretexto de proteger las costas de Portugal, Galicia y Vizcaya²⁹. En realidad, el objetivo consistía en conformar el núcleo de una gran escuadra con la que invadir Inglaterra. Los ingleses, por su parte, teniendo conocimiento de la preparación de esta armada, dispusieron una nueva agresión contra el territorio español, ocurrida en 1587. Dirigida, una vez más, por Drake, contó con 27 navíos. En abril de ese año, atacó y saqueó Cádiz, destruyendo más de 30 buques de la armada hispana; en Lisboa, amenazó la flota del marqués de Santa Cruz, aunque sin llegar a atacarla; por último, en las Azores, capturó la carraca *San Felipe*, procedente del Caribe cargada de riquezas. Estos ataques «de castigo» retrasaron en un año la expedición de la gran armada española.

²⁸ CASTELLANOS (1921).

²⁹ El marqués de Santa Cruz (Granada 1526-Lisboa 1588) fue el más marino de más prestigio en tiempos de Felipe II. De 1554 a 1561, durante quince años, protegió la flota de Indias de los ataques de ingleses y franceses; combatió durante cinco años la piratería en el Mediterráneo, hasta que fue nombrado capitán general de las galeras de Nápoles (1568), empleo por el que recibió el título de marqués de Santa Cruz. Con participación destacada en la batalla de Lepanto contra los turcos continuó acumulando méritos ante el rey que le concedió el mando de las galeras de España en 1576 y el de capitán general del Mar Océano en 1583, siendo el encargado de organizar la gran armada para invadir Inglaterra. Don Álvaro de Bazán murió antes de que se iniciara el ataque.

En este estado, la gran escuadra —bautizada popularmente como la *Armada Invencible*— zarpó de Lisboa el 20 de mayo de 1588, encargándose de su organización y dirección el citado marqués, don Álvaro de Bazán, fallecido, como se ha citado, antes de la partida. Por ello fue sustituido precipitadamente por el duque de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán, capitán general de Andalucía, poco avezado en la guerra naval, hasta el punto incluso de haber pedido al rey su relevo en el mando de la misión. La Armada Invencible navegó a cabotaje hasta La Coruña, donde se pertrechó de agua y alimentos. Hasta el 21 de julio no abandonó este puerto y, una semana después, se hallaba en el canal de La Mancha. Los barcos debían recoger en las costas de Bélgica y Holanda a los tercios españoles de Flandes y trasladarlos hasta su desembarco en territorio metropolitano inglés, en las proximidades de Londres. Los españoles no pretendían una ocupación permanente, sino el derrocamiento de la reina Isabel, lo que habría modificado la tensa situación socio-económica de entonces, propiciando una actitud inglesa más favorable a los intereses ibéricos. Drake fue designado comandante de uno de los más importantes escuadrones de la flota inglesa, que se hallaba al mando de Lord Howard³⁰. Los choques entre ambos bandos se produjeron en el canal de La Mancha con resultado adverso a las pretensiones españolas. En esta situación, la flota española, ante la imposibilidad de cumplir su misión, abandonó la zona, para lo cual tuvo que rodear las islas Británicas, bordeando Escocia, y tornar hacia el sur por Irlanda para regresar a la península. Las tormentosas aguas del mar del Norte provocaron el mayor número de bajas hispanas (37 barcos de un total de 127). Aunque las pérdidas navales no se consideraron importantes (de hecho, en menos de dos años ya se había reconstruido la flota), sí derivaron en repercusiones políticas y sociológicas: los estados protestantes reforzaron su fe y llegaron a creer que el imperio español se encontraba en declive.

A la provocación española los ingleses respondieron casi inmediatamente con la conocida como *Contra Armada*. Drake fue nombrado comandante general; su objetivo se focalizó en aprovechar la debilidad temporal de España y obligar a sus gobernantes a aceptar sus impuestas

³⁰ Charles Howard (1536-1624), primer conde de Nottingham, fue un estadista y almirante inglés; nombrado caballero en 1572; un año después, al fallecer su padre, se convirtió en Lord Howard de Effingham. Posteriormente fue nombrado Lord High Admiral en 1585 y, en 1587, fue designado comandante supremo de la flota inglesa que se enfrentó a la Armada Invencible, aunque no tuvo el mando directo de la batalla. Effingham diseñó la estrategia de acoso a la flota española en vez del ataque directo. Aunque controvertida inicialmente, indudablemente la estrategia funcionó.

condiciones de paz. Para lograr este objetivo, los ingleses habían planeado quemar la flota española del Atlántico (San Sebastián, Santander y La Coruña); desembarcar en Lisboa y causar una revuelta lusitana contra España; establecer una base permanente en el archipiélago de Azores y capturar la flota de Indias en su ruta a Cádiz. La Contra Armada disponía de 6 galeones, 60 mercantes ingleses, 60 barcos holandeses, y unas 20 pinazas. Además de las tropas de tierra (20.000 soldados), embarcaron 4.000 marineros y 1.500 oficiales. Por el retraso inicial de las operaciones, la armada tomó rumbo directo a Galicia en su camino hacia Lisboa. En mayo de 1589 atacó La Coruña, pero fue rechazada. La derrota le supuso a Drake la pérdida de unos 3.000 soldados (entre bajas y desertiones). La Contra Armada también fracasó en la toma de Lisboa ya que no se produjo el levantamiento popular esperado. Derrotados, los ingleses renunciaron a atacar las Azores y la flota regresó a Inglaterra con tan sólo 5.000 hombres. Drake había perdido su primera batalla importante.

La aureola del devoniano comenzó a apagarse con este descalabro. Fue necesario el transcurso de más de cinco años para que Drake recibiera el mando de una nueva armada, esta vez junto con John Hawkins. Se trataba de conducir una segunda expedición al Caribe. Surtida la flota con seis galeones reales, el *Garland*, el *Defiance*, el *Bonaventure*, el *Hope*, el *Foresight* y el *Adventure* y otras veinte embarcaciones más, acompañados por un numeroso grupo de barcasas. Con una tripulación de 1.500 hombres y unos 3.000 de fuerza de desembarco, la expedición era la mayor de las que se habían organizado hasta la fecha contra las posesiones españolas del Caribe. Zarpó de Plymouth en septiembre de 1595; en octubre atacó, sin éxito, Las Palmas de Gran Canaria, plaza en la que perdieron, en el intento de desembarco, cuarenta hombres y cuatro barcasas. En noviembre, la armada inglesa fue rechazada de nuevo en San Juan de Puerto Rico, donde murió John Hawkins³¹. En enero de 1596 la flota se acercó a la ciudad de Cartagena de Indias, pero, comprobando que la ciudad estaba en alerta y preparada para la defensa, los ingleses se retiraron. Agobiados por la escasa fortuna de la misión, decidieron probar suerte en Panamá. Entretanto y acuciada por la necesidad de víveres, la flota asolaba cada población española encontrada en su camino, por muy pequeña que fuera. Dado que la noticia de su presencia se había difundido en todas direcciones, los habitantes, alertados, abandonaban sus

³¹ Los ingleses afirman que la muerte de John Hawkins fue por enfermedad antes de llegar a San Juan de Puerto Rico; los españoles, en cambio, sostienen que ésta ocurrió en el intercambio de disparos entre la flota inglesa y los cañones de los fuertes de la ciudad.

casas con todas las provisiones disponibles, dejando los pueblos vacíos y sin nada que saquear. Aprovechándose de la naturaleza del terreno, con abundante vegetación o sabana seca, como es el caso de Riohacha (Colombia), los colonos hacían lo único que podían: formar partidas y hostigar los movimientos del enemigo sin llegar a un ataque frontal. Esta táctica dio, no obstante, buen resultado, hasta el punto de llegar a desesperar a Drake, quien, siguiendo su habitual política de represalias, ordenó asolar las pequeñas localidades que habían sido abandonadas por sus habitantes. Las crónicas confirman que su camino se podía seguir por el humo de los incendios provocados por sus tropas. Las cosas no marchaban bien en el lado inglés: no se captaban suministros y se sufrían bajas tan pronto como se internaban en el interior del territorio. Sin mejorar la situación, en esta coyuntura de carencia extrema, se descuidó la higiene, lo que, unido a la poca calidad de los alimentos y del agua, hizo surgir los primeros brotes epidémicos. Incluso se ha especulado con que el asalto a Riohacha fue el inicio del azote de fiebres que causó la muerte de Drake³².

En Panamá, una vez desembarcadas, las tropas británicas sufrieron sucesivas derrotas. La decadencia de Drake, cuestionado desde la desastrosa incursión al mando de la Contra Armada, se había consumado. El 25 de enero, vencido en tierra, Drake encaminó la flota a la isla del Escudo de Veragua y allí reorganizó sus fuerzas pensando en un posible contraataque terrestre. La situación cambió drásticamente cuando sus hombres empezaron a caer enfermos como consecuencia de la disentería. La voluntad del almirante se quebrantó y, una y otra vez, no dejaba de repetir: «*hemos de ganar dinero antes de volver a Inglaterra*»; entonces se dio cuenta de la difícil situación en la que se encontraba. Desde su estancia en tierra firme venía padeciendo fiebres y ante el clima insano de la isla, el 2 de febrero mandó levar anclas y dirigir la flota a Portobelo. Cada vez se sentía más débil, por lo que abandonó definitivamente cualquier intento de desembarco en territorio continental. En estas dramáticas circunstancias, Drake murió el 7 de febrero (28 de enero, según el calendario juliano³³) de 1596. Poco después, el 21 de marzo, la escuadra fue derrotada en la isla de Pinos, cerca de la costa cubana. Las pérdidas

³² Fuentes colombianas (sin confirmar) sitúan en Riohacha el inicio de la epidemia de disentería que finalmente causó la muerte de Drake; otras fuentes, por el contrario, la sitúan en la isla de Escudo de Veragua (actual Panamá).

³³ El actual calendario es el denominado *gregoriano*, promovido por el papa Gregorio XIII en 1582. El anterior calendario, llamado *juliano*, añadió diez días al anterior. En 1585, España y otros países católicos de Europa ya habían adoptado el calendario gregoriano, pero no los ingleses. Por tal motivo en las fechas dadas en los documentos ingleses de la expedición, hay un desfase de diez días respecto de las fechas indicadas por los mismos acontecimientos en los documentos españoles. Inglaterra adoptó el calendario gregoriano a mediados del siglo XVIII.

inglesas fueron cuantiosas, estimadas en tres buques capturados por los españoles, 17 hundidos o abandonados, 2.500 muertos y 500 prisioneros. Los británicos supervivientes regresaron a Inglaterra y desembarcaron en Plymouth en abril de ese año, logrando atracar sólo ocho barcos de la que había sido la mayor flota hostil desplazada al Caribe, que había cosechado derrota tras derrota hasta el desastre final.

Con la posición española reforzada en el Caribe, en 1604 se dio fin a los casi 20 años de enfrentamiento entre españoles e ingleses. La firma del Tratado de Londres, entre los reyes Felipe III y Jacobo I, afianzó la posición de la corona española en los territorios bajo su dominio a cambio del compromiso ibérico de no intervenir en los asuntos internos ingleses.

3. LA EXPEDICIÓN A LAS INDIAS OCCIDENTALES DE 1585-1586

Como ya se ha mencionado, la incursión de 1585-1586 trajo como consecuencia una guerra abierta entre Inglaterra y España, prolongada durante cerca de dos décadas, y supuso también una nueva visión de las acciones de corsarismo, que pasaron entonces de ser meras incursiones a convertirse en verdaderas expediciones de escuadras navales, con la complejidad que eso implicaba, sobre todo cuando operaban lejos del territorio metropolitano, lo que añadía, a la complejidad intrínseca que acarrea una operación de esa envergadura (las mayores realizadas hasta entonces), la necesidad de acumular en los buques víveres y agua suficientes para la travesía —que era normalmente la causa principal de retrasos en las partidas— y, por esa circunstancia, la duración de las expediciones se dilataban en el tiempo. Los británicos se dieron cuenta, además, de que las tácticas piráticas seguidas hasta el momento sobre el terreno, con acciones rápidas y violentas contra objetivos reducidos, no eran de aplicación en operaciones a mayor escala. También se percataron de que mantener el secreto para conseguir la sorpresa era fundamental si se quería ocupar objetivos con un reducido número de pérdidas, especialmente cuando primaba la rentabilidad económica sobre las ventajas políticas y geoestratégicas. Si mantener el secreto en los movimientos propios era importante, también lo era la obtención de información sobre el enemigo que, bien aprovechada, podía llegar a ser decisiva en el desarrollo de las operaciones en tierra. Como veremos posteriormente, el conocimiento inglés sobre las defensas de Santo Domingo les sirvió

para atacar la ciudad por el lugar más débil de la defensa, propiciando la victoria inglesa sobre unos desprevenidos milicianos.

Hasta 1585, las acciones corsarias se limitaban a la captura de barcos mercantes sin protección y, por lo tanto, sólo en escasas ocasiones se acercaban a un convoy protegido por galeones armados. Otro objetivo preferido venía dado por las poblaciones pequeñas e indefensas, de las que obtenían los recursos necesarios (agua y alimentos frescos) para proseguir en el saqueo. Por tanto, la expedición de 1585-1586 a las Indias Occidentales modificó muchos de los conceptos entonces vigentes.

Esta primera gran expedición al Caribe fue organizada como una empresa cuyos patrocinadores participaban con capital, barcos, tropas y otros recursos. Aunque los nombres de los inversores se mantuvieron en secreto, lo más probable es que se tratara de la reina y de otros personajes relevantes de Inglaterra, estando el mismo Drake entre ellos. La expedición se montó como una actividad estrictamente privada en la que los inversores recuperarían su desembolso con los resultados del saqueo. Fueron varios y de diversas procedencias los patrocinadores que contribuyeron aportando sus propios barcos. El conde de Leicester proporcionó uno de los dos galeones de la expedición, que llevaba su nombre, el *Leicester*, de 400 toneladas, dirigido por su cuñado, el contralmirante Francis Knolles, y otro barco más pequeño, el *Speedwell*; otros buques fueron el *Sea Dragon*, de sir William Wynter, capitaneado por Henrie White; y el *White Lion*, mandado por Erisey (James Erizo). Por su parte, los hermanos de Hawkins ofrecieron varias naves, el *Bark Bond*, al mando de Robert Crose; el *Bark Booner*, dirigido por George Fortescue; el *Bark Hawkins*, a cargo de Willians Hawkins; el *Hope*, mandado por Edward Carelese, y el *Galliot*, alias *Duck*, con Richard Hawkins como capitán. Drake incluyó varios barcos de su propiedad: el *Thomas*, al mando de su tocayo Thomas Drake; el *Elizabeth Drake* o *Drake*, capitaneado por John Vaughan; y el *Francis*, mandado por Thomas Moone. Como jefe de la expedición, Drake navegó y puso su bandera (estrella dorada con fondo rojo) en un galeón de 600 toneladas y el mayor de todos los buques de la flota, propiedad de la monarca de Inglaterra, el *Elizabeth Bonaventure*³⁴. El capitán Thomas Verner acom-

³⁴ Los galeones ingleses de finales del siglo XVI siguieron un modelo del arquitecto naval Baker. En el manuscrito titulado *Fragments of ancient english shipwrightery* (1586) hay varios planos de galeones atribuidos a Baker; externamente se distinguen por sus cuatro mástiles, siendo más ligeros y rápidos que los españoles. La armada real inglesa adquirió el *Bonaventure* en 1567, montaba 39 cañones (nominalmente 47) y fue el buque insignia de Drake en la expedición. Fue dado de baja en 1611.

pañaba a Drake en el galeón como «master»³⁵. La reina aportó también otro barco, el *Aide* o *Aid*, cuyo *master* era el capitán Edward Winter y, además, 10.000 libras en metálico³⁶. Otros barcos de la expedición fueron habilitados por mercaderes londinenses. Entre ellos el *Minion*, capitaneado por Thomas Seelie; el *Barke Talbot*, por Bailie; el *Vantage*, por John Riuers; el *George*, por John Varney; el *Beniamin*, por John Martín; el *Skout*, por Edward Gilman y el *Swallow*, por el capitán Bitfiel. En total, la flota dispuso de 29 barcos de todos los tamaños, desde el más grande, el *Elizabeth Bonaventure*, hasta las pinazas de 20 toneladas.

Para gobierno de la flota y fuerzas embarcadas, Drake contaba con un segundo comandante (*deputy*), el vicealmirante Martine Frobusher, quien navegó en el *Primrose*, aportado por los mercaderes londinenses, y con el teniente general Christopher Carleill, jefe de la infantería, que formaban las fuerzas de desembarco a bordo del *Tiger* o *Tigar*, de 150 toneladas. Drake, Frobisher y Carleill encabezarán la flota inglesa de mayor tamaño adentrada hasta la fecha en las aguas del Caribe, con un total de 2.300 hombres, de los cuales 1.600 pertenecían, entre oficiales y soldados encuadrados en doce compañías, al cuerpo de desembarco. El teniente general Carleill contaba con el general Anthony Powel (*sergeant major*), como jefe de las fuerzas de infantería y con dos coroneles (*corporals in the field*) que formaban el *staff* o plana mayor del general Powel: los coroneles Matthew Morgan y John Simpson quienes, además del planeamiento de las operaciones en tierra, eran los responsables de entrenar, junto con sus curtidos oficiales, a los todavía inexpertos soldados. Entre estos oficiales se encontraban los capitanes Antonie Plat, John Merchant, Edward Winter, John Goring, Robert Pew, George Barton, Willian Cecill, Walter Bigs, John Hannam y Richard Stanton.

Sin haber completado el abastecimiento de agua y sin redistribuir aún el cargamento embarcado en los distintos buques, la expedición salió de forma precipitada de Plymouth el 24 de septiembre, pues Drake temía que la reina cancelara definitivamente el viaje si éste sufría un segundo aplazamiento (en principio, la partida de la flota estaba prevista para agosto). Aunque la preparación de la expedición se inició como una más de las acciones de represalia llevadas a cabo por el embargo de los buques ingleses en puertos españoles, la reina creía que todavía era posible un

³⁵ El *maister* o *master* era un especialista en navegación y el encargado del equipamiento, navegación y todas las actividades del buque; durante el combate se encontraba siempre en el alcázar, junto al capitán.

³⁶ Se calculó una inversión de 60.000 libras, incluidas las 10.000 de la reina que contó con una sobrevaloración de sus dos barcos de otras 10.000 libras más. De experiencias anteriores se suponía que sólo el ataque a Nombre de Dios (Panamá), supondría un beneficio de 600.000 libras (2.600.000 ducados)

tratado de no agresión con España. Por ello, la posibilidad de un acuerdo de paz se alejaría de modo definitivo una vez que la escuadra inglesa emprendiese el camino hacia el Caribe para saquear las colonias españolas, interrumpir su comercio y capturar buques de la flota de Indias con su cargamento de oro y plata. En este sentido conviene recordar, que en su paso por las costas gallegas, Drake mantuvo un comportamiento *ejemplar* y evitó atacar el territorio continental español; así las hostilidades no se romperían antes de lo estrictamente necesario.

Esta parada en las costas gallegas, primero en Muros y luego en las islas Cíes (en las cercanías de Vigo y de Bayona), se ha atribuido a la necesidad de Drake de reabastecerse (la urgencia de la partida en Inglaterra había obstaculizado un avituallamiento en forma) y a la presencia inminente de un temporal que, de haber sido afrontado en mar abierto, habría causado la dispersión de la flota. Su primera aproximación a la costa se efectuó en la ría de Muros y Noya, donde encontró varios barcos franceses, unos cargados de sal y otros de pescado, procedentes de Terranova. El 2 de octubre avistaron un pesquero de San Sebastián, cuya carga de pescado seco fue saqueada y distribuida en los barcos de la flota. Pocas jornadas después los ingleses llegaron a Vigo y permanecieron en Bayona desde el 7 al 21 de octubre. En un intento por confundir a los españoles sobre el verdadero objetivo de la misión, Drake preguntó al gobernador Pedro Bermúdez por los barcos ingleses retenidos en Bayona. Por su parte, el gobernador temporizó y dio facilidades a Drake para adquirir víveres y agua, posiblemente para librarse de él lo antes posible. En la espera, sin embargo, los ingleses saquearon algunos barcos fletados con enseres personales de vigueses que trataban de escapar de la ciudad y, en tierra, desvalijaron una ermita mientras hacían la aguada. Entre tanto, el gobernador concentró sus fuerzas (2.000 soldados a pie y 300 jinetes) y acordó una nueva tregua con los ingleses, dejándoles seguir con la aguada a cambio de la devolución de rehenes y bienes robados. La tregua se mantuvo hasta la partida de la escuadra.

Estas dos semanas de permanencia de la flota en Bayona se han justificado de diverso modo. Desde luego este paréntesis nada tenía que ver con la liberación de barcos ingleses embargados; aunque la reina había planteado esa opción, no hay evidencia de que se entregase ninguno a Drake. En principio la estancia no parece haber sido premeditada, sino que habría sido consecuencia de la ligera preparación del viaje o a la una atropellada partida desde los puertos británicos. Sin embargo, como podremos

comprobar más adelante, esto no parece ser así. Si bien es cierto que la expedición acumuló víveres y agua durante su estancia en Galicia, no es menos cierto que en la dilación de esta estadía primaron motivaciones estratégicas sobre las logísticas: mientras el inglés encontraba refugio y capeaba el temporal en las rías gallegas, a la vez efectuaba cálculos sobre el momento oportuno de abandonar las protectoras aguas y lanzarse a mar abierto en derrotero de confluencia con la flota de Indias en su ruta hacia Sevilla, sobre todo en el afán de apresar algún galeón rezagado. Un enfrentamiento en ese momento no era deseable ni conveniente; ni Vigo ni Bayona fueron saqueadas ni, de hecho, siquiera amenazadas por Drake, más preocupado de conseguir el abastecimiento preciso para la travesía atlántica que de otra contingencia. Los daños ocasionados por la flota inglesa en las rías gallegas fueron mínimos y circunstanciales y Drake no pretendía más; de hecho se cree que consideraba satisfactorio el acuerdo con el gobernador, quien por su parte no quería ser responsable de iniciar una acción hostil que supusiera la declaración de guerra de Inglaterra a España.

Según se indica en la memoria de la expedición, la armada tomó rumbo sur con destino al archipiélago canario, (siendo avistada el 3 de noviembre en Lanzarote), con intención de conseguir nuevos suministros en la isla de La Palma. Es de suponer que en Bayona no hubiesen conseguido los víveres y agua suficientes para atender las necesidades de más de 2.000 personas embarcadas, entre tripulación y fuerza de desembarco, en una larga travesía hasta el Caribe. El intento de conseguir suministros en La Palma fracasó debido a la valerosa y rápida reacción de la población palmera, que ya escarmentada por anteriores saqueos piráticos, se enfrentó a Drake con todos los medios disponibles.

Aunque sabemos que la flota se dirigió a La Palma, en realidad, las primeras islas avistadas fueron otras (Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria). Drake estaba acostumbrado al saqueo de poblaciones pequeñas y desprotegidas, fáciles para el desembarco y el apropiamiento a saco de los bienes sin encontrar demasiada resistencia. Por eso no atacó Las Palmas de Gran Canaria ni otros puertos tinerfeños, como Santa Cruz o Garachico; por otro lado, es de suponer que, por la información de que disponía, la isla noroccidental, la última antes de empezar la ruta de alta mar, le pareciera más apetecible, dada su fama de isla industriosa y rica —llamada, a finales del siglo, *el Peruche*, por Frutuoso—, y más fácil de saquear. Como vino a demostrarse después, este último aserto

fue mal calculado. En un momento en que la guerra hispano-inglesa aún no había sido declarada, Drake no intentó abastecerse en un puerto principal, como el de Las Palmas, que reunía los poderes cardinales del archipiélago; esta opción habría sido la más lógica en tiempos de paz; por el contrario, se dirigió a un punto donde conseguir el mayor número de beneficio con el menor esfuerzo. La elección de La Palma, pues, no parece casual, dado que las otras islas occidentales no reunían la entidad suficiente para cubrir sus carencias —a excepción de la aguada— en un viaje que se presumía tan prolongado; ello explica que tras su fracaso palmero tomara rumbo hacia El Hierro, en idéntica posición hacia el sur.

Por su entidad, esta expedición era distinta a las que Drake había comandado anteriormente, y tuvo que adaptar la forma de actuar sobre el terreno a cada circunstancia; de este modo, estas experiencias condicionaron sus postreros modos de operar. Por una parte, el almirante inglés comprobó en La Palma la complejidad de un desembarco de cientos de personas, y en el que estaban implicados varios buques, y la dificultad de llevarlo a cabo bajo el fuego de artillería y fusilería enemiga, sobre todo si el mar no estaba en calma. También experimentó en su propio galeón, alcanzado por la artillería del castillo de San Miguel, la eficacia y alcance de los cañones españoles. Por ese motivo, los siguientes desembarcos fueron llevados a cabo lejos de las fortificaciones de las ciudades, mientras los barcos hostigaban distrayendo la atención de los defensores sobre su acción principal: el ataque por tierra de la ciudad. Por otra parte, también demostró que algunas ciudades importantes del Caribe no estaban preparadas para resistir un ataque tras la toma de la playa.

El 13 de noviembre la flota se acercó a La Palma e inició el ataque en dos direcciones de norte a sur. La mayor parte de la escuadra tomó rumbo al puerto de Santa Cruz de La Palma, mientras un reducido número de buques se dirigió a la ensenada de Tzacorte llevando a cabo una acción de distracción. El gobernador, previamente alertado de la proximidad de la flota inglesa por el sistema de alarma (en este ataque se demostró la eficacia del programa preventivo palmero), tuvo tiempo de preparar la defensa de las playas por la milicia y a larga distancia por la artillería de los castillos. Drake no intentó el desembarco por el norte de la bahía, como en 1553 había hecho con tan buenos resultados *Pie de Palo*; y ello no tanto porque la playa se hallara defendida por la milicia, sino porque los cañones de corto alcance del castillo de Santa Cruz del Barrio del Cabo, protector del acceso septentrional, podían producir un

efecto devastador sobre la tropa al descubierto con la carga de metralla. Este pequeño bastión no pretendía alcanzar los barcos enemigos (desde luego, fuera de su alcance), sino impedir el paso por el acceso norte; no en vano se había construido para cumplir con esta misión y se había unido al risco próximo de La Encarnación por un muro, donde se apostaban los tiradores; se trataba, en definitiva, de un conjunto defensivo que por, su posición estratégica, podía igualarse a una fortificación mayor y defender la playa de un posible desembarco.

La flota, pues, siguió rumbo norte-sur hasta la playa situada al sur de Santa Cruz de La Palma (de Bajamar), en las proximidades del puerto. En su navegar, la armada había recibido disparos efectuados desde el castillo de Santa Catalina, la fortaleza principal y mejor equipada de la plaza. El fuego obligó a la escuadra inglesa a alejarse de la costa, por lo que a partir de ahí los disparos de los cañones palmeros se quedaron cortos: no alcanzaron ningún buque inglés, pero tampoco los ingleses dañaron las defensas españolas. Ya en la orilla de Bajamar, los ingleses se encontraron en tierra con las milicias y amenazados por los disparos, estos sí de gran alcance, lanzados desde el castillo de San Miguel, responsable de la protección del puerto. Ahora el fuego efectuado desde el castillo de San Miguel sí alcanzó a algunos navíos ingleses que se acercaron a la rada; entre ellos, los dos más importantes: la nave capitana, el galeón *Bonaventure*, y el también galeón *Leicester* (es posible que un tercer buque afectado fuera el *Aid*). Además, cabe la posibilidad del hundimiento de varias de las barcasas empleadas en el desembarco en la playa. Ello explicaría el número de bajas sufridas por los ingleses, evaluadas por los españoles «entre treinta y cuarenta soldados»³⁷. Drake encontró una inesperada resistencia tanto en la primera línea de costa, protegida por las milicias, como en los eficaces disparos efectuados desde el castillo de San Miguel; a estos inconvenientes hay que unir además las dificultades planteadas para maniobrar por la dirección del viento; de este modo, ante el «peligro inminente» que corrían sus barcasas en las proximidades de la playa, el devoniano desistió de su ataque, retirándose rumbo sur. La ciudad se salvó del saqueo gracias, por un lado, a la pericia de los oficiales, dirigidos por el teniente de gobernador de La Palma Jerónimo de Salazar, quienes emplearon eficazmente a las milicias y, por otro, justo es reconocer, a la eficacia de los cañones, sobre todo los del castillo de San Miguel. Las milicias y la artillería marcaron la diferencia entre el ataque a Santa Cruz de La Palma —cuyo puerto era, en aquellos momentos

³⁷ HERRERA Y TORDESILLAS (1612), p. 12.

posiblemente, el mejor defendido de Canarias— con el ataque al resto de ciudades saqueadas más tarde en la expedición inglesa.

Por el resultado de la expedición, cabe interpretar que el puerto palmero también estaba mejor defendido que los de las Indias Occidentales españolas, teniendo en cuenta que la fortaleza de la defensa es consecuencia de varios factores, entre los que se encuentran los elementos contables (número de baluartes, cañones, guarnición y milicianos) y los que no lo son pero pueden llegar a ser decisivos para el resultado final del combate. Es importante, pues, disponer de buena información, de un sistema de alerta temprana, de un plan previsto de contingencia, de una distribución de cometidos, de un metódico entrenamiento y, sobre todo, de una expresa «voluntad de vencer». Abandonar la ciudad al primer cañonazo no parece la mejor solución para la defensa. Se podrá salvar la vida, pero no los bienes ni el honor.

Fracasado el objetivo originario (que no era otro que Santa Cruz de La Palma), la expedición se dirigió a El Hierro, donde los ingleses desembarcaron para hacer aguada. Las adversas condiciones meteorológicas, sin embargo, obligaron a que al poco Drake se viera obligado a partir sin conseguir el total abastecimiento precisado. Acuciada, la armada tomó dirección sur con destino al archipiélago de Cabo Verde. Sobre Ribeira Grande (actual Cidade Velha), entonces capital del archipiélago, la flota británica realizó su primer ataque en fuerza, según sostiene la mayoría de historiadores, aunque, como ya hemos señalado anteriormente, la cuestión ha de ser matizada; falta determinar si éste era su primer objetivo o si, por el contrario, lo era Santa Cruz de La Palma. Lo que está claro es que estos desembarcos (antes de emprender la singladura atlántica) se relacionan más con la necesidad de conseguir suministros que con el mero latrocinio. Cabe recordar que Ribeira Grande, población leal a Felipe II había sido tomada unos años antes por Manuel Serradas, uno de los capitanes del Prior de Crato, en la guerra que por el trono de Portugal sostenían éste y el monarca español. Serradas saqueó la ciudad llevándose lo que en ella había de valor (oro, plata, ámbar, campanas y cañones)³⁸, por lo que los ingleses no encontraron mucho que robar.

Si tenemos en cuenta que uno de los objetivos principales del viaje era la captura de galeones españoles cargados de metales preciosos americanos y otro el desembarco en Panamá para hacerse con los ricos cargamentos del Pacífico (con lo que esperaban conseguir la mayor parte

³⁸ GARCÍA PEÑA, ROS LARENA (2002), pp. 11-48.

de las ganancias)³⁹, deberíamos preguntarnos por qué en una operación de este tipo (la mayor de la época) se produjeron tantas indecisiones, urgencias, retrasos, dilaciones y, en consecuencia, precipitaciones, y cuál fue el motivo. Según Angus Konstam, la espera inglesa en Vigo sirvió para abastecerse, redistribuir la carga entre los distintos barcos y capear el temporal, añadiendo, además, que Drake esperaba capturar algún buque de la retaguardia de la flota española que, en aquellos momentos, se encontraba de regreso a la península y en las proximidades de las Azores. Por ese motivo, la salida de Vigo de la flota inglesa y la de la flota española de las Azores coincidió en el tiempo siendo difícil creer que esta circunstancia haya ocurrido por casualidad. Si es verdad que las casualidades no existen, el objetivo de Drake era claro: alcanzar los barcos hispanos más rezagados y conseguir así sus primeros beneficios. Sin embargo, la flota española realizó una rápida travesía, llegando al cabo San Vicente, al sur de Portugal, en su ruta hacia Sevilla, cuando la inglesa estaba todavía a la altura de Lisboa, a 125 millas de distancia. Por un día de retraso, Drake perdió la oportunidad de alcanzar su primer objetivo.

Desdibujada aquella empresa, las órdenes de Drake se dirigen al ataque contra los establecimientos españoles del Caribe, incluidos los barcos, pero nada dicen del archipiélago de Cabo Verde. Era éste un destino extraño, pues normalmente el cruce del Atlántico se iniciaba desde las islas Canarias. Es posible hallar dos razones para comprender esta decisión: 1ª) la necesidad de abastecimiento (una vez fracasado el ataque a La Palma, era otra opción), a pesar de desviarse bastante de la ruta prevista; y 2ª) el deseo de vengar un hecho ocurrido en 1583, cuando una flota de siete barcos de William Hawkins, fondeada en Ribeira Grande y con la tripulación en tierra, fue emboscada, con la consiguiente muerte de varios tripulantes; los supervivientes tuvieron que alcanzar los barcos a nado; dos de los navíos eran propiedad de Drake y de sus hermanos⁴⁰.

Lo cierto es que el 26 de noviembre (16 para los británicos⁴¹) la flota de Drake divisó la isla de Santiago, anclando entre Ribeira Grande, antigua capital del archipiélago y Porto Praia (Playa), la actual capital, que por aquel entonces era un núcleo de apenas 1.000 habitantes. El desembarco

³⁹ Drake sabía por experiencia de sus viajes al Pacífico y de su desembarco en Nombre de Dios (Panamá), que un solo barco cargado con oro y plata y una recua de mulas de carga producirían muchos más beneficios que cualquier otra acción pirática.

⁴⁰ CARITA (2010). En este opúsculo se da a entender que los ingleses se habían aliado con Manuel Serradas, que se encontraban en la cercana isla de Fogo que se había declarado leal a don Antonio y que desembarcaron en Ribeira Grande con intención de saquearla por segunda vez en pocos meses.

⁴¹ En las memorias de la expedición se indica el día 16. Sin embargo, según Angus Konstam, el desembarco se produjo el 11 de noviembre.

se llevó a cabo a unos 6 km al este de la antigua capital esa misma tarde, tomando tierra más de 1.000 soldados de la infantería embarcada. Al igual que en La Palma, se utilizó una medida de distracción, dado que una parte de la flota bombardeó los tres baluartes de la ciudad mientras se procedía al desembarco. La defensa que en 1585 protegía Cabo Verde contaba con tres fortificaciones en Ribeira Grande (reductos *Da Vigía*, *Da Ribeira* y de *São Brás*) y con otra en la meseta de Praia, en la isla de Santiago y, además, con otras dos en la cercana isla de Fogo. Ribeira Grande contaba también con otra organización defensiva en un lugar elevado, el *Baluarte de Achada*, en cuyo emplazamiento se construyó, después del ataque de Drake, el fuerte de San Felipe⁴². Las tropas de infantería inglesas, por su parte, una vez en tierra y ya de noche, escalaron los riscos y llegaron a una llanura o «meseta» superior, donde reorganizaron sus fuerzas en tres núcleos. Media hora antes del amanecer, ya estaban apostados para iniciar el ataque. Cuando el general de las fuerzas terrestres, Carleill, dio la orden de avance, la flota se aproximó a la ciudad, bombardeándola de nuevo y neutralizando la reacción de las fortalezas. La guarnición y los habitantes abandonaron la población y las columnas inglesas entraron en ella sin encontrar resistencia. Por la tarde, la ocupación ya había sido consolidada. Sólo permanecieron en la urbe africana los más ancianos, impedidos para escapar, junto a un grupo de veintiséis fatigados con fiebre en el hospital de esclavos. Sin esperarlo, estos enfermos tuvieron —como se verá— un protagonismo inesperado en el resultado global de esta expedición de 1585-1586.

Con la toma de Ribeira Grande por parte de Drake, comenzaron catorce días de saqueo: se comenzó por los cañones de bronce de las fortalezas y las campanas de la capital, también de bronce; de los siete barcos capturados, se apoderaron los ingleses de los objetos de valor de seis de ellos y sumaron a la flota el séptimo; desvalijaron todas las viviendas en busca de comida (harina, vino, vinagre, aceite, aceitunas); recogieron fruta de los árboles y se llevaron seda y telas de los almacenes de la ciudad. No obstante, ello debió parecerle poco a Drake, que envió mensajeros al gobernador de la isla solicitando un rescate bajo amenaza de ocupar todos los lugares habitados, quemarlos y pasar a cuchillo a sus habitantes. No recibió ninguna respuesta. El gobernador y el obispo habían huido a un pueblo, Santo Domingo, situado a unos 18 km de la capital. El 4 de diciembre, el mismo Drake, acompañado por el teniente

⁴² CARITA (2010). Se indican las fortificaciones existentes en 1582 y cuando se menciona la que controla el camino del puerto, en Praia, no la considera fortaleza sino «reforço do baluarte da Achada».

general Carleill al mando de 600 hombres, se dirigió a Santo Domingo, pero, cuando llegaron, el núcleo había sido abandonado y las casas incendiadas. Practicando la táctica de «tierra quemada», los habitantes también habían arrasado los campos próximos. En su regreso, los ingleses fueron seguidos por tropas de caballería hispano-portuguesas, las cuales llegaron incluso a capturar a un soldado inglés, que fue ejecutado y descuartizado.

El 6 de diciembre las fuerzas británicas comenzaron el reembarque y, dos días más tarde, en un nuevo intento por negociar un rescate con el gobernador, Drake envió al teniente general Carleill con sus tropas a ocupar Porto Praia (Playa). Cuando llegaron, al amanecer del día siguiente, sus habitantes habían huido y, como les había ocurrido las dos veces anteriores, encontraron una ciudad desierta, sin posibilidad de capturar rehenes por los que pedir rescate. Contrariado, Drake ordenó destruir todas las casas (excepto el hospital) y envió un mensaje al gobernador de la isla en el que comunicaba la destrucción de Ribeira Grande si no se pagaba una redención. En su despecho por no haber recibido contestación del gobernador de la isla y posiblemente dolido por la brutal muerte de su soldado, Drake dio la orden de arrasar la capital caboverdiana. Una vez resuelto un problema doméstico con Francis Knolles, al que relevó del mando del *Leicester* y trasladó al buque insignia, el 10 de diciembre de 1585, el viaje continuó rumbo al Caribe. Cuando abandonaron la isla, dejaron atrás dos ciudades, Ribeira Grande, de 2.000 habitantes y Praia, de 1.000, arrasadas y un pueblo, Santo Domingo, quemado por sus pobladores.

Los agresores, no obstante, se llevaron consigo un oculto enemigo. Es muy probable que los citados enfermos del hospital de Ribeira Grande transmitieran a los asaltantes su dolencia. Antes de llegar al Caribe, la flota inglesa perdió más de trescientos hombres, enfermados durante la travesía con fiebre muy alta, acompañada en algunos casos de pústulas. Los barcos más afectados fueron el *Bonaventure*, con casi cien muertos, y el *Primrose*, con sesenta. Después de un viaje de dieciocho días, llegaron a la isla Dominica, donde consiguieron agua y alimentos comerciando con cuentas de vidrio con los indígenas. Desde allí se trasladaron a la isla desierta de San Cristóbal (actual St. Kitts, al este de la isla de Puerto Rico); allí pasaron la Navidad (según el calendario Juliano), cuidando a los enfermos y limpiando y aireando los barcos. La fiebre había causado más bajas que las acciones de los españoles (limitadas a cerca de una treintena en La Palma y un muerto en la isla de Santiago); pero no solo

eso, los enfermos que habían sobrevivido se hallaban tan débiles que no serían de utilidad en el siguiente ataque.

Mientras las tropas se dedicaban al mantenimiento y limpieza de los buques y a la recuperación de los dolientes, los ingleses enviaron un pequeño escuadrón de barcos en misión de reconocimiento en dirección oeste; buscaban información sobre la isla La Española y su capital Santo Domingo (su próximo objetivo), la ciudad más antigua del Caribe y la más grande de la isla. A pesar de que llevaban algunos meses embarcados y las hostilidades entre España e Inglaterra habían comenzado desde hacía bastante tiempo, la noticia de la guerra era aún desconocida en el Caribe. Por tanto, el ataque podía acompañarse del efecto sorpresa. Además, en su viaje hacia Santo Domingo y antes de desembarcar, los ingleses se percataron de que los habitantes de la ciudad desconocían la salida de la expedición inglesa y el saqueo de Santiago. No estaban, por tanto, alertados ni preparados para enfrentar con éxito el ataque de una armada de aquella entidad. También y sin proponérselo, consiguieron información detallada de un lugar apto para el desembarco de las fuerzas de Carleill. Fue de este modo como las exploraciones de reconocimiento se tornaron decisivas en el resultado exitoso de la operación de desembarco y ocupación de la ciudad de Santo Domingo.

La flota partió de la isla de San Cristóbal después de una semana dedicada a la limpieza, desinfección y aireación de los barcos y descanso y reorganización de sus hombres. A su salida, dejaron enterradas a las últimas veinte víctimas. En este trayecto de la ruta al lugar de desembarco en la playa de Haina (a unos 15 km al oeste de Santo Domingo, en la desembocadura del río homónimo), tuvieron la fortuna de conseguir un dato importantísimo. En este momento, con las operaciones en marcha, el plan todavía podía volverse en contra, pues un buque español se dirigía precisamente a Santo Domingo con el propósito de avisar al gobernador y capitán general de la isla, Cristóbal de Ovalle, de un posible ataque inglés. La captura de este barco influyó favorablemente en el desarrollo de la operación, ya que el aviso del posible ataque nunca llegó a La Española; además, los ingleses aprovecharon la información proporcionada por un piloto del barco sobre la peligrosidad de los bajos de Haina, protegidos por una barrera de arrecifes con frecuentes golpes de mar⁴³. Digamos que Santo Domingo disponía de una fortaleza impresionante para la época, el castillo de Ozama, que defendía la entrada al puerto, situado el este

⁴³ CAWTHORNE (2003). El autor afirma que el piloto del barco español capturado era natural de Grecia, *Greek pilot* (p. 44).

de la ciudad, y que hacía imposible un ataque directo. Los cañones de la fortaleza de Ozama daban cobertura a la costa sur-este de la ciudad, pero no al resto ni a la zona del interior, que sólo contaban con la protección de pequeñas fortificaciones y unas murallas no preparadas para repeler un ataque en fuerza.

El plan de ataque implicaba el desembarco del teniente general Carleill con sus tropas en la playa de Haina y la aproximación de la infantería por tierra, oculta a la vista de los defensores; mientras tanto, como medida de distracción, la división marítima, al mando de Drake, simularía un ataque y desembarco en la zona costera al oeste, próxima a la ciudad y alejada de la fortaleza de Ozama. Bajo amenazas, el piloto de la nave capturada poco antes había empezado a cooperar con el general Carleill prometiéndole guiar el paso de las pinazas a través de los arrecifes hasta que estuvieran a salvo en la playa. La información obtenida por los ingleses no se limitaba únicamente a la zona de desembarco, sino también a los caminos que tenían que seguir hasta alcanzar la muralla oeste de Santo Domingo y de lo vulnerable que ese muro era, llegando a averiguar, incluso, que las obras defensivas apenas se habían iniciado y que, en realidad, solo se podía considerar protegida una de las dos puertas («puerta principal») que cerraban el acceso occidental de la población. El resto de la muralla sólo contaba con una protección ligera que servía, como mucho, para prevenir actividades de maleantes o la entrada y la salida de animales de la ciudad. La playa de Haina no estaba vigilada, dado que se consideraba imposible un desembarco y menos nocturno.

El viernes 10 de enero de 1586 (fin de año para los británicos), entre las ocho y nueve de la mañana, entró en el puerto de Santo Domingo un barco de cabotaje que comunicó haber visto, en la víspera, varios navíos de vela fondeados en la isla Santa Catalina (actual isla Catalina). Luego se avistaron algunas velas hacia la Punta Caucedo. A medida que pasaba el día, aparecieron más barcos, que mantuvieron en observación a las autoridades y en alarma a los vecinos. Rondando la medianoche, con toda la ciudad en vela, a la claridad de la luna, los barcos se aproximaron al puerto y sonó la alerta con un gran repique de campanas y llamada a las armas. Las naves continuaron su marcha y la población se calmó, creyendo que pasaban de largo sin atreverse a desembarcar al percibir las acciones en tierra⁴⁴. El desembarco en Haina tuvo lugar el 11 de enero (primer día del año en el calendario Juliano).

⁴⁴ OVALLE (2009), p. 66.

La guarnición española que no llegaba a mil milicianos, se puso en estado de alerta y se empezó a preparar la defensa⁴⁵. Lo primero que hicieron fue proteger la entrada del puerto, en la que hundieron tres lanchas en el estrecho, obligado paso a la fortaleza de Ozama, y situaron la única galera disponible en el interior del puerto para apoyar la defensa con el fuego de sus cañones. Con la entrada cortada, el puerto estaba asegurado, pero también prohibida la salida de los barcos del interior. La milicia intentó mejorar la defensa de la costa elevando con rapidez terraplenes en la orilla y rodando algunos cañones, ahora situados en las nuevas posiciones cercanas a mar. No les dio tiempo a hacer nada más. Mientras los milicianos preparaban la defensa, parte de la población abandonó la ciudad. Al amanecer, dieciocho barcos ingleses aparecieron delante de la entrada del puerto, al alcance de la artillería de la fortaleza Ozama, desde la Punta Torrecilla hasta el Matadero, iniciándose un cruce de disparos. Menos la primera andanada, que rondó al *Bonaventure*, los cañonazos de la fortaleza se quedaron cortos por escasez de pólvora, sin poner en peligro los buques ingleses. Entretanto, Drake dio la orden de responder al fuego, pero sin implicarse demasiado, y avanzando hacia el oeste, dirigió sus cañones contra los milicianos, protegidos detrás de los terraplenes levantados esa madrugada, y simularon un desembarco en la playa. La ciudad se volcó en repeler el supuesto ataque en la orilla, mientras el desplazamiento de las tropas inglesas desembarcadas ya en tierra y en camino hacia la capital pasaba desapercibido. Al mediodía se encontraban a la vista de la ciudad y, sin solución de continuidad, organizaron el ataque. Avanzaron en dos columnas: una al mando de Carleill y la otra al de Powell, su segundo (el *sergeant major*); empezaron la ofensiva en formación, con las banderas desplegadas y haciendo sonar los tambores en compañías de piqueros precedidas de arcabuceros. Estos últimos también protegían los flancos y el espacio libre entre ambas columnas. La guarnición, sorprendida por el movimiento inglés, reaccionó con un contraataque improvisado de «treinta hombres de a caballo», protegiendo también sus flancos con disparos de arcabucería. Los españoles fueron rechazados y los ingleses continuaron su avance. En media hora ya habían alcanzado las murallas de la ciudad. Carleill se dirigió a la puerta principal y Powell a la secundaria, al sur y más cercana al mar. Apenas encontraron resistencia y, a las tres de la tarde, ya habían capturado la mayor parte de la localidad, con excepción de la fortaleza de Ozama, que

⁴⁵ Las milicias estaban formadas por unos 800 hombres a pie y otros 100 a caballo; en un informe posterior al ataque se dice que el armamento del que disponían eran picas y lanzas, que habían heredado de sus padres o abuelos y unos pocos arcabuces sin apenas pólvora o munición.

resistió hasta la noche. En el ataque por tierra, los ingleses sólo tuvieron cuatro bajas. Por la noche, la guarnición española abandonó la fortaleza de Ozama, ocupada al día siguiente por los invasores.

Derrotada la plaza, comenzó así un mes de saqueo y negociaciones. El gobernador Cristóbal de Ovalle se había dado a la fuga, abandonando de forma precipitada la ciudad, acompañado por el alguacil mayor, el capitán Juan Melgarejo, dirigiéndose río arriba hasta Peralvillo, desde donde envió los primeros despachos dando noticias del ataque a España y a Cuba. La esposa del gobernador fue capturada por los ingleses y se convirtió en el principal rehén de Drake. Sin embargo, la mayoría de los vecinos de Santo Domingo habían conseguido abandonar la urbe, llevándose el oro, los objetos de plata y las joyas. Se dirigieron hacia el norte, a la región comprendida entre Guanuma y Peralvillo. El mayor contingente se instaló en un ingenio, la Jagua, al este de Peralvillo, en la ribera opuesta del río Ozama. Después de varios días de saqueo, que afectaron principalmente a la casa del gobernador y a las iglesias —con excepción de la catedral, donde establecieron su cuartel general—, los ingleses sólo consiguieron unos 32.000 pesos. Drake esperaba sacar mucho más pidiendo rescate por los prisioneros; de hecho, en la primera reunión con los españoles doce días después de la ocupación, solicitó un millón de ducados (dos millones de pesos). Al final aceptó 50.000 pesos, bastante menos de su previsión inicial. Una vez cobrado el rescate y habiendo sustituido tres de sus barcos (el *Hope*, el *Benjamin* y el *Scouth*) por otros tres capturados en el puerto, la armada británica abandonó Santo Domingo un mes más tarde de su llegada, el 11 de febrero.

Este mes de saqueo se saldó con la destrucción de una tercera parte de la ciudad y la quema y destrozo de las iglesias de Santa Bárbara, la Merced, Regina, San Francisco y Santa Clara. Los archivos de la población más antigua del Caribe también se perdieron. No derribaron más por una razón puramente mercantil: cada vez que destruían un edificio, el valor del rescate disminuía. Los ingleses consiguieron suministros suficientes en alimentos y ropa, algo más de 80.000 pesos entre el robo y el rescate, se llevaron además todos los cañones, las campanas de las iglesias y algunos barcos del puerto, y quemaron los que no se pudieron llevar. La ciudad de Santo Domingo quedó sumida en el quebranto y la pobreza, con una parte en ruinas, todos sus edificios saqueados y sus templos profanados y ultrajados. Los ingleses sólo causaron tres muertos entre los españoles: uno de ellos murió en el primer bombardeo efectua-

do desde los barcos y los otros dos, monjes dominicos, fueron colgados como represalia durante las negociaciones.

En 1585, Santo Domingo no tenía mucha más población que Ribeira Grande o Santa Cruz de La Palma. Las crónicas indican que en ella moraban unos 500 vecinos y que sólo aportaron mil milicianos para defender la ciudad. Sin embargo, los ingleses diferenciaron enseguida las dos poblaciones saqueadas. No consideraron Santo Domingo un pueblo, como Ribeira Grande, sino una pequeña ciudad y, por la calidad de sus edificios, la creyeron una población rica. La experiencia demostró que no era así. Santo Domingo era la ciudad más antigua del Nuevo Mundo y había tenido su momento de esplendor cuando era la capital administrativa del Caribe, pero en la época del ataque se encontraba ya en decadencia; de hecho, los ingleses se sorprendieron cuando, poco después, en Cartagena de Indias, con la mitad de habitantes que Santo Domingo, obtuvieron un rescate sensiblemente mayor.

El éxito en Santo Domingo era crucial para el cumplimiento de uno de los objetivos de la misión: atacar los asentamientos españoles en el Caribe. La ciudad era lo suficientemente importante para que su ocupación y saqueo proporcionara a la empresa fama y dinero. Desde luego es indudable su notoriedad, pero la segunda parte, la económica, resultó más bien decepcionante. Piénsese que de un rescate inicial de dos millones de pesos sólo se consiguieron 50.000, cantidad que sufragaron los habitantes que habían abandonado la urbe con sus objetos de valor y joyas (se hizo un listado detallado de lo que daban que incluía el peso exacto de lo aportado). Con todo, no se puede negar que, esta vez, el ataque cogió por sorpresa a unos vecinos desprevenidos y que apenas opusieron resistencia; lo justo para abandonar la ciudad con los artículos más valiosos, con los que posteriormente se sufragó el rescate.

Como dijimos, decisivo en el éxito de esta empresa fue el factor sorpresa; para conseguirla se buscó información sobre el enemigo (por ejemplo, cuando Santo Domingo fue atacada, sus habitantes desconocían el inicio de las hostilidades entre España e Inglaterra). Asimismo, contribuyeron a apuntalar la planificación la elección del lugar de desembarco y las nociones del estado de las fortalezas, los defensores y su armamento. Cuando Drake consideró que había reunido suficientes datos sobre el sistema defensivo de la ciudad, inició el movimiento de aproximación a La Española, durante el cual obtuvo todavía más información, que se antojó crucial. La primera referencia escrita de los españoles sobre la llegada de la flota inglesa se refiere al momento en que ésta se sitúa

entre Santa Catalina y Cancedo (Caucedo), al este de Santo Domingo; permanece en el lugar hasta la noche en la que una parte continuó su navegación al oeste, a la vista de la ciudad, hasta la playa de Haina. Según se indica en los *escritos históricos* de Américo Lugo, «e como hora de las cinco llegaron dos mensajeros de la boca de *Jayna*, los cuales trajeron nuevas que estaban allí trece velas e que habían desembarcado seiscientos o setecientos hombres e venían marchando». Los ingleses ya habían desembarcado en la playa, aunque la primera impresión de los habitantes de Santo Domingo es que las velas percibidas en Haina estaban allí porque los navíos «habían dado en seco». Nada más lejos de la realidad; las naves no habían encallado, sino que aprovecharon la oscuridad para desembarcar las tropas. Drake había conseguido su objetivo: el factor sorpresa. Poco más había que hacer; los defensores bloquearon la bocana del río Ozama en un intento por proteger el puerto e intentaron mejorar las defensas costeras de la ciudad. Esfuerzo inútil, ya que la aproximación de los barcos ingleses a la playa formaba parte de una diversión para ocultar el movimiento de las tropas que llevarían el esfuerzo principal de las operaciones en tierra. El resultado es el conocido: al mediodía, estaban en las puertas de la ciudad, por la tarde la habían ocupado casi en su totalidad y, al día siguiente, tomaron la fortaleza de Ozama una vez la guarnición abandonó el baluarte.

En todo este proceso, Drake también tuvo en cuenta el principio de economía de medios; el devoniano se percató de que debía reservar lo que tenía, dado que una reposición sería difícil, alejado como estaba de puertos amigos. Se podía suministrar agua y comida sobre el terreno (era práctica habitual), pero la sustitución de las bajas resultaba imposible; la fiebre habida causó un número elevado de aquéllas y todavía podía ocasionar más. El marino inglés pensaba apoderarse de los cañones y reponer algunos de los suyos, pero casi la totalidad de los conseguidos se almacenaban en las bodegas de los barcos con el resto del botín. Reponer la pólvora era, en cambio, más complejo y el almirante se dio cuenta de que escaseaba hasta en las fortalezas ocupadas. El desembarco de sus tropas en la playa de Haina se realizó al amparo de la oscuridad, sin apoyo del fuego artillero de los barcos, que sí había empleado en la invasión de la isla de Santiago. Esta maniobra supuso un ahorro de pólvora y munición y una menor exposición de los buques y su tripulación al fuego de artillería enemigo.

La demora en la finalización de las negociaciones entre ingleses e isleños en el rescate de Santo Domingo había propiciado la difusión

de la noticia de la presencia de Drake en el Caribe, cuyas poblaciones comenzaron rápidamente a prepararse. Es el caso de Cartagena de Indias, que, alertada, contó con unos veinte días para alistar sus defensas y asegurar una evacuación minuciosa. En las poblaciones pequeñas que no disponían de medios para proteger sus habitantes basaron la supervivencia en el abandono de sus hogares, llevándose consigo todos los alimentos y objetos de valor.

En aquel tiempo, la ciudad de Cartagena constituía una plaza clave en el Caribe: era el puerto donde se almacenaban metales preciosos y perlas colectadas en la zona, y base de la flota española de Tierra Firme. Por ese motivo, y a pesar de ser una población de menor entidad que Santo Domingo, estaba mejor defendida. Después de la reciente experiencia en La Española, Drake no esperaba obtener mucho más beneficio de esta estratégica pero pequeña ciudad. Más bien, pretendía humillar a los españoles y demostrar que ningún lugar, aunque estuviera alertado y fortificado, estaba fuera del alcance de sus tropas. Todavía seguía pensando en Panamá como el principal lugar donde obtener los beneficios que buscaba para compensar las aportaciones de los inversores. Mientras tanto, Cartagena de Indias, avisada por un galeón procedente de Sevilla y un pequeño barco llegado de Puerto Plata (La Española), se preparaba para la defensa. El gobernador Pedro Fernández de Busto prefirió no correr ningún riesgo, por lo que desplazó al interior del territorio a la población no combatiente y los objetos de valor. Reunió y equipó a la milicia y requirió refuerzos a otras localidades de su demarcación. Entretanto, se comprobaba el armamento y se vigorizaban las fortalezas de la urbe. A falta de atalayas de observación, el gobernador dispuso que una escuadra de reconocimiento patrullara la costa y diera aviso de la presencia de la flota inglesa. De este modo, con el sistema de alerta establecido tempranamente, la milicia informada y equipada y con sus fortificaciones remozadas y armadas con sus mejores cañones, Cartagena estaba lista para el ataque. Drake no podía contar esta vez con el efecto sorpresa y lo sabía. Su plan de ataque no iba a ser el mismo.

La entrada a la bahía interior del puerto estaba protegida con una fortaleza en la isla de Manga llamada *el Boquerón* (hoy, San Sebastián del Pastelillo) y con *La Caleta* en la orilla opuesta; la entrada a la rada se cerraba mediante una cadena tendida entre ambos fuertes; otros vigentes entonces eran el de Vargas, emplazado en Punta Icacos (en el extremo sur de la península de Bocagrande) y la plataforma Santangel (en la isla de Tierra Bomba), situada más al sur y a la vista del fortín Vargas; entre

los dos se vigilaba la entrada a la bahía de Boca Grande, ambos eran de construcción endeble y habían sido destruidos por un temporal⁴⁶. Por su parte, el ataque por tierra a la ciudad sólo era posible por una franja de terreno situada entre el mar abierto y las aguas del puerto, que a su vez unía el núcleo urbano con la península de Bocagrande. En las memorias del viaje, el capitán Bigges indica que ese estrecho paso no tenía «más de cincuenta pasos de ancho» (en realidad, unos 150 metros). El acceso oriental de la ciudad estaba protegido por un torreón, con un puente levadizo, el de San Francisco. En la zona costera era muy difícil llevar a cabo con éxito un desembarco anfibio, a no ser que fuera por sorpresa (aunque no era éste el caso). Los barcos de que disponía el gobernador, las galeras *Santiago* y *La Concepción*, permanecieron durante el ataque dentro de la bahía interior del puerto, actuando como fortalezas móviles en apoyo a las acciones en tierra. Con la entrada a la bahía interior del puerto, protegida por el fuerte Boquerón, la defensa se volcó en fortificar el pequeño paso entre las dos aguas.

La flota inglesa, con rumbo sur, había alcanzado las costas continentales a la altura del río Hacha, unos 400 km al este de Cartagena de Indias; bordeando el litoral se aproximaron al objetivo el 19 de febrero. Drake, conocedor de la zona, dirigió su flota a la entrada de la bahía por boca Chica, al sur de la isla de Tierra Bomba, y seguidamente se encaminó al canal de boca Grande. El almirante inglés esperaba que los españoles no hubieran fortificado las entradas de los canales y así anclar sus barcos en la protección del puerto exterior, fuera del alcance de los cañones de las fortalezas. Si bien es cierto que el gobernador acertó enviando su flotilla de reconocimiento por la costa y, por tanto, ya estaba alertado de la llegada de los buques ingleses, al no disponer de otros medios nada pudo hacer para evitar su anclaje en el puerto exterior⁴⁷.

Con unos dos km de largo por uno de ancho, con el acceso cerrado por una cadena y protegido por los cañones de la fortaleza del Boquerón, el puerto interior, el principal de Cartagena, resultaba inaccesible a la flota inglesa. También era difícil el desembarco por sorpresa en la costa oeste de la ciudad (Caribe), y sopesando el conflicto que planteaba el envolvi-

⁴⁶ RUIZ RIVERA (2000), pp. 1055-1068.

⁴⁷ ACOSTA DE SAMPER (2007). Aunque se trata de una historia novelada indica: «Al llegar frente a la entrada de Boca Grande, el primer bajel disparó un cañonazo sobre el remedo del fuerte que había allí entonces, desbaratando el terraplén de tierra que ocultaba a los pocos soldados que, como centinelas avanzados, no diré defendían el punto, sino que se escondían detrás de él. Estos contestaron al cañonazo disparando sus mosquetes; y viendo que el navío echaba al agua un barco, pusieron pies en polvorosa, y atravesando la península a todo correr, siguieron por el lugar que hoy llaman el Limbo y avisaron lo que ocurría, uniéndose a los que defendían la ciudad». La autora debe referirse al fuerte de la punta Icacos (Cuadro II: el almirante corsario Francisco Drake 1586).

miento por el este —a través de una zona pantanosa cuyo único acceso posible era el puente levadizo, protegido por la torre de San Francisco—, Drake descubrió que sus maniobras se limitaban solamente a una. De hecho, fue la que llevaron a cabo los ingleses cuando desembarcaron sus fuerzas terrestres en la península de Bocagrande: la aproximación por tierra en dirección norte hasta alcanzar la ciudad. Pero para lograr esta meta, era preciso cruzar las defensas españolas que, al situar su posición defensiva principal en un paso estrecho (La Caleta), contaban con una ventaja: al evitar la dispersión de sus fuerzas (como habría ocurrido en un frente defensivo amplio), podían concentrar sus esfuerzos en esa zona, convertida en el «punto crítico» de la defensa; de este modo se equilibraba la desproporción de fuerzas entre defensores y atacantes.

El flanco este de la posición defensiva estaba protegido por las aguas del puerto interior, dominado por las galeras españolas. El mar exterior protegía su costado oeste; aunque esta zona carecía de defensa activa, los barcos ingleses, sabedores de la dificultad que planteaba su actuación en mar abierto, ni siquiera intentaron bombardear la posición defensiva; no realizaron ningún hostigamiento a la ciudad, que, por otra parte, ya había sido abandonada por sus habitantes¹⁸.

Ésta es la primera vez en esta expedición en la que Drake no apoya directamente con los cañones de sus barcos la aproximación y ataque de sus fuerzas terrestres, limitándose a una simple acción en el espacio y en el tiempo para distraer a la guarnición del castillo. Sus buques permanecieron fondeados al abrigo del puerto exterior y sólo se movieron, sin salir a mar abierto, coincidiendo con el intercambio de disparos en La Caleta.

El estudio de las posibilidades inglesas hecho por el gobernador estaba bien encaminado y preparó la defensa en esa dirección. La diferencia en equipamiento e instrucción entre las milicias y las tropas de Carleill favorecía a los ingleses. También les respaldaba el número de soldados enfrentados en tierra, aunque en principio pareciese equilibrada (desembarcaron unos 1.000 ingleses, que lucharon contra otros tantos defensores). Dentro de las filas españolas participaban milicianos a pie (570, de los cuales 100 eran piqueros) y montados (54), algunos esclavos, que habían llenado las calles de la ciudad con trampas con

¹⁸ ACOSTA DE SAMPIER (2007). Se indica, también, que: «*Dos negros pescadores que no comprendieron el peligro que les amenazaba, habían quedado en aquel punto recogiendo sus redes. Los ingleses les tomaron prisioneros, les llevaron al bajel de Drake y les mandaron que diesen noticias circunstanciadas de los preparativos que hubiesen hecho los cartagenenses para defenderse. Los africanos, llenos de espanto al ver amenazada su vida, y además poco adictos a sus amos, confesaron que ellos mismos habían ayudado a sembrar de pías envenenadas todas las bocacalles de la ciudad, y les dieron noticias de la fuerza que existía allí y de la maneja más fácil que había para entrar en la ciudad.*»

veneno, y arqueros indígenas (400), que empleaban flechas con su punta envenenada. El gobernador también disponía de soldados en el fuerte (200) y en las dos galeras (300) que, si bien hostigaron con sus disparos el movimiento inglés, no participaron directamente en el combate decisivo, que tuvo lugar en el paso estrecho de La Caleta, donde las milicias se enfrentaron a los ingleses al abrigo del muro defensivo levantado previamente⁴⁹. Los ingleses, debido a las bajas sufridas sólo desembarcaron, como hemos dicho unos 1.000 soldados de infantería, encuadrados en 18 compañías. Esta vez, al ver el despliegue español y la entidad de las fuerzas enemigas, los ingleses tuvieron la impresión de que se enfrentaban a un «verdadero ejército», no comparable al huidizo encontrado en Santo Domingo. Otro factor a tener en cuenta es la moral de los soldados y su fe en el triunfo. Los ingleses, con el espíritu alto, esperaban conseguir otra victoria más y entrar a saco en la ciudad; los españoles, por el contrario, habían preparado su defensa, pero habían planeado con más esmero, si cabe, su retirada por si se veían superados. Cartagena de Indias se hallaba desierta y su defensa se basaba en las sucesivas barricadas situadas en sus estrechas calles, llenas de trampas a base de estacas y clavos envenenados. Un último punto que debemos tener en cuenta es la dispersión de las fuerzas españolas, ya que, aunque obligadas a proteger una posición (punto clave) que cerrara el paso de la dirección más probable del ataque enemigo, no podían descuidar otras posibles maniobras inglesas, que, por inesperadas, llegarían a ser aún más peligrosas. Eso supuso una dispersión de fuerzas, que, por muy necesario que fuese, vino a debilitar el esfuerzo principal de la defensa. Hay que tener en cuenta que si la posición clave cae en manos del enemigo, la batalla se daría por perdida a no ser que se prevean otras medidas de contingencia. La protección de este emplazamiento o punto cardinal debería haber sido prioritario para el gobernador y «salvaguardarla a toda costa»; incluso, si fuera necesario, contar con medios para reforzarla (disponiendo de una reserva) y, si las cosas empeoraran todavía más, preparar una posición alternativa a retaguardia, donde concentrar sus fuerzas y proseguir allí la defensa. Pero el desarrollo de los hechos fue bien distinto. Cuando los ingleses cruzaron la primera línea defensiva, se encontraron directamente a las puertas de una ciudad abandonada y sin protección. Poco a poco, entrevemos cuáles eran los puntos débiles de la defensa española.

⁴⁹ KONSTAM (2011). Es difícil determinar el número de las tropas españolas; así, en el libro de CAWTHORNE (2003), se proporciona, aproximadamente, la misma cantidad: 450 arcabuceros, 400 arqueros indios, 100 lanceros, 54 de caballería y 20 esclavos africanos armados.

El desembarco tuvo lugar la misma noche de la llegada (19 de febrero) en una playa al sureste de la península de Bocagrande (actual playa de Castillogrande). A las dos de la madrugada del día siguiente había finalizado y, una vez reorganizadas, las compañías comenzaron su aproximación a la posición defensiva española en dirección norte. Hasta las cuatro de la mañana no fueron detectados. En ese momento ya se encontraban en las cercanías del estrecho y obligado paso de La Caleta. Por este cuello de botella, entre dos aguas, convertido en punto clave y crítico de la defensa, habían penetrado los ingleses sin el más ligero hostigamiento por parte de las milicias a caballo o de los «flecheros» nativos que las acompañaban. Hicieron un alto en su marcha que aprovecharon para reordenar sus fuerzas y estudiar rápidamente la situación enemiga: fortaleza de la posición, entidad y distribución de los defensores y armamento. Precisamente la equipación militar de las milicias, incluidas las corazas, no era comparable a la versión inglesa. Aunque Cartagena de Indias disponía de un elevado número de cañones, en la playa, sin embargo, sólo se posicionó una batería en apoyo a la línea defensiva de la barricada⁵⁰. Es de suponer que la mayoría de cañones pertenecían a las dos galeras y a la fortaleza y que los restantes protegían la zona costera de la ciudad, resultando, por tanto, de poca utilidad en caso de recibir un ataque terrestre, como el que se estaba llevando a cabo. Los ingleses se asentaron sobre el terreno y esperaron la orden de su teniente general de iniciar el ataque. Entretanto, Carleill preparó sobre la marcha su línea de acción, escueta pero que, al final, se demostró muy eficaz. La orden de ataque a las compañías no tardó mucho en llegar. Para los españoles era vital mantenerse en su posición. Si resistían, la ciudad se salvaría. Por el contrario, si el muro defensivo era rebasado, la ciudad quedaba abierta a la rapiña de las tropas británicas.

Como se apuntó, hasta las cuatro de la madrugada, las patrullas de vigilancia españolas a caballo y los exploradores indios no habían detectado la presencia inglesa. La guarnición española había esperado a que amaneciera para iniciar sus exploraciones de reconocimiento. Indudablemente, no creían posible que los ingleses desembarcaran y se aproximaran a su primera línea defensiva aprovechando la oscuridad de la noche. En las dos ciudades anteriores, Carleill había iniciado el movimiento de aproximación de sus compañías al alba, una vez organizadas las compañías desembarcadas. En esta ocasión, realizó su aproximación

⁵⁰ El capitán Bigges señala que había seis piezas grandes, semiculebrinas y sacres, mientras que Konstam indica que los españoles disponían de una batería con cuatro cañones pesados.

en plena oscuridad, ocultando así el movimiento de sus fuerzas entre las sombras de la noche. Fue un error de cálculo de la guarnición española; los ingleses la habían sorprendido con su desplazamiento nocturno; no le quedaba otra opción que la defensa estática en su posición, sin posibilidad de realizar ninguna maniobra de diversión. Mientras tanto, Drake se dirigió a la entrada del puerto interior llamando la atención de la guarnición del fuerte del Boquerón sobre sus barcos y se produjo un limitado intercambio de disparos entre ambas partes. Entonces comenzó el combate en tierra. El teniente general Carleill había preparado su plan de ataque teniendo en cuenta su examen preliminar: el muro defensivo estaba formado con dos obstáculos, el primero que encontrarían en su camino era un foso excavado en la arena y, a continuación, detrás de éste, un terraplén de tierra donde se parapetaban los defensores (alrededor de 500 españoles y 200 indígenas). Los defensores contaban además con el apoyo próximo de la batería de artillería, situada sobre el terreno, y con el apoyo artillero más lejano, proporcionado por los cañones de las dos carabelas situadas en el puerto interior. El área más desprotegida era la playa, a mar abierto (al Caribe), cuyas obras de defensa se limitaban a una fila de barriles rellenos de arena detrás de la cual se guarecían los españoles. La imposibilidad de hacer un foso en la playa convertía esta improvisada barricada (todavía sin finalizar) en el punto más débil de la defensa y en el más vulnerable desde el punto de vista inglés. La barrera de barriles podría ser eficaz si se producía un desembarco con barcas directamente en la playa (que no era el caso), pero desde luego no estaba preparada para un ataque directo desde tierra (en realidad, los ingleses entraron en la playa y atacaron con el agua a la cintura), como si de una sólida fortificación se tratara. Carleill decidió que en ese lugar se llevaría a cabo el combate decisivo.

Los ingleses iniciaron su maniobra, dirigiendo su esfuerzo principal a la playa oeste, alejándose al mismo tiempo de las carabelas españolas; al aumentar éstas el ángulo de elevación de sus cañones para conseguir mayor alcance los proyectiles pasaban por encima de los ingleses sin apenas dañarlos. El apoyo de las dos galeras hubiese sido más eficaz si el esfuerzo principal se hubiese llevado a cabo por el este, entre el muro defensivo y el puerto interior. Carleill desechó atacar por esa parte, ya que era más sólida, estaba mejor asentada en el terreno y contaba con el apoyo de fuego proporcionado por las galeras. El ataque inglés fue rápido. Se acercaron al muro español cerrando sus columnas lo más próximas

a mar abierto, y acercándose a la posición defensiva se adentraron en la playa, la bordearon y atacaron de frente la barricada. El combate duró poco tiempo, a pesar de la valiente resistencia de las milicias. Sucumbieron ante la superioridad inglesa, que volcó todo su esfuerzo en ese lugar. Los ingleses se enfrentaron en la barricada a piqueros y arcabuceros españoles a los que superaron en la calidad del armamento y en número. Según el capitán Bigges, las picas inglesas eran «más numerosas» y sus corazas eran «mejores» que las de los milicianos, que normalmente no disponían de ninguna. Bigges también narra que su teniente general acabó personalmente con la vida del abanderado español, muerto heroicamente en la defensa de su bandera⁵¹. El combate fue breve y, abierta una brecha en la barricada, los españoles se retiraron mientras los ingleses comenzaron su persecución por la ciudad, capturando a algunos de ellos. Mientras Carleill entraba con sus tropas en Cartagena de Indias, el gobernador Fernández de Busto huía con parte de su guarnición por el puente de San Francisco. Tal y como se había previsto llegado el caso, con el apoyo de los arqueros indígenas, las milicias dificultaron el avance inglés: se apostaron detrás de barricadas improvisadas y retrasaron la invasión a través de las estrechas calles de la ciudad. Los ingleses tuvieron que enfrentarse a las flechas envenenadas disparadas por los nativos, que ocasionaron muchas bajas (en el combate, los caídos ingleses fueron más que los españoles). La principal defensa de la ciudad estuvo a cargo del capitán Bravo, quien se mantuvo fuerte en la plaza del mercado hasta que, tras recibir varias heridas, se vio obligado a rendirse. La última acción defensiva tuvo lugar en el puente de San Francisco; los milicianos resistieron en él hasta que fueron superados por los ingleses y se retiraron. Las galeras también fueron abandonadas y sólo quedó en su puesto la guarnición del Boquerón. Los ingleses habían perdido a 28 hombres en los combates y más de 50 estaban heridos. De las milicias habían perecido nueve hombres en la lucha en la barricada. En esa misma jornada empezaron varias semanas de saqueo de edificios de la población, así como las negociaciones entre el almirante inglés y el gobernador español; la invasión concluyó cuando el almirante devoniano dio por bueno el rescate de 107.000 pesos (había solicitado 400.000) y los ingleses abandonaron definitivamente la ciudad dos meses más tarde.

⁵¹ El valor del abanderado se encuentra reconocido por los ingleses y por los españoles, sin embargo la descripción del hecho es algo distinta. Según Soledad Acosta de Samper el hecho fue de la siguiente forma: «Viéndose herido de muerte el abanderado Cosme de Alas, se arrojó sobre el enemigo como un león; con el asta de la bandera mató a dos ingleses, y envolviéndose en los pliegues de ella, cayó muerto exclamando: ¡Viva nuestro rey Felipe III!».

Drake había conseguido una nueva victoria y su fama aumentaría aún más. Sin embargo, una vez conquistada la ciudad, lo primero que menciona el capitán Bigges es que la enfermedad seguía atenazando a los ingleses y que, desde su salida de la isla de Santiago, la mortalidad causaba estragos en sus filas («aunque no con la misma furia como al principio»). Sería a causa de esos niveles de mortandad por lo que la escuadra anglosajona decidió suspender su pretendido desembarco en Panamá, donde pensaban conseguir grandes tesoros⁵². No obstante, durante su permanencia en Cartagena de Indias, Drake también consideró la posibilidad de saquear La Habana.

Cuando los ingleses decidieron regresar directamente a Inglaterra, renunciaron a uno de los objetivos principales de aquel viaje: conquistar Nombre de Dios, en Panamá. El 9 de marzo, Drake convocó en un consejo de guerra a todos sus capitanes para tratar tres asuntos, recogidos en el acta correspondiente de 27 de febrero (del calendario juliano)⁵³. El documento constaba de tres apartados: el primero, se refería a la posibilidad de mantener la ciudad como colonia británica y, en tal caso, cómo defenderla de los españoles. Rechazaron la idea, alegando que sólo disponían de 700 hombres útiles (y 150 heridos o enfermos). En el segundo apartado, trataron la posibilidad bien de regresar a Inglaterra, bien de continuar la misión en busca de «riqueza», pues aunque habían conquistado tres ciudades, los rescates (oficiales) no cubrían las expectativas de los empresarios. Rechazaron seguir con la misión de saqueo, alegando que «con la endeblez de nuestra fuerza», «reducida ahora por la enfermedad», y con «tan pocos como somos», resultaba inviable atacar una ciudad fortificada. Decidieron regresar a Inglaterra y «mantener seguro el honor conseguido» hasta la fecha. El tercer apartado aludía al rescate de Cartagena de Indias y se daba por buena la última oferta española (menor que la solicitada originalmente). Las casas del núcleo urbano ya habían sido saqueadas y una gran parte se había visto consumida por el fuego, lo que había disminuido mucho su valor. Además, para compensar el sufrimiento de los participantes en la expedición (marineros y soldados), en la reunión se acordó entregarles la totalidad del rescate obtenido en Cartagena.

El capitán Bigges menciona la enfermedad repetidas veces. Él mismo

⁵² JOHNSTONE (1837). Indica que los ingleses abandonaron la idea de desembarcar en Panamá por causa de las muchas muertes que había causado la enfermedad; también menciona que después quemaron los pequeños pueblos de San Agustín y de Santa Helena, lo que no es cierto dado que esta última no fue incendiada por los ingleses, sino que fue abandonada por los españoles un año más tarde.

⁵³ BIGGES (2008).

fue uno de los afectados y, de hecho, murió poco después de la partida de Cartagena. La fiebre causaba estragos. A principios de marzo ya habían muerto, entre las «calenturas» y los combates esporádicos, más de 100 ingleses, entre ellos, el capitán del *Bark Bonner*, George Fortescue.

Cuando abandonaron Cartagena, los ingleses habían conseguido un rescate de 107.000 pesos (cifra oficial)⁵⁴, pero además habían cosechado otros «particulares», liberando rehenes a cambio de dinero. Estas redenciones sumaban una cantidad mucho mayor que la del rescate oficial, unos 357.000 pesos. El total, incluido el valor de las campanas y los 63 cañones que se llevaron, se elevaba a la notable cantidad de 500.000 pesos. Esta vez, el botín no era desdeñable, y aunque se había abandonado la idea de atacar Nombre de Dios, Drake pensaba aún en aumentar aquella cantidad con el saqueo de La Habana, ciudad a la que consideraba poco protegida. En ese momento, San Agustín, en la Florida, no entraba en sus planes. Después de un primer intento el 20 de abril, partió definitivamente de Cartagena de Indias el 22 de ese mes. La flota española enviada desde Sevilla llegó a Cartagena dos jornadas después. A Drake, a quien le seguía sonriendo la suerte, escapó por escaso margen de unos días.

Algo había cambiado. Al dejar atrás Santo Domingo, los ingleses estaban convencidos de que nada era imposible mientras los guiara Drake y, en su afán de conseguir riqueza con facilidad, se dirigieron a Cartagena de Indias, con la pretensión de seguir después a Nombre de Dios. Sin embargo, una vez en Cartagena se plantearon la posibilidad de permanecer en la ciudad, establecer allí su primer enclave del Caribe y mantenerlo en fuerza, haciendo frente a los contraataques españoles. Era una idea descabellada, los ingleses, con menos de mil soldados de infantería, podían hacer frente a las milicias locales pero se verían incapaces de resistir un ataque de soldados profesionales llegados de México (virreinato de Nueva España) o de la metrópoli; ante el poder de los galeones transoceánicos poco podían hacer los barcos de la flota de Drake en caso de entablarse un combate directo; su potencia de fuego y su resistente estructura, unidas a su mayor altura, les permitían resistir al ataque combinado de varias naves enemigas. La tropa española de infantería embarcada no tenía comparación en los abordajes, con la de

⁵⁴ RUIZ RIVERA (2000). En este trabajo se indica que los ingleses «apenas se llevaron 108.000 ducados y eso gracias a que un barco rezagado de la flota de D. Antonio Osorio llegó con 80.000 ducados de los que pudieron echar mano para detener la destrucción de la ciudad, más todas las joyas y lo que encontraron de algún valor, como los cañones y las campanas. Mucho se había puesto a salvo en el interior de la provincia. Lo peor fue el estado en que dejaron la ciudad, totalmente desguarnecida, situación que se arrastró durante el resto del reinado de Felipe III».

otros países a bordo de naves contrarias, a las que derrotaban una y otra vez⁵⁵. Por esta razón, cuando los británicos abandonaron Cartagena, ya habían renunciado a su sueño de hacerse ricos en Panamá. Se contentaron con mantener lo conseguido: el producto de los saqueos y de los rescates y «la fama cosechada». La expedición de Drake causó más daño moral que real. Habían invadido tres ciudades, aunque lo cierto es que estos hechos ocurrían desde hacía años en las aguas atlánticas (canarias y caribeñas) y parecían asumidos. Un antecedente de este contexto lo tenemos en el ataque a Santa Cruz de La Palma en la madrugada del 21 de julio de 1553; la ciudad se despertó con la presencia de una flota pirata en su frente marítimo, fue saqueada (por primera y última vez) y contó además con sus consiguientes rescates e incendios. El pirata francés François Le Clerc, también conocido como *Pie de Palo* dirigió la maniobra. En ese año, Le Clerc ya había atacado varias localidades de Puerto Rico y La Española y, en el siguiente, continuó sus intervenciones en Santiago de Cuba. El Caribe y Canarias eran, pues, áreas *naturales* para las acciones corsarias (no las únicas, pues también alcanzaban a la costa mediterránea española). Aunque los españoles habían aprendido a convivir con la piratería, la reacción ante la campaña de Drake fue bien distinta. Más que daño económico, lo hubo —como decíamos— moral. Ni la escuadra inglesa de esta primera gran expedición al Caribe ni el mismo Drake eran invencibles, como se demostraría diez años más tarde, cuando la flota de la segunda expedición, mayor que la de la primera, fue derrotada por los españoles. Sin embargo, un miedo colectivo comenzó a apoderarse de buena parte de las localidades ribereñas de la monarquía española.

Como habíamos apuntado antes, algo había cambiado para los ingleses después de dos meses de permanencia en Cartagena de Indias. Las «pestilentes calenturas» de las que se habían contagiado en la isla de Santiago estaban causando estragos y no parecía que la epidemia fuera a remitir. Las puntas envenenadas de los «flecheros» indígenas también constitu-

⁵⁵ Estaba todavía reciente la victoria naval española sobre una escuadra francesa en las Azores. El 26 de julio de 1582, con las flotas en movimiento, el galeón San Mateo que cerraba la formación española, inesperadamente la abandona y se dirige hacia la francesa. Los galos favorecidos por la dirección del viento, dirigen su nave capitana, la almiranta y tres galeones más en dirección al buque español. El San Mateo, (el segundo galeón más importante de la escuadra española) se prepara para defenderse pero no hace fuego. Se ve abordado por la capitana, por babor y por la almiranta, por estribor mientras los otros tres galeones le disparan por proa y popa. El San Mateo contraataca disparando a quemarropa sus cañones. Sus 250 infantes atacaron a la infantería enemiga que intentaba abordarles. El San Mateo, después de dos horas de combate, recibió más de 500 cañonazos, tuvo varios incendios y quedó totalmente desarbolado pero continuó manteniendo la posición de combate. Cinco contra uno y la nave que se rindió fue la capitana francesa. Después de estas dos durísimas horas, se unieron al combate el resto de las naves españolas. La batalla de las Azores duró unos cuatro horas y cuando acabó, la flota hispana había salido victoriosa. El galeón San Mateo fue el mejor ejemplo de la potencia que daban a la flota los galeones transoceánicos. Los marineros y soldados españoles no temían en absoluto a los soldados ingleses.

yeron un problema para los anglosajones, que se negaban a arriesgarse fuera de las zonas protegidas. El clima tropical tampoco favorecía su delicado estado y, aún así, permanecieron allí dos meses. Hay un hecho menor que quizás tuvo más importancia de la que se le dio en principio. Según el capitán Bigges, el centinela del campanario de la iglesia les alertó de la presencia de un par de barcas españolas, desconocedoras del ataque inglés, que se aproximaban a puerto. El capitán Moone, el capitán Varney y el «master» del *Tiger*, John Grant, se embarcaron con algunos de sus hombres en dos pinazas e intentaron alcanzarlas antes que fueran alertadas por los españoles de la costa. El resultado no pudo ser peor para los ingleses. Los tripulantes desembarcaron y, ocultos entre la vegetación, prepararon una emboscada. Cuando los invasores alcanzaron las lanchas, recibieron un nutrido fuego de fusilería que causó varias bajas, y se retiraron sin haber conseguido su botín, llevándose consigo varios muertos y heridos. Entre los muertos se encontraban los dos capitanes: Varney y Moone (este último, fallecido unos días después a consecuencia de las heridas). No cabe duda que cuando se adentraban en la masa boscosa, los ingleses eran muy vulnerables a los ataques de los «flecheros» y tampoco se desenvolvían bien al enfrentarse a españoles armados en campo abierto, como se demostró en esta pequeña aventura. En cada enfrentamiento se producía alguna baja y, aunque comenzaron a incorporar para algunos trabajos con esclavos liberados (unos 500, entre los condenados a galeras, la llamada *chusma*, y los esclavos africanos), no lograban suplir adecuadamente los huecos que se producían en sus filas, en especial las de sus oficiales más cualificados.

En esta coyuntura, los planes de Drake terminarían por aclararse con nitidez. En su ruta al norte, saquearía La Habana y, en su camino de regreso a Inglaterra, pasaría por la colonia inglesa de Virginia, fundada por el corsario inglés Walter Raleigh (1552-1618). Con este propósito, llegaron al cabo San Antonio, al este de Cuba, el 7 de mayo, donde desembarcaron con intención de realizar la aguada. Este movimiento de la flota está confuso. Parece que ante la falta de una zona adecuada para que las tropas pudieran refrescarse, dejaron San Antonio y se dirigieron hacia la deshabitada bahía de Matanzas, situada al este de La Habana. Nunca llegaron y después de catorce días de navegación, haciendo frente a los intensos vientos del este, la flota acabó arribando al mismo lugar. Desembarcaron de nuevo en San Antonio, pero seguían con el mismo problema inicial, la dificultad de hacer suficiente aguada. La cuestión

se resolvió cavando un hoyo a unos 100 metros de la playa, donde recogieron el agua de lluvia. Drake convocó de nuevo en consejo a sus lugartenientes⁵⁶. En esta sesión, los ingleses desecharon las dos últimas opciones que quedaban: una, atacar La Habana, la otra, capturar algún galeón procedente de Nueva España anclado en el puerto cubano. Tres días más tarde, el 23 de mayo, salieron rumbo norte, renunciando definitivamente al ataque habanero. Otro motivo de desasosiego para el almirante era la carga de los 500 esclavos liberados en Cartagena de Indias que deseaba aligerar. Pensó en fundar una colonia inglesa con ellos, en la parte deshabitada de Cuba, pero abortó la idea. Por mucho que quisiera deshacerse de ellos, en realidad no conseguiría más que abandonarlos a su suerte. Supuso que la colonia inglesa de Roanoke, en Virginia, era el lugar idóneo en que ubicar su cargamento humano. La suposición se tornaría equivocada.

Mientras tanto, La Habana ya se hallaba alertada y dispuesta para la defensa. El aviso enviado por las autoridades de Santo Domingo se había difundido por todo el Caribe. La Habana no había dejado de preparar su defensa. El gobernador, Gabriel de Luján, pidió ayuda al virrey de Nueva España, quien envió desde México dos naves con 300 arcabuceros. Los buques mexicanos llegaron a La Habana el 6 de abril⁵⁷, unos tres meses después del desembarco de Drake en Santo Domingo. Entre su guarnición, las milicias de los asentamientos próximos y el refuerzo de Nueva España, la plaza alcanzaba la no despreciable cantidad de 900 hombres de armas. El gobernador dispuso la defensa ciñéndose a un patrón ya establecido: se montaron atalayas, puestos de vigía en las ensenadas próximas, se protegieron las zonas de desembarco cercanas a la ciudad con puntos fuertes unidos con trincheras, se cerró con cadenas la entrada al puerto y se colocó la artillería de forma que protegiera el puerto y otros puntos clave de la defensa. El 27 de mayo recibieron el aviso de que los ingleses se encontraban en el cabo San Antonio desde hacía cinco días⁵⁸. Otra misiva les alertó de la partida de la flota de Drake tres días después en dirección este; los españoles interpretaron la maniobra dando por buena la hipótesis más peligrosa para ellos: los ingleses se dirigían a La Habana⁵⁹.

⁵⁶ PLACER CERVERA (2006), pp. 1823-1833.

⁵⁷ PLACER CERVERA (2006), pp. 1823-1833.

⁵⁸ Hay un día de diferencia entre esta fecha tomada de Placer Cervera y la dada en las memorias del viaje. Según las memorias habían arribado por segunda vez el 10 o el 11 de mayo (20-21 de mayo) y partieron de nuevo el 13 de mayo (23 de mayo) rumbo a Florida. La poca precisión que hay en las memorias puede deberse a la muerte del capitán Bigges, durante el trayecto desde Cartagena hasta Cuba y que, por tanto, fueron escritas, a posteriori, una vez finalizada la expedición.

⁵⁹ Según PLACER CERVERA (2006), la flota llegó a La Habana el día 29 de mayo permaneciendo al paio hasta el 5

Según las memorias del viaje, la flota inglesa se dirigió al cabo de Florida y fueron bordeando la costa sin desembarcar hasta que localizaron entre la maleza un puesto de vigilancia español el día 7 de junio⁶⁰. Con intención de reconocer la zona, los británicos, al mando del teniente general Carleill, desembarcaron varias pinazas. El observatorio no estaba siendo utilizado en ese momento. Sin embargo, el desembarco no fue en vano, ya que el teniente general dirigió una exploración río arriba, descubriendo a menos de dos kilómetros un fuerte español de madera (San Juan de los Pinos) de reciente construcción en la ribera opuesta. Unos kilómetros más hacia el oeste, también hallaron una pequeña población, con sus casas construidas de madera y sin amurallar: San Agustín. Los ingleses habían desembarcado en una ínsula, la isla Anastasia, situada enfrente de San Agustín y del fuerte de San Juan y separada de los enclaves españoles por el río Matanzas. Tras la evaluación inicial, se llegó a la conclusión de que San Agustín era un objetivo fácil de conquistar y, a la vista del resultado, mucho más respecto del cálculo inicial. El resto de la fuerza desembarcó también en la isla, en la misma playa en que se encontraba el puesto de vigilancia español. Al principio fueron hostigados por arqueros nativos, aliados de los españoles. Rechazaron prontamente el ataque, se asentaron en la posición y, sin más dilaciones, Carleill ordenó adelantar un par de cañones y situarlos justo delante del fuerte, emplazado en la orilla opuesta. Después hubo un breve intercambio de disparos, uno de ellos realizado por el mismo teniente general. Una vez comprobada la resistencia del fuerte, Carleill, tentado inicialmente a asaltar sobre la marcha, retrasó el ataque hasta el día siguiente y dio descanso a sus tropas. Llegada la noche, el teniente general con media docena de hombres se acercó a la fortaleza, cruzando el río en un bote de remos; buscaba cualquier información, no sólo de la fortaleza sino también de la naturaleza del terreno de desembarco, crucial si consideramos su naturaleza pantanosa. La guarnición dio la alarma y Carleill y los suyos se retiraron y regresaron a su campamento. No concibieron que los milicianos hicieran lo mismo. Reunido de nuevo con los suyos, el teniente general explicó su plan de ataque. Su línea de acción era muy simple: como quería evitar un intercambio de disparos con la fortaleza, con lo que no tenía nada que ganar, el ataque se efectuaría sobre la mar-

de junio, día en que partió en dirección a Matanzas en donde realizó la aguada, perdiendo una lancha y algunos marineros en manos de los milicianos. Estas fechas no se corresponden con las de la expedición en las que el día 7 ya estaban en San Agustín.

⁶⁰ Sigue habiendo un día de diferencia con la información dada por KONSTAM (2011) en su libro que da como fecha del avistamiento el 27 de mayo (6 de junio).

cha; para eso cruzaría el río con cuatro compañías (unos 200 hombres) y se dirigiría directamente al asalto del fuerte. Pretendía estar el menor tiempo posible al alcance de los cañones y de los arcabuceros españoles. El asalto, sin embargo no llegó a realizarse. Para su sorpresa, se presentó en su campamento un francés, capturado seis años antes por los españoles, trabajador del fuerte. El galo, Nicolas Borgoignon, informó al teniente general de que los españoles habían salido a la desbandada del baluarte la noche anterior en la creencia de recibían un ataque en fuerza del enemigo. Cuando llegaron, los ingleses comprobaron, tal y como había dicho Borgoignon, que la guarnición había abandonado la fortificación y con mucha prisa, ya que habían dejado atrás los 14 cañones de bronce y la paga de los soldados, 2.000 ducados (mucho caudal para tan poco esfuerzo). Los ingleses se llevaron los cañones, su botín en oro y quemaron el fuerte. A San Agustín, una población de unos 300 vecinos y con una guarnición de 80 milicianos, tampoco le quedaba mucho tiempo. Carleill y sus hombres se dirigieron allí. La naturaleza del terreno y los ríos interpuestos en su camino les obligaron de nuevo a embarcarse en las pinazas y remar por el río hasta alcanzar a la indefensa población de San Agustín. Recibieron algún disparo aislado, pero, cuando pusieron pie en tierra, la guarnición abandonó el pueblo y se adentró en la vegetación. El exceso de confianza de los ingleses les jugó otra vez una mala pasada. Con los españoles huidos, el general Anthony Powell, el «sargento mayor» y segundo al mando de Carleill, encontró un caballo abandonado y montándolo se dirigió a la masa boscosa en persecución de los huidos. Cayó abatido por varios disparos y, al llegar los soldados ingleses a socorrerle, nada pudieron hacer, pues el general ya había muerto. El saqueo fue completo y las casas quemadas, por lo que no quedó nada aprovechable por los habitantes cuando regresaron. Los exploradores británicos informaron a Drake de la presencia de un poblado indígena en las proximidades de San Agustín, que cabía ser el lugar de procedencia de los guerreros atacantes de la playa. Los sanagustinos sobrevivieron gracias al apoyo de ese poblado⁶¹.

En esta localidad se celebró un nuevo consejo. Los ingleses se habían enterado de que la guarnición española estaba dividida a partes iguales entre San Agustín y Santa Elena, situada más al norte. Como quedaba

⁶¹ THE FLORIDA HUMANITIES COUNCIL. *El mundo del pasado colonial español de la Florida 1565-1821*. Este texto incluye información sobre la época hispana en La Florida y entre sus personajes célebres («Rostros de la Florida») se encuentra, doña María Meléndez, jefa Timúcuca. Doña María gobernaba el pueblo de Nombre de Dios, justo en las afueras de San Agustín durante los años 1580 a 1590. Ella salvó a los residentes de San Agustín de morir de hambre, proveyéndolos con grandes cantidades de maíz cultivado por su pueblo.

en camino en su ruta hacia Virginia, en la reunión se decidió dar a Santa Elena el mismo trato que a San Agustín⁶². Abandonaron el desolado pueblo el 9 de junio. Tomaron rumbo norte siguiendo la costa en busca de indicios de Santa Elena. No pudieron desembarcar en el segundo enclave español de La Florida debido a la existencia de numerosos bancos de arena a lo largo del litoral. Como en esta ocasión no disponían de ningún piloto que les indicara la entrada, pasaron de largo y siguieron rumbo norte hasta alcanzar la colonia inglesa de Roanoke el 19 de junio.

Poco hay que decir del ataque a San Agustín. Fue una clásica rapiña pirática, con el saqueo de todo lo útil, encargándose las antorchas de reducir el pueblo a cenizas. Después de la agresión, los españoles estudiaron la posibilidad de marcharse de San Agustín y, al final, la localidad que se abandonó fue Santa Elena. Era difícil mantener unas poblaciones tan pequeñas en un espacio tan amplio y en un terreno mayoritariamente pantanoso. Con respecto a Santa Elena, hay que decir que se salvó del saqueo por la escasa o nula información que tenía Drake sobre los bancos arenosos extendidos por varios kilómetros de costa. El fuerte viento dificultaba en gran medida las maniobras de la flota y, en cuanto pudieron, los ingleses fondearon cerca de su colonia en Virginia, al abrigo del puerto.

Partieron de Virginia el 28 de junio y llevaron consigo a los colonos ingleses. Aunque no se haya del todo claro, lo más probable es que también condujeran a Europa a los esclavos negros y galeotes, liberados con anterioridad en Cartagena de Indias. Con los mismos se había concebido fundar una colonia en Cuba; no obstante, tras dos semanas de espera, con vientos desfavorables en el torno del cabo San Antonio, se desistió de tal propósito y se tomó rumbo hacia Roanoke. Al parecer muchos de los esclavos habían muerto a la altura de Florida, en el trayecto desde Cartagena a Virginia, habiéndose contagiándose de las fiebres reinantes en los navíos. Tampoco consta evidencia de que haya quedado alguno en tierra, a no ser a causa de naufragio; de hecho la flota se fragmentó como resultado de una fuerte tormenta que azotó el lugar donde se encontraban fondeados los barcos en Roanoke. Para evitar encallar, algunas naves se alejaron de la costa y, al no poder regresar junto al buque insignia, se dirigieron directamente a Inglaterra sin esperar la salida de la flota. Drake que deseaba desembarazarse de su carga extra de esclavos negros (se desconoce si lo logró), hizo una excepción con los galeotes de origen turco liberados de las galeras en Cartagena de Indias, debido a la posi-

⁶² Al año siguiente del ataque de Drake, los españoles, para concentrar y defender mejor sus localidades en La Florida abandonaron Santa Elena. San Agustín pasó a convertirse en la capital.

bilidad que proporcionaba a los anglosajones el canje por prisioneros cautivos en tierras del Islam. Existe documentación acerca de un centenar de otomanos que regresaron a Turquía desde Gran Bretaña⁶¹.

En definitiva, la expedición llegó a Portsmouth (Inglaterra) el 7 de septiembre. Lograron un botín equivalente a 60.000 libras, de las cuales 20.000 fueron destinadas a compensar el esfuerzo de los soldados y marineros, y unos 240 cañones, de los cuales alrededor de 200 eran de bronce. En el camino perecieron 750 ingleses. Los inversores, que esperaban sacar beneficios de la expedición, sólo recuperaron un 75% del caudal. Al no capturar Panamá ni ningún barco de la flota de Indias, la expedición consiguió menos beneficios de los previstos; sin embargo, a efectos propagandísticos, la misión tuvo gran importancia, pues vino a demostrar la vulnerabilidad de las posesiones españolas de ultramar. En Canarias, incluida La Palma, y en América, cada vez que llegaba la noticia de que Drake abandonaba Inglaterra (Cádiz, 1587 y La Coruña, 1589) contaban los días que tardaría el corsario en presentarse en su ciudad. Pero ni siquiera Drake podía estar en todas partes. Hubo que esperar diez años hasta que el devoniano organizara la siguiente (y última) gran expedición al Caribe.

4. EL ATAQUE A SANTA CRUZ DE LA PALMA. COTEJO CON EL RESTO DE LA EXPEDICIÓN

Algunos aspectos del ataque de Francis Drake a Santa Cruz de La Palma han sido esbozados en las líneas anteriores. Del análisis de esta agresión, acaecida el 13 de noviembre, dentro de la expedición al Caribe de 1585-1586, cabe deducir dos conclusiones. De una parte, las historias generales en las que se obvia o confunde Santa Cruz de La Palma con otras poblaciones. De otra, las historias regionales o locales que han dado suma importancia a aquella página militar. A modo de muestra, el capitán Bigges sólo dedica al ataque a la ciudad un pequeño párrafo en comparación a la descripción detallada que da de la permanencia de la flota en aguas gallegas y caboverdianas. En estas líneas se indican las pretensiones inglesas, cómo se llevó a cabo el intento de desembarco y cómo fue la respuesta de los isleños. Por lo no escrito, también sabemos lo que no ocurrió: los palmeros no negociaron con los ingleses, como

⁶¹ CRAIN (2012). En este artículo se hace referencia a: «Acts of the Privy Council, 1586-87, pp. 205-206. (Public Record Office [London]), PC 2/14: 169) Contains a letter from the Queen's Privy Council addressed to a merchant in London, who traded with Turkey, that asks him to make arrangements for the return of 200 Turks to Turkey».

ocurrió en Bayona; tampoco la ciudad fue saqueada, como sucedió en Ribeira Grande, en Santiago, la principal insula de Cabo Verde. Según Bigges, la flota partió de Bayona: «*When all our 'businessse' was ended, we departed, & tooke our way by the Islands of Canaria, which are esteemed some three hundred leagues from this part of Spaine, & falling purposely whith Palma, with intention to have taken our pleasure of that place, for the full digesting of many things into order and the better furnishing our store with such several good thing as that 'affoordeth' very abundantly*»⁶⁴.

Como comprobamos, el destino prefijado de la flota inglesa era La Palma, en cuyo solar pensaban aprovisionarse de todo lo que necesitaban para afrontar con éxito el cruce atlántico. El convoy ya portaba retraso y es de suponer que no deseaban perder mucho tiempo en la operación. Tampoco tenían pensado adquirir los suministros previo pago de su importe. A tenor de las fuentes, parece que no se esperaban encontrar resistencia. Asimismo, confiaban en disfrutar de un breve reposo en tan incómodo viaje; no en vano, los buques se hallaban atestados de soldados que deseaban desembarcar; mientras, una vez en la isla, con la casi segura pasividad local, pretendían apoderarse de todo lo almacenable. Así las cosas, sólo cabe pensar que su postrero paso por Cabo Verde fue motivado por el fracaso de La Palma.

Llegados a este punto, debe recordarse que la noticia de la expedición de Drake fue recibida en el archipiélago el 30 de septiembre. Según el profesor Rumeu de Armas —al que hemos acudido para realizar esta descripción—, el aviso llegó al Cabildo de Tenerife a través de Madeira⁶⁵. Los informes apuntaban la salida de una poderosa flota desde Inglaterra. Casi un mes más tarde, en torno al 20 de octubre, desde Lanzarote, se avistaron a la altura de Lobos siete naves de gran calado, que de inmediato se relacionaron con las noticias del mes anterior. Con este fin se dio comunicación a Gran Canaria y Tenerife, acusada el 25 siguiente. Desde Tenerife se pasó advertencia a La Palma, que propició una reunión de urgencia del cabildo para tomar las medidas pertinentes. El 4 de noviembre, en casa —o posada como aparece recogida en la docu-

⁶⁴ Una versión más moderna del texto es como sigue: «*So, sailing thence, we set sail for the Canary Islands, thinking to take the island of Palma, and there to set our affairs in better order, and to outfit ourselves more fully with all the needful things which that region could supply in abundance. But, since we were never to make a landing except at a certain place much protected by a number of fortifications, always exposed to ordnance fire, we were immediately obliged to heat a retreat, with cannon (as today we call great ordnance) playing upon us heavily and reaching as far as our ships with balls as large as any used today. But especially the tide and currents of the sea compelled us to depart, for it threatened our pinnaces and boats with imminent destruction. Therefore, cheated of this hope of invading the island, we sought another one, commonly called Isla de Ferro.*»

⁶⁵ RUMEU DE ARMAS (1991), t. II, 1ª parte, pp. 7-28.

mentación— del teniente gobernador, Jerónimo de Salazar, se acordaron varias disposiciones: 1º visitar los posibles fondeaderos; 2º hacer turno de vigilancia; 3º) y, por último, otras disposiciones complementarias. Sin embargo, esta primera alarma resultó ser falsa y los navíos avistados en las proximidades de Lobos nunca llegaron a ser identificados.

La flota de Drake fue avistada poco después, mucho más poderosa que la entrevista en el islote mayorero, pues la conformaba una treintena de cascos. De nuevo, desde Lanzarote, el 3 de noviembre, ahora sí, se divisó la temida armada. Como tenían previsto en el derrotero, desde Lanzarote los británicos tomaron rumbo hacia Santa Cruz de La Palma y el 7 siguiente se presentaron frente a la ciudad «dando una vuelta y otra». Con los deberes del cabildo hechos, se dio la voz de alarma, acudiendo a la defensa de la ciudad todas las compañías de la isla. La protección de la capital fue preparada por el teniente de gobernador Jerónimo de Salazar junto a los capitanes Luis Álvarez de Brito, Juan Fernández Sodre y Nicolás Ortiz y el ingeniero italiano Leonardo Torriani. La defensa de la urbe se encontraba custodiada por tres castillos: San Miguel, en el puerto y playa sur, bajo el mando del alcaide Bartolomé González Acosta; el baluarte de Santa Catalina, a cargo de Pedro Hernández Señorino, y el baluarte del Cabo (fuerte de Santa Cruz del Barrio del Cabo), en el norte. Asimismo, en el frente del litoral se cavaron trincheras. Las fuerzas palmeras se encontraban nutridas por 2.045 soldados (600 arcabuceros y 1.445 piqueros), divididas en doce compañías, tres de ellas correspondientes a la ciudad. Sin embargo, al poco de su avistamiento, la flota enemiga desapareció. La alerta se mantuvo durante cinco jornadas más hasta el 12 de noviembre.

Al parecer, visto el eficiente sistema defensivo, Drake optó por tantear otras posibilidades. Una de ellas fue posiblemente Fuerteventura, dado que en aquel año fueron capturados 17 ingleses procedentes de un navío británico al que los prisioneros llamaron en su declaración *Prima Rosa*, denominación muy similar a uno de los buques de la armada inglesa, el *Primrose*. Se entiende que los cautivos soslayaron el nombre de Drake por miedo a severas represalias por parte de las autoridades locales. La otra tentativa fue el documentado intento sobre Las Palmas de Gran Canaria, en cuya rada el devoniano ancló el 11 de noviembre con pretensiones bélicas. De igual modo, la sólida alineación de las defensas grancanarias propició que el inglés renunciase a un ataque. Izadas las velas, Drake determinó entonces volver al plan inicial y asaltar Santa Cruz de La

Palma. El 12 de noviembre, varios pescadores de Tenerife avistaron la flota al norte de La Palma, a la altura de San Andrés y Sauces, con rumbo sur; en la jornada siguiente, se desenvainaron las armas.

El 13 de noviembre, la armada inglesa, compuesta por unos 19 navíos y algunas pinazas, amanece en el norte de la bahía de Santa Cruz. Según el informe de Jerónimo de Salazar, la división restante es enviada por el norte de la isla hasta el puerto de Tazacorte con el objetivo de fragmentar las defensas locales. En una alineación norte-sur y con el *Bonaventure*, la nao capitana, a la cabeza, la armada británica, en fila de uno, se adentra paralelamente frente al núcleo urbano. Sin señal alguna, sin bandera y sin tambor, cuando el último barco de la flota británica se posiciona en la alineación de ataque, dispara dos cañonazos para avisar al *Bonaventure*, que responde con otros dos tiros al darse por enterado. Los barcos portaban las lanchas cargadas de soldados y la nave capitana llevaba, además, un batel asido para sondear los posibles lugares de desembarco.

De inmediato, la autoridad ordena dar aviso a todas las compañías del interior de la isla, vueltas a sus lugares de origen la jornada anterior, después de cinco días de alerta. La defensa se inició únicamente con las tres compañías de la ciudad compuestas por 450 efectivos entre piqueros y arcabuceros. Las restantes compañías se fueron incorporando a medida que avanzaba la jornada y regresaban a marchas forzadas a la capital insular. Al parecer, la defensa definitiva consiguió reunir 1.755 combatientes, 390 menos que el número total de milicianos de la isla⁶⁶. Cuando tuvo la flota británica a su frente, a pesar que el enemigo se encontraba fuera del alcance de sus cañones, el alcaide del castillo de Santa Catalina, Pedro Hernández Señorino, ordenó disparar; seguramente con intención de amedrentar, a la vez que subrayar su excedente de pólvora y su disposición para el combate. La flota, empero, prosiguió en su rumbo sur y al acercarse a la ensenada portuaria, redujo la distancia a la costa. En este punto sobrevino uno de los momentos determinantes de la pelea. La torre de San Miguel, bajo las órdenes de su alcaide, Bartolomé González Acosta, inició el fuego y uno de los disparos dio de lleno en el *Bonaventure*, causándole graves destrozos; incluso un trozo de metralla estuvo a punto de dar de lleno a Drake y su plana mayor. Ello desenca-

⁶⁶ Como se ha visto, en 1585 las unidades alcanzaban los 2.045 milicianos (600 arcabuceros y 1.445 piqueros). Sin embargo en la defensa de la ciudad sólo participaron 1.755 soldados (390 menos) por lo que es de suponer que las compañías de las localidades más alejadas (Garafía y Puntagorda, con 280 efectivos y Barlovento, con 110) no llegaron a la batalla. Lo más probable es que cuando alcanzaron la capital, la flota de Drake ya se había retirado. Por otra parte, también cabe suponer que pudieron quedarse en la defensa del litoral de Tazacorte aunque existen pocos datos relativos al ataque a este puerto.

denó una ruptura en la formación de los atacantes, ya que otros barcos situados más atrás acudieron a proteger la nave capitana. En este caos, el cúmulo de embarcaciones aprestadas ahora cara al castillo de San Miguel ofrecieron un inmejorable blanco a los cañones de la torre que comenzaron a disparar sobre ellas. Concentrado el ataque en la zona portuaria, el alcaide del otro fuerte, Pedro Hernández Señorino, se trasladó hasta el bastión de San Miguel para colaborar en la defensa, revelándose como uno de los más destacados paladines: *«con mucho valor trabajó y ayudó al artillero y a los que le servían, de suerte que las dos piezas de artillería que tenía el dicho fuerte aunque pequeñas defendió la entrada a navios que venían siguiendo a la capitana de Francisco Drake y la trató muy mal y la hizo volver a la mar, y se tiene por cierto que la dejó ir al fondo por no poderla favorecer»*⁶⁷. Quizás, envuelto en este fuego tan certero como inesperado, Drake resolvió desembarcar un poco más al sur, en la playa de Bajamar o de Las Norias; ordenó así a la infantería la toma de tierra en sitio más apartado de aquel vigoroso fuego, bajo la meseta de La Caldereta —hoy barrio de La Portada—. El capitán Bigges señala sobre esta tentativa de desembarco: *«we were forced by the vile sea gate, which at that present fell out, and by the naughtiness of the landing place, being but one and but under the favor of many Platformes, well furnished with great ordinance, to depart with the receipt of many their canon shot, some into our ships, and some besides, some of them being in very deede full Canon high»*.

Una cuestión que se ha debatido con frecuencia para explicar el fracaso del célebre almirante anglosajón ha sido el inestable estado del mar. En otras palabras, el fuerte oleaje benefició sobremanera a los defensores, otorgándoles una clara superioridad en el combate. El ingeniero cremonés Leonardo Torriani fue uno de los principales voceros de estas circunstancias⁶⁸. Por su parte, las fuentes inglesas recalcan también esta eventualidad. Sin embargo, no cabe duda de que la solidez del sistema preventivo fue el principal motivo de la victoria local, como subraya también el propio Torriani. Pocas jornadas después del ataque, el alcaide de la torre de San Miguel, Baltasar González Acosta, tan próximo a los hechos, declaró acerca de lo ocurrido: *«amainadas las velas y aperci-biéndose para echar gente con ánimo diabólico de saquear esta ciudad e isla, e con buena orden y gobierno a ánimos valerosos que el señor*

⁶⁷ LORENZO RODRIGUEZ (1975-2011), v. 1, p. 107. Referencia tomada del acta del concejo correspondiente al 19 de noviembre de 1587, más de dos años después del ataque. En su transcripción, Lorenzo subraya estas líneas de elogio en cursiva.

⁶⁸ TORRIANI (1959), pp. 227-228.

*teniente, como capitán general, e [...] tubieron e pusieron e gobernaron, así en la infantería e gente de a caballo e fortalezas de esta ciudad»*⁶⁹. El oleaje, como se ha analizado, no fue impedimento, pocas semanas más tarde en aguas del Caribe, para que Drake se apoderase de otras plazas⁷⁰.

En definitiva, en primer lugar, seguro de la superioridad de sus cañones —téngase en cuenta que la fuerza artillera de un solo navío británico era más potente que la del modestísimo castillo de San Miguel o, incluso, del resto de las fortalezas locales—, Francis Drake probó un ataque directo en el puerto y, una vez allí, comprobadas las dificultades, tentó, en una segunda fase de la operación, el desembarco de la infantería en la ribera inmediata, en un espacio más protegido del atinado fuego de los defensores. No obstante, la sorprendente precisión de los hispanos frustró las operaciones y concluyó en la ruina definitiva de la agresión.

La armada de Francis Drake permaneció en la bahía de Santa Cruz de La Palma hasta cerca de las tres de la tarde. Algunas fuentes han pomenorizado que se oyeron los cañonazos de la refriega en la isla de Tenerife, un dato, sin duda exagerado. A la hora nona tomó rumbo sur. Se ha localizado, además, un posible último intento de desembarco en la ensenada de San Simón⁷¹, en las costas de Mazo, una bahía natural con buenas condiciones para el fondeo⁷², repelido por las milicias de la

⁶⁹ LORENZO RODRÍGUEZ (1975-2011), v. I, p. 106. Referencia tomada del acta del concejo correspondiente al 22 de noviembre de 1585.

⁷⁰ Las mareas tampoco influyeron en ninguno de los dos bandos; en un puerto oceánico, como era el de Santa Cruz de La Palma, no era significativo que la marea estuviera alta o baja.

⁷¹ AMSP: legajo 669, f. 156.

⁷² Véanse sobre este particular algunos acuerdos del Cabildo de La Palma acerca de dicho puerto: [...], de agosto de 1586 (f. 156): *«que su merced está presto de acudir a ver lo que [...] e necesario para la defensa desta isla para su guarda y custodia de ella, y que todos las dichas misivas fueren avisados todos los capitanes del campo de la isla, para questión prestos con su gente y armas, y asimismo los [fligares] de la Breña para que hagan vela y sentinelas en la [...] de Bajamar, que si a los señores regidores les [...] en la playa de San Simón, que lo a pedido que se haga lo que más convenga. Luego, los dichos señores regidores dixeran que como está acordado por los avisos que el señor governador a dado, se envíen mandamientos a todos los capitanes de la isla, como están enviados, y que en las partes de Mazo, de las sentinelas que su merced del señor teniente manda poner, [se pongan] en las partes que a el capitán le paresiere que convengan, espesialmente se haga la dicha vela en el puerto de San Simón, y que para esto se dé el [mandamiento] que convenga para el capitán del lugar de Mazo, y que asimismo, que se mande echar [bando] para que todos los vecinos desta ciudad e su término [estén apercebidos] con sus armas y acudan a sus capitanes [...] torre vengán las velas doblas [...]. (Firmado): Gerónimo de Salazar, Balthasar Pérez, Juan Fernández Sodre».*

Viernes, 21 de noviembre de 1586 (f. 168): *«en la posada del señor teniente, los muy ilustres señores el licenciado Gerónimo de Salazar, teniente de la isla, Nicolás Ortés, Juan Fernández Sodre, Balthasar González Ducosta, regidores, y Juan Prieto de Belmonte, jurado, en presencia de Francisco de Valcárcel, esc. mayor del concejo. En este cabildo su merced del señor teniente, dixo que, por provisión real de S.M. se pueden repartir el salario de ocho soldados para velar por los vecinos de esta isla, para lo cual se ha hecho lista de todos ellos y que el salario que se hubiere de dar a los dichos soldados a cada uno, ha de ser a tres ducados cada mes, que los señores capitanes, Nicolás Ortés y Juan Fernández Sodre, regidores, que presentes están, tomen y vean las dichas listas y conforme a lo dicho, repartian entre los dichos vecinos doscientos ochenta y ocho ducados cada año para los soldados, para que, desde principio de enero del año 87 se haga el repartimiento y hecha, se traiga ante su merced para que la vea y se proveerá justicia, lo cual se hagan y cumplan dentro de los ocho días desde la fecha». (AMSP: legajo 669, ff. 156-168).*

isla que se dirigieron hasta este punto, abortando esta postrera tentativa. Finalmente, Drake se reunió con el resto de la armada en la punta de Fuencaliente y el grueso de la flota trabó derrotero sureste con destino a La Gomera y, seguidamente, a la isla de El Hierro.

En las semanas subsiguientes, el miedo se apoderó de la población local y se tomaron varias medidas de seguridad, como el establecimiento de turnos más severos de vigilancia⁷³. De igual modo, se acordó enviar aviso al rey del ataque a Santa Cruz de La Palma, así como de la posibilidad de que la flota enemiga marchase sobre el Pacífico, como había ejecutado Drake ya entre 1577 y 1580, en busca de las fáciles riquezas y los codiciados metales que ofrecían las plazas hispanas del Perú. Además, en La Palma pronto surgieron algunos individuos que se atribuyeron méritos en el sonado combate del 13 de noviembre de 1585 y sobre cuyas pretensiones el cabildo decidió actuar de inmediato⁷⁴.

Descrito el ataque a la capital palmera, a tenor de las fuentes británicas, va tomando forma la idea de que los ingleses sólo pudieron utilizar un lugar de desembarco al sur de la ciudad, la playa de las Norias o de Bajamar, situada bajo algunos precipicios y rodeada de abundantes rocas. Cerrado el acceso norte por el castillo de Santa Cruz del Barrio del Cabo, construido expresamente para ese cometido, y la fortaleza de Santa Catalina, el puerto y la playa de Bajamar (al sur) debieron parecer los lugares con mejores condiciones para el desembarco de la infantería. En realidad, y según el capitán Bigges, el emplazamiento elegido para poner pie en tierra se encontraba protegido por varias fortificaciones, por lo que los soldados estaban siempre expuestos al fuego de los cañones de los castillos, de gran calibre y alcance para los atacantes y cuya eficacia fue comparada con lo mejor de su artillería. En el ataque fueron alcanzados algunos barcos con «balas tan grandes» como se podía esperar de una artillería moderna, y por este motivo se vieron obligados a retirarse.

⁷³ AMOSP: legajo 669, f. 101. «Miércoles, onse de diciembre 1585. En las castas del consistorio, Geronimo de Salazar, teniente. Luis Álvarez de Brito, Juan Alarcón, Juan Fernández Sodre, Domingo García Corvalán, Gaspar de Olivares Maldonado, regidores, ante Francisco de Vulcarcel, escribano mayor del concejo. En este cabildo e ayuntamiento fueron leídas y se leyeron por el escribano tres cartas mesivas de Lope de Vallejo, que fue por mandado deste concejo a la corte de S. M. para esta isla, dadas en Madrid, en que avisa de los negocios desta ciudad que llevó a su cargo, una el 30 de septiembre, otra del 17 de octubre y la otra de 24 del mismo mes de octubre, con las provisiones siguientes: Una sobre el repartir por los vezinos el salario que se a de dar a ocho soldados que velan en las fortalezas desta ciudad, fecha en Madrid a 25 de septiembre. Otra provisión para que [...] (f. 101v) En este cabildo se acordó que se upregone públicamente que todas las personas que quisieren oponer a servir las plazas de soldados de la fortaleza para haser vela y sentinelas en ellas, parescan ante su merced del dicho teniente para que admita su oposición, por quanto ai ocho [plazas] soldados para la vela en las fortalezas para prover con su [merced] la provision real de S.M., para lo cual manda se les dé salario en cada un año y se les a de dar, y con esto se fenesció este cabildo» (Firmado): Geronimo de Salazar, teniente. Luis Álvarez de Brito. Gaspar de Olivares Maldonado».

⁷⁴ LORENZO RODRÍGUEZ (1975-2011), v. I, p. 107.

Durante el desplazamiento de la flota en dirección norte-sur, el fuerte de Santa Catalina disparó, por lo que los agresores se separaron de la costa; finalmente, en la ensenada portuaria, los tiros de la fortaleza de San Miguel alcanzaron a varios buques de la escuadra inglesa. Además, a todo ello cabría sumar el comentado mal estado del mar. Así, a la inesperada y sorprendente para los británicos reacción isleña, que había tocado varios buques de la armada, los británicos tuvieron que añadir otra circunstancia desfavorable en la playa: la marejada que amenazaba con destruir pinazas y botes. Bigges relata esta circunstancia del siguiente modo: «*But the onely or 'chiefe' 'mifchiefe' was the daungerous sea surge, with at shore all alongst, plainly threatned the overtrouw of as many Pinnaces and boates, as for that time should have attempted any landing at all. Now feeing the expectation of this attempt frustrated by the causes aforesaid, we thought it meeter to fal with the isle Ferro*».

Desengañados, y perdida toda esperanza de invadir la isla, se retiraron y buscaron otro destino en donde hacer, por lo menos, la aguada y se dirigieron, primero —como se ha advertido— a La Gomera y, a continuación, fracasada la tentativa inicial, a la isla de El Hierro. En ningún lugar de las fuentes anglosajonas se especifica qué barcos fueron dañados, ni la cuantía de sus deterioros, ni dónde fueron reparados, pero es de suponer que las averías fueran subsanadas durante la travesía. Por tanto, se trataba de desperfectos menores. Lo que parece seguro es que por lo menos dos fueron alcanzados, los galeones *Bonaventure* y *Leicester*. En otros trabajos, se menciona uno más, el *Aid*. Esta circunstancia aumentaría en un tercio la eficacia de los artilleros palmeros, que habrían alcanzado a tres navíos: el galeón *Bonaventure*, en cuyo alcázar impactó una bala, cerca de Drake, reunido con sus dos «principales oficiales»; otro galeón, el *Leicester*, y otro barco, el *Aid*, que, como el *Bonaventure*, pertenecía a la monarca de Inglaterra. El total de bajas británicas en el ataque se ha cifrado en torno a 30⁷⁵. Es de suponer —con muchas reservas— que algunos acompañantes de Drake en el alcázar fueran su segundo jefe, el vicealmirante Martine Frobusher, y el teniente general al mando de las fuerzas de desembarco, Christopher Carleil. El fuego de la artillería palmera pudo descabezar de esta manera la expedición con un solo tiro y, como consecuencia, propiciar su finalización prematura. Como se ha analizado, a partir de ese día, el *Bonaventure* se mantuvo siempre fuera del alcance de los cañones de las fortalezas enemigas, dedicándose a

⁷⁵ ABAD RIPOLL (2008).

acciones de distracción; mientras, el ataque principal se llevaba a cabo por otro lugar⁷⁶.

Después de un inicio titubeante en Galicia, cuando Drake debió reconvenir a sus subordinados por aprovechar los momentos de aguada en tierra para dedicarse a los saqueos (la ermita de Santa Marta en Bayona, por ejemplo, fue un objetivo), entró directamente a saco en Santa Cruz de La Palma e intentó desembarcar frontalmente en la playa más próxima al puerto aprovechando la potencia de fuego proporcionada por sus potentes naves. Como es sabido, la invasión fue un desastre y Drake dio la orden de retirada. Los motivos del fracaso del marino devoniano pueden resumirse en varios aspectos:

1º) Drake actuó con un exceso de confianza, motivado, en cierto modo, por el endeble comportamiento de los españoles en su estancia tanto en Bayona como en Vigo. Quizás, inducido por ello, trató de desembarcar sin apenas haber estudiado el terreno y a plena luz del día. No tenía por qué pensar que los palmeses reaccionarían llamando a las armas, cuando en Vigo lo que hicieron sus habitantes fue intentar huir en sus barcos con todos sus enseres; de aquella manera lograron ponérselos en bandeja a los ingleses, que los requisaron.

2º) Los isleños se encontraban alertados y habían montado un sistema de alerta temprana. En este sentido, debe subrayarse que se había dispuesto una serie de atalayas para avisar de la presencia de la flota inglesa tan pronto como apareciera.

3º) La eficacia de la artillería y, sobre todo, su alcance convirtieron a los barcos en objetivos muy rentables. No en vano, cualquier impacto podría causar muchos daños en unas naves atestadas de soldados con poco espacio para moverse.

⁷⁶ KONSTAM (2011). El párrafo, en que figura la fecha en calendario Juliano, es el siguiente: «*By 3 november the fleet was lying off Las Palmas, where Drake planned to land and seize whatever provisions and plunder he could find. Unfortunately for the English, the sea was too rough to attempt a landing, and the Spanish gunner plied the approaching English ships with shot. One round shot narrow missed Drake and his two leading officers as they stood on the quarterdeck of the Elizabeth Bonaventure. Other hits were scored against the galleon Leicester and the Aid. Quite sensibly Drake decided to withdraw. Instead he took on water from the undefended island of Gomera, and then continued his voyage heading south towards the Cape Verde Islands.*».

4º) La milicia cumplió su cometido en la playa impidiendo el desembarco de la infantería con las armas de que disponían. Presumiblemente, no podría competir con las de los piqueros y arcabuceros ingleses en un combate en terreno abierto; no obstante, en una posición defensiva en tierra, las fuerzas se equilibraban.

Aún así, en 1587, el Cabildo de La Palma, en reunión del 19 de noviembre, analizó el ataque de Drake extrayendo algunas consecuencias. Tras la noticia de la nueva partida del devoniano con una flota de 27 navíos, los capitulares palmeños acordaron que era «*cosa cierta y por experiencia se ha visto que si quisiera echar gente con sus bateles y lanchas tiene necesidad de llegarse con las naos para darles favor; si de las fortalezas le tiran la artillería le habrá necesariamente de ofender y echar las naos al fondo, y por esto dudará de evitar gente en los barcos y lanchas; porque si quisiere acometer la principal fuerza que esta ciudad tiene es la artillería de las fortalezas para el gobierno de la cual conviene que haya en ellas alcaldes y hombres de razón*»⁷⁷. Es decir, se entendía que un posible ataque de Drake debía reproducirse en una acción combinada de lanchas de desembarco y navíos que los protegieran; si ello fuera así, la mejor custodia de la ciudad era nombrar oficiales competentes en cada una de las fortalezas, como así había sucedido en 1585. Aunque en Canarias la alarma fue general, el punto más meridional que Drake llegó a alcanzar en esta ocasión fue Cádiz, en cuyo puerto destruyó los barcos que se estaban amarinando para participar en la Armada Invencible.

En definitiva, los ingleses hicieron el 13 de noviembre de 1585 lo que más le convenía: marcharse cuanto antes y buscar algo más fácil de conquistar. Suponer, como han argüido distintos autores, que la marejada impidió el desembarco, sin tener en cuenta la reacción palmera, es negar la realidad. Ni en el desembarco en la isla de Santiago, ni en el de La Española el inestable estado de la mar fue un obstáculo para materializar la agresión. Para los dominicanos, por ejemplo, el desembarco en la playa de Haina era imposible y de hecho cuando otearon las velas en la lejanía, creyeron que los barcos ingleses habían encallado en la operación de aproximación a la playa. Lo que sí varió en lo sucesivo en esta expedición al Caribe de 1585-1586 fue la táctica empleada en las subsiguientes acciones. Se han subrayado las características del ataque

⁷⁷ LORENZO RODRÍGUEZ (1975-2011), v. I, p. 107.

a Santa Cruz de La Palma: un choque directo contra la línea defensiva. La experiencia sirvió de caldo de cultivo, modificando en el resto de la expedición al Caribe el *modus operandi*.

En Cabo Verde, el marino anglosajón eligió una playa alejada varios kilómetros y oculta de las vistas de los habitantes de Ribeira Grande. Como el ataque lo efectuó durante el día, primero envió varios barcos a bombardear las defensas de la ciudad para velar la verdadera maniobra de desembarco. Además, en Santiago se utilizó la noche para abandonar la costa y subir desordenadamente y como pudieron a la explanada superior, donde reorganizaron sus fuerzas en bloques de piqueros y de arcabuceros a vanguardia y a los flancos. De madrugada, dispuestas las unidades terrestres, los barcos iniciaron el bombardeo de la ciudad, atrayendo el fuego de sus fortalezas, que disponían de unos cañones de mala calidad y poco alcance⁷⁸. Mientras, las fuerzas terrestres iniciaban su avance sin que nadie lo obstaculizara. No hubo combate; cuando llegaron los soldados del teniente general Carleill, la guarnición y los habitantes habían abandonado la ciudad. La maniobra funcionó perfectamente y, aunque con la ocupación no consiguió rescate alguno, sirvió para refrescar las tropas con un mínimo coste. Como los beneficios del saqueo habían sido escasos, Drake ordenó que el oro, plata y las cosas de valor rapiñadas se guardaran en cofres a la espera de un reparto al concluir el viaje. Ello derivó en enconadas reticencias de algunos dirigentes de la expedición⁷⁹. La maniobra fue un éxito, pero es de suponer que a Drake no le acabó de convencer del todo, pues un desembarco de tal cantidad de tropas se revelaba muy complejo. De momento salió bien; sin embargo, todavía habría que mejorar varios aspectos y eso les exigiría un mejor planeamiento.

Más tarde, en Santo Domingo, Drake dio mucha importancia a la preparación. De acciones sobre la marcha y, digamos, improvisadas — como en La Palma y en Santiago—, en las que el desembarco se ejecutó en el lugar considerado a primera vista como más adecuado y sin perder mucho tiempo, se pasó a un planteamiento más minucioso. Así, en Santo Domingo se llevó a cabo una mejora sustancial de las capacidades de análisis de su equipo. Se buscó información sobre el enemigo mediante reconocimientos a vanguardia, empleando para ese cometido sus barcos más veloces e interrogando a los prisioneros, quienes llegaron a

⁷⁸ CARITA (2010). Se indica que los baluartes de Ribeira Grande necesitaban culebrinas, armas largas adecuadas para tiros lejanos con sus municiones así como picas y arcabuces ya que los baluartes se encontraban con poca artillería y pequeña («com pouca artilharia e miúda»).

⁷⁹ Por ejemplo, esta disensión costó a uno de ellos —Francis Knolles— el mando de su navío.

proporcionar información vital. Esta vez también se concibió de nuevo el desembarco de la infantería lejos de la vista y los fuegos enemigos. Utilizó maniobras de diversión, atrayendo la atención de la guarnición sobre sus buques, mientras el esfuerzo principal se llevaba a cabo por tierra, pasando su movimiento totalmente desapercibido. El resultado es conocido: las milicias sorprendidas evacuaron la ciudad casi sin combatir, como se puede comprobar por el limitado número de bajas en las líneas españolas. En el frente británico, también hubo pocas bajas, pero, tres de sus barcos fueron tocados y aunque luego fueron sustituidos por otros tantos fondeados en el puerto, no deja de ser un fallo en la ejecución de su maniobra ya que Drake había dado orden a sus navíos de no empeñarse en demasía en el combate naval. Las tres embarcaciones habían sido dañadas a la entrada del puerto lo que nos hace suponer que se acercaron demasiado a la fortaleza de Ozama. Cabe subrayar que, con posterioridad, uno de los barcos españoles tomados por los ingleses se hundió cuando la flota se aprestaba a abandonar el puerto de Cartagena de Indias y, por ello, su salida definitiva se retrasó dos días más, tiempo empleado en realojar la carga y el personal en otros buques.

En la estrategia empleada por Drake se puede observar una continua evolución, tanto en el planeamiento como en el desarrollo de las operaciones de desembarco así como en el ataque por tierra a los flancos desprotegidos de las ciudades españolas. El efecto sorpresa se evidencia como estrategia tomada de la práctica. Tendremos que esperar a su próximo movimiento, el ataque a Cartagena de Indias, para evaluar la consistencia del planeamiento del marino inglés y reflexionar sobre si sus victorias eran fruto de la casualidad o de la baja preparación de las guarniciones españolas.

Desde la partida de aguas canarias, Cartagena de Indias disponía de la guarnición de mayor entidad de las que hasta ese momento se había enfrentado la flota anglosajona. Además, era muy difícil, por no decir imposible, envolverla por los flancos. *A priori*, se esperaba un enfrentamiento más equilibrado en el que los combatientes tendrían que verse las caras; es decir, una lucha frontal. En la hora decisiva para la ciudad, el gobernador no escatimó medidas defensivas. Mientras esperaba la aparición de las velas inglesas (en realidad, ondearon banderas corsarias), ordenó evacuar la ciudad, se solicitó apoyo a las localidades próximas y aprestaron las fuerzas, para cuyo cometido se les proporcionó el armamento disponible: lanzas o picas y arcabuces, si bien, una vez equipadas, las fuerzas locales seguían teniendo carencia de armaduras

o corazas (petos), tal y como pudieron observar los ingleses durante el combate en la playa.

Sin embargo, un error capital manchó la táctica utilizada por el gobernador cartagenero cuando ordenó a los arqueros nativos («flecheros») que hostigaran el movimiento inglés. El gobernador de la plaza no tuvo en consideración el hecho de que los indios no combatían de noche; de ahí que los españoles encargados de dirigir a estas fuerzas móviles se plegaran a esta circunstancia y relajaran la vigilancia nocturna. Por este motivo, Drake, otra vez, con sus movimientos al amparo de la oscuridad y sus acciones de diversión distrayendo la atención de los defensores con señuelos, consiguió de nuevo la sorpresa lo que parecía casi imposible. El resto ya era cosa del general Carleill, que demostró saber lo que hacía en el campo de batalla. Era un verdadero líder y bajo su mando los hombres daban por segura la victoria. Los ingleses arremetieron con ímpetu contra los piqueros y arcabuceros en la barricada, sufriendo muchas bajas si las comparamos con las españolas, pero en realidad fueron mínimas. Esta vez ganó el que tuvo más fe en la victoria; en este caso, fue cierto el dicho que reza *Dios suele ayudar al ejército más numeroso y mejor armado* y en la coyuntura de equilibrio de fuerzas *al mejor entrenado y equipado*. Los milicianos, temerosos de Drake, al primer revés y perdida la bandera, abandonaron el muro de la playa y buscaron refugio en la retirada.

Tras la ocupación de Cartagena de Indias, Drake liberó a muchos esclavos. Lo paradójico es que alguno de ellos pudiera estar allí gracias a él. No se debe olvidar el avezado historial del devoniano como traficante de humanos. El caso es que las enfermedades se habían cebado grandemente en la flota causando una elevada mortandad y, por lo tanto, disponía de espacio libre en los buques para embarcar a más personas. No sabemos si la noticia de esta liberación de esclavos se propagó, pero lo cierto es que tan sólo un año después, cuando corrieron rumores de nuevas expediciones, el Concejo de La Palma, en sesión de 6 de octubre de 1586, debatió la posible sublevación de los esclavos de la isla⁸⁰.

⁸⁰ AMSCP: legajo 667, ff. 398-400. «Lunes, seis días del mes de octubre, año de mil y quinientos y ochenta y seis, se juntaron a cabildo, en las casas del consistorio desta ciudad, los muy ilustres señores el licenciado Gerónimo de Salazar, teniente de gobernador en esta isla de La Palma, Luis Alvares de Brito, Baltasar Péres, Nicolás Oriés, Francisco de Lugo Casaos, Domingo García Corvalán, Roberto Hernández, Baltasar Gosnales Dacosta, regidores de la dicha isla y por ante nos, los escrivanos públicos y del consejo desta isla que de yuso firmamos. [...]. En este ayuntamiento, su merced del señor teniente, dio noticia y hizo saber a los señores regidores que en esta isla abía quinientos esclavos negros y mulatos, que sus señores de ellos los tienen por tales, que a viendo ocasión de enemigos que sobre esta isla vengan, serían contrarios no sólo a sus señores pero contra los demás personas libres de la tierra y que por alcanzar libertad harán qualquiera atrevimiento, [...] a lo qual, los señores regidores dixeron que de presente, es su parecer que no se puede dar otra mejor orden hasta quando se vea la ocasión de lo que se ofresca serca desto, y que en el interin y hasta quando otra cosa, el tiempo y ocasión a[d]vierta de ser proveida, su merced del señor teniente, como juez ordinario desta isla y capitán general de ella, haga y provea

De cualquier manera, más cercanas se encontraban las remisiones de esclavos moriscos en el archipiélago realizadas desde las primeras invasiones berberiscas. Aunque el texto del acta del concejo del 6 de octubre de 1589 no es legible en su totalidad, de la lectura de la misma se desprende el temor manifiesto del licenciado Jerónimo de Salazar, teniente de gobernador, ante la situación de quinientos esclavos, muchos de los cuales, sin duda, determinarían rebelarse no sólo contra sus amos, sino también contra «las demás personas libres de la tierra» en caso de un posible ataque «de enemigos que sobre esta isla vengan», y alistarse en las filas del bando contrario «por alcanzar libertad»⁸¹. Así y todo, no se adoptaron medidas concretas al respecto; sólo si fuere necesario y la ocasión lo advierta, se proveerá —reza el acta— «contra qualquiera de los esclavos que fueren inobedientes o hizieren otra cosa individa». En Cartagena de Indias, por su parte, es factible que Drake no pudiera llevarse más barcos. En la coyuntura de tenerlos disponibles, habría preferido marineros. El resultado fue que navíos capturados —las «presas de guerra»— acabaron como pasto de las llamas. Con esta carga extra conformada por esclavos liberados, tomó rumbo a las costas de Cuba, donde sus principales problemas se centraron en conseguir aguada y alimentos frescos para más de dos mil personas. Finalmente, los fuertes vientos impidieron tomar rumbo al este cuando intentó bordear la isla, dejando atrás el cabo San Antonio, y optó por otro destino.

El último ataque, el de San Agustín fue fruto más de la casualidad que de un hecho premeditado. No obstante, los ingleses no desaprovecharon la ocasión. Fue en el desembarco en donde encontraron menor resistencia. De hecho, como solía ocurrir en estos casos, el gobernador había ordenado abandonar el asentamiento el día anterior y sólo quedaba presente la guarnición del inacabado fuerte de San Juan, que se estaba construyendo con madera de pino del entorno (de ahí proviene el topónimo, *San Juan de los Pinos*). Aún así, los ingleses perdieron a un general, su «sargento mayor», que se lanzó en solitario en persecución de los fugados. Apenas hubo combate; cuando los ingleses llegaron al fuerte, éste había sido abandonado. Lo mismo ocurrió al acercarse a las casas de población, fabricadas en madera. El hecho de abandonarlas no las salvó de la quema, ya que Drake, en la ciudad de Ribeira Grande, había declarado que reduciría a cenizas todos los enclaves que encontrara abandonados a su llegada.

de lo que más entendiere que serca desto convenga ser hecho, proveido y executado contra qualquiera de los esclavos que fueren inobedientes o hizieren otra cosa individa contra sus señores o qualquiera cosa particular».

⁸¹ Otra interpretación del acta localizamos en el profesor Fernando Gabriel Martín Rodríguez, quien afirma que «se cuenta para la defensa con 500 esclavos negros y mulatos que hay en la isla» (MARTÍN RODRÍGUEZ (1995), p. 210).

Drake ordenó incendiar las casas y, una a una, fueron desapareciendo bajo la acción de las llamas. Las maderas del fuerte también sirvieron para agrandar la humareda iniciada en el núcleo. Cuando se marcharon los anglosajones, no quedaba rastro de él y su destrucción se llevó a cabo con el mínimo coste (en la pérdida de las casas y fuertes de Cartagena de Indias, al ser de construcción sólida, tuvieron que gastar pólvora). No quedó nada útil para los habitantes de San Agustín, sobrevividos gracias a la ayuda recibida en el cercano poblado indígena de Nombre de Dios, donde existía una misión católica. Debería transcurrir mucho tiempo hasta que San Agustín consiguiera estabilizarse; eso ocurrió cuando sus fuertes dejaron de ser de madera (el material más abundante en la zona) y construyeron uno de naturaleza pétreo: el castillo de San Marcos. Por último, debe subrayarse que San Agustín no recibió un trato distinto al de otras pequeñas localidades del Caribe, asoladas también en acciones piráticas, alguna de ellas, más de una vez; sin embargo, la invasión de San Agustín tuvo mucha más repercusión.

La desolación de la población sanagustina puso en peligro la presencia española en La Florida; de haber encontrado Drake una vía navegable hasta Santa Elena, pudo haber puesto fin a los asentamientos españoles en la península. Como consecuencia del ataque, las autoridades españolas consideraron inviable mantener el sistema de pequeños emplazamientos dispersos y concentraron la población en aquellos enclaves, con mayor importancia estratégica para la metrópoli. Santa Elena fue abandonada un año más tarde por los españoles. Estaba situada lejos al norte, en la actual Carolina del Sur, siendo más difícil de proteger y de abastecer que las situadas más al sur y, por tanto, a menor distancia de La Habana, como era el caso de San Agustín, por lo que se optó por reconstruir esta ciudad (lo que no fue nada fácil) y concentrar en ella a todos los colonizadores españoles situados más al norte⁸². Los ingleses tendrían ahora muchas más posibilidades de asentarse en la costa americana y, de hecho, ya habían empezado a establecerse en Virginia⁸³. Las colonias inglesas llegaron con el tiempo a convertirse en un verdadero incordio para las posesiones españolas de La Florida. Este problema fronterizo no se resolvió favorablemente para los españoles hasta que los sanagustinos construyeron el castillo de San Marcos. El caso es que con un poco más

⁸² De hecho, Santa Elena es hoy Port Royal (Carolina del Sur).

⁸³ Sir Walter Raleigh (Devonshire, Inglaterra, ca. 1552-Londres, 29 de octubre de 1618) fue marino, pirata, corsario, escritor y político inglés; concibió el proyecto de colonizar América del Norte, fundando en 1584 la colonia de Virginia. Raleigh le puso el nombre en honor de la reina Isabel I, conocida como «la reina virgen», ya que nunca llegó a contraer matrimonio.

de fortuna, Drake podía haber acabado con la presencia española en la península de Florida. No lo consiguió, pero sí es verdad que por su causa se retiraron los colonos españoles de los territorios situados más al norte (Carolina del Sur), desde entonces ocupados por los ingleses.

5. «LA PALMA DE LA VICTORIA»: EL ARCÁNGEL HISPANO FRENTE AL DRAGÓN BRITÁNICO

La expedición inglesa de 1585-1586 y, especialmente, la que tendría lugar una década más tarde alcanzaron sus respectivas cosechas literarias; en el plano simbólico, la figura de Drake llegaría a lograr un predicamento muy aprovechable en el marco del conflicto político que enfrentaba a España con Inglaterra, y que, como sabemos, no estaba desvinculado de un paralelo significado religioso, que oponía la hegemonía de la Iglesia de Roma, representada por el caso español, al creciente Luteranismo⁸⁴. El análisis detenido de los discursos ofrecidos por las producciones cronísticas y las poesías épicas gestadas al calor de la presencia draqueana en aguas atlánticas a finales del siglo XVI permite acercarnos a los mecanismos de los que se sirvieron los propagandistas y amigos de la Corona española para, por un lado, enaltecer los valores y doctrinas impuestos con la Contrarreforma, y, por otro, revestir aquellos hechos bélicos y piráticos en acontecimientos históricos, perpetuados gracias a varias plumas favorecedoras de un objetivo común: exaltar la definitiva derrota de Drake y enaltecer la batalla ganada (la militar y la simbólica) a Inglaterra. Nacen, así, los primeros esbozos de un ejercicio propagandístico que conviene examinar a través de las fuentes coetáneas y de algunas otras posteriores.

Desde el punto de vista literario, lo primero que llama la atención del frustrado asalto inglés al puerto de Santa Cruz de La Palma en 1585 (el que analizamos aquí) es la escasez de fuentes conocidas que concentraron su intención en prestigiar las hazañas españolas contra las pretensiones invasoras de Drake; más aún si tenemos en cuenta la *fama* que el almirante ya había cosechado para entonces. Tal pobreza documental resulta incomprensible dado el alcance de la victoria —española y católica— sobre el ínclito almirante-pirata y lo que éste representaba —la exaltación de la Iglesia Anglicana y el poder de Inglaterra—; pero aunque incomprensible, no parece del todo inexplicable. La expedición draqueana de 1585-1586 fue tenida en su conjunto como una victoria

⁸⁴ WRIGHT (2001), pp. 115-130.

inglesa, por lo que es lógico que la corona española no se interesase por remarcar estas agresiones, saldadas mayoritariamente con humillantes triunfos británicos, con la excepción del episodio de Santa Cruz de La Palma, insignificante en el plan de operaciones de Drake, salvo por el retraso que supuso para su viaje transoceánico. Habremos de esperar al fracaso definitivo de Drake en la campaña de 1595-1596 para ver dispararse el cultivo de la epopeya que canta a la España imperial y condena al «Dragón de Inglaterra» (según feliz expresión del *Fénix*); en el caso de la victoria obtenida por los grancanarios, por ejemplo, compondrán poemas épicos Lope de Vega (1562-1635), quien le dedica diez octavas del canto III de su *Dragontea* (publicada en Valencia en 1598) y aludirá a Drake en otras ocasiones, y el grancanario Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), autor del romance *Por la victoria de Canaria sobre Draque*, incluido en la entrada de «San Pedro Mártir, patrón de la isla de Canaria», en la primera edición de la segunda parte de su *Templo militante* (Valladolid, 1603); una versión acortada, en endecasílabos, para la misma entrada en la edición lisboeta del *Templo* (1613); y otras dos composiciones: el *Canto heroico a la victoria que ganó Canaria de la poderosa armada de Francisco Draque a 6 de Octubre de 1595*, dedicado a Rojas de Carvajal e integrado en la *Esdrújula*, y la *Historia de la vana empresa de la jornada de Draque contra Canarias*, cuyo autógrafa conservaba Gil González Dávila⁸⁵.

Por el contrario, la comentada circunstancia de la frustrante (desde el punto de vista hispano) expedición de 1585-1586 condujo a un mutismo prácticamente absoluto en relación al triunfo palmero del 13 de noviembre. Aparte de la literatura gris, propia de la administración y reflejada principalmente en el informe del teniente de gobernador Jerónimo de Salazar y en la *Descripción* de Leonardo Torriani, o en algunas escrituras privadas, como las otorgadas ante escribano público por Sebastián de Barrios y Pedro de Liaño, literariamente el hecho heroico de la defensa de La Palma y el valor mostrado por los palmeros ante el ataque de Drake sólo alcanzaron eco —marcadamente breves— en cuatro piezas: en unos versos de Juan de Castellanos incluidos en su *Discurso del capitán Francisco Draque* (1590)⁸⁶, en un informe sobre el ataque de Drake a Cartagena de Indias suscrito por Diego Hidalgo de Montemayor (1540-?) —los dos citados en su obra cumbre por Rumeu de Armas—,

⁸⁵ Para el tratamiento en Lope, véanse: NÚEZ CABALLERO (1964), pp. 26-35 y WRIGHT (2001). De la versión de Cairasco se ha ocupado: NÚEZ CABALLERO (1964), pp. 33-36.

⁸⁶ Juan de Castellanos nació en Alanís (Sevilla) el 9 de marzo de 1522 y murió en Santiago de Tunja, Colombia el 27 de noviembre de 1607, fue poeta, cronista, militar y sacerdote.

en la *Tercera parte de la Historia General del Mundo* (Madrid, 1612) de Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1626) y en el libro *Filipe II, rey de España* (1619-1876), de Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623), también citado en su obra por Rumeu de Armas.

El *Discurso del capitán Francisco Draque* de Castellanos, militar y beneficiado de Tunja (Colombia), fue un libro censurado en su época por la circunstancia apuntada de la expedición victoriosa de Drake. Se trata de una prohibición en aras de no inducir más miedo a la población ante tan temido militar (la exitosa expedición caribeña de Drake creó una psicosis colectiva entre muchas capas de la sociedad española). Por este motivo, la obra permaneció en formato manuscrito hasta que en 1921 fue publicada a cargo de Ángel González Palencia. Señala Castellanos acerca del ataque a Santa Cruz de La Palma que «*Francis Drake parte, de este puerto, con dos navíos menos*». Quizás sea una licencia que se diera el escritor, pues por otras fuentes no tenemos constancia sino de que los buques fueron dañados y no hundidos, sin embargo es bastante probable, como dice a continuación, que «*algunas de las lanchas de las suyas rotas*» las hayan perdido los ingleses durante el desembarco en la playa. Los versos dicen:

*«Las vanderas inglesas embarcadas
por no perder mejores ocasiones,
en busca de las Islas Fortunadas,
guían los bien armados galeones;
pero no las hallaron descuidadas,
antes con necesarias municiones;
luego La Palma saquear entiende
mas con valor insigne se defiende.*

*Anduvo la refriega de buen arte,
en ambas partes salitrosos truenos,
no dándole lugar al estandarte
contrario para ver aquellos senos.*

*En efecto, Francisco Draque parte
deste puerto con dos navíos menos
y algunas de las lanchas de las suyas rotas
con los ardientes globos y pelotas».*

La segunda referencia la debemos a Hidalgo, juez de la Real Audiencia de Granada. En la *Relación* sobre el asalto británico, remitida a este tribunal, refiere sobre Santa Cruz de La Palma que la flota inglesa había navegado «a las Yslas de Canaria, e queriendo hacer daño en La Palma se lo impidieron los que en ella residen y le cañonearon dos navíos con lo cual se retiraron»⁸⁷. La tercera alusión, escrita en 1612, fue obra del cronista real Antonio de Herrera y Tordesillas, quien afirma que la artillería isleña logró abatir entre treinta y cuarenta soldados ingleses⁸⁸.

La última y más tardía, es la del también cronista Luis Cabrera de Córdoba⁸⁹. En el capítulo «La navegación y robos que hizo Francisco Draque en las Indias», consta un fragmento en el que se relata el ataque a La Palma; el texto dice así: «en la isla de la Palma le impidieron a viva fuerza el desembarco. Y robados algunos navíos cargados de vino para las Indias, pasó a las islas de Cabo Verde, ocupó a Santiago, su principal población, ganando algunos fuertes de la playa, embarcó la artillería y hacienda y apareció sobre la isla Española, o de Santo Domingo, a once de enero entre la punta de Santa Catalina y la de Cancedo»⁹⁰.

El conjunto de estas cuatro referencias evidencian que para los historiadores de la época el ataque y derrota de Drake en Santa Cruz de La Palma no pasó desapercibido. En un plano alegórico podríamos interpretar que el arcángel «san Miguel de La Palma», conquistador de la isla, su custodio y titular de la fortaleza que abatió a Drake venció al «dragón inglés». De los testimonios de los cronistas —indirectos— se deduce también el carácter preliminar o si queremos tan sólo de refriega que revistió aquel hecho de armas. No obstante, como se ha observado, para Drake, la importancia a nivel estratégico de aquellos hechos fue muy provechosa.

6. CONCLUSIONES

En la trayectoria militar del célebre marino Francis Drake con anterioridad a 1585, pocas habían sido sus frustraciones. Hasta entonces, y con algunas excepciones, los éxitos bélicos e incluso expedicionarios se sucedieron de un modo triunfal. Tardaría tiempo en torcerse estas

⁸⁷ Citado por: RUMEU DE ARMAS (1991), v. II, primera parte, p. 24.

⁸⁸ HERRERA Y TORDESILLAS (1612), p. 12.

⁸⁹ Luis Cabrera de Córdoba, (1559-1693). Su obra más importante es la biografía: «Felipe II, rey de España». La primera parte se publicó en 1619 (desde el nacimiento del Felipe II hasta su regreso de Portugal en 1583). La segunda parte (1583-1596) no se publicó hasta 1876, ante la petición de los diputados de Aragón para que no se difundieran lo ocurrido en Zaragoza en 1591 y la huida del responsable de la «leyenda negra antiespañola»: Antonio Pérez.

⁹⁰ CABRERA DE CÓRDOBA (1876-1877), v. II, cap. XIII, p. 913.

circunstancias. El viaje al Caribe en 1585-1586, que abrió la guerra anglo-española que duraría diecinueve años, junto a las campañas subsiguientes en aguas atlánticas europeas, elevó la figura de Drake a carácter mítico. Uno de los pocos reveses antes de estas fechas fue el ataque a Santa Cruz de La Palma. Una derrota mínima que no le llevó más que la pérdida de algunos hombres y daños colaterales. Quizás, más que un fracaso fue un contratiempo en la carrera de estos gloriosos años. Sin embargo, en el intento de desembarco en la capital palmera, podrían entrecerse varios aspectos de estrategia militar que han pasado desapercibidos para la historia general. He aquí su síntesis.

Un desembarco de más de 1.000 soldados constituía una operación complicada, sobre todo si se llevaba a cabo bajo el fuego enemigo y en adversas condiciones marítimas, tal y como ocurrió en esta empresa, frustrada para los intereses ingleses. Con la experiencia palmera, Drake modificaría a partir de entonces su operación de ataque en las siguientes plazas. Su estrategia puede resumirse del siguiente modo: a la vista de las fortalezas defensivas se colocaban las naves, que distraían la atención de oficiales y castellanos, de manera que las tropas podían desembarcar en zonas alejadas de los disparos enemigos y avanzar por tierra hacia los puntos menos guarnecidos, aprovechando, con frecuencia, la oscuridad para realizar desembarcos o movimientos nocturnos. Las ciudades atacadas también comprendieron que su defensa, limitada a su zona costera y a sus puertos, no era capaz de resistir un ataque en fuerza llevado a cabo por las fuerzas terrestres desembarcadas.

En 1585-1586, Santa Cruz de La Palma fue la única población que logró defenderse eficazmente. La reacción española se concretó en la mejora de los fuertes y defensas marítimas de las localidades saqueadas en la expedición. En poco tiempo se fortificaron las plazas principales y otras secundarias de Indias. Por ejemplo, la última que sufrió el ataque de Drake, San Agustín, no contaba con medios para protegerse y fue la de Drake la primera amenaza que experimentaba en su historia. Fundada medio siglo más tarde que Santa Cruz de La Palma, el asalto del devoniano le afectó tanto como a la ciudad canaria el ataque del pirata de *Pie de Palo* treinta y dos años antes. Con el tiempo, ambas habrían de seguir un mismo camino; de esta manera, en San Agustín se fabricaron dos castillos: el principal de San Marcos (1672-1695) y el fuerte Matanzas (1740), que la protegía por el sur. Una vez fortificada, y al igual que había ocurrido en Santa Cruz de La Palma, San Agustín pudo hacer frente a las siguientes agresiones y su castillo nunca fue conquistado

por la fuerza. No cabe duda de que la amarga experiencia obtenida con François Leclerc coadyuvó a que Santa Cruz de La Palma saldase de una manera airosa esta comprometida situación posterior.

Han pasado más de cuatrocientos años y todavía se sigue hablando del comportamiento vergonzoso de las defensas de Santo Domingo (y de las otras ciudades atacadas) durante esta expedición. El único sitio que rechazó a la flota inglesa fue Santa Cruz de La Palma, si bien esta victoria ha pasado en parte desapercibida para la historiografía internacional y, lo que es peor, a menudo se ha confundido su escenario con otras poblaciones canarias, en especial con Las Palmas de Gran Canaria y, en menor medida, con Santa Cruz de Tenerife. El objetivo de este trabajo ha sido poner de relieve las consecuencias derivadas de la intentona de la flota de Drake a la *ciudad de La Palma*, que si bien no fue un ataque dilatado ni con pérdidas considerables, le llevó a modificar sus tácticas de desembarco. Sin duda alguna y por méritos propios, estos hechos deben quedar consignados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD MUÑOZ, Rafael (2008): *Política marítima de Inglaterra en las Indias Occidentales desde 1500 a 1700: navegantes, privateers, piratería y trata*. [Tesis doctoral]. [Manuscrito]. La Laguna: [s.n.].
- ABAD RIPOLL, Emilio (2008): *Ataques piráticos a La Palma*. [Conferencia pronunciada en el Real Nuevo Club Náutico de Santa Cruz de La Palma el 20 de mayo de 2008]. [Texto mecanografiado]. Santa Cruz de Tenerife.
- ACOSTA DE SAMPER, Soledad (2007): *Los piratas de Cartagena*. Madrid: Luis Vives.
- ADAMS, Simon (1989): «La política isabelina y el principio de la guerra naval contra el imperio español, 1584-1585: el planeamiento del viaje de Sir Francis Drake a las Indias Occidentales». En: *La gran armada: Simposio Hispano Británico, Londres, junio 1988-Madrid, noviembre 1988*. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval, pp. 33-50.
- BIGGS, Walter (2008): *Drake's Great Armada*. [S. l.]: Dungan.
- BRITO DÍAZ, Carlos (2001): «“Y así será vencida la victoria”: Cairasco de Figueroa en el Gozne de Dos Siglos (1599)». En: *IV Centenario*

del ataque de Van der Does a Las Palmas de Gran Canaria (1999): Coloquio Internacional «Canarias y el Atlántico, 1580-1648». Coord. por Antonio de Bethencourt Massieu. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 821-840.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1876-1877): *Filipe II, rey de España*. Madrid: Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribauy C^a.

CARITA, Rui (2010): *A situação em Cabo Verde nos finais do século XVI*. Funchal: Universidade da Madeira.

CASAS PESTANA, Pedro J. de las (2004): *La isla de La Palma: su pasado, su presente y su porvenir (bosquejo histórico)*. Introducción, Germán González González. [Ed. fac., 1898]. [S. l.: Cabildo Insular de La Palma: Museo de Historia de la Educación «Rayas»].

CASTELLANOS, Joan de (1921): *Discurso del capitán Francisco Draque*. Ed. Ángel González Palencia. Madrid: Instituto de Valencia de D. Juan.

CAWTHORNE, Nigel (2003): *A History of pirates: blood and thunder on the high seas*. London: Arcturus.

CRAIN, Janet (2012): «Melungeon Myth of Drake Dropping Off Passengers on Roanoke Island». *Lost Colony Reseach Group Newsletter*, (august, 2012).

EXPEDITIO (1597): *Expeditio Francisci Draki. Equitis Angli in Indias Occidentales. A. M.D.LXXXV. Qua urbes, Fanum D. Iacobi, D. Dominici, D. Augustini, & Cartagena, captae fuere. Additis pasim regionum locorunque ómnium tabulis Geographicis quam accuratissimis*. Leydae, Apud Fr. Raphelengium.

FRUTUOSO, Gaspar (1964): *Las islas Canarias: (de «Saudades da terra»)*. Prólogo, traducción, glosario e índices por E. Serra, J. Régulo y S. Pestana. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

GARCÍA PEÑA, Carlos, ROS LARENA, Rosario (2002): «El sistema defensivo de Felipe II en Cabo Verde». *Cuadernos de historia moderna*, v. 27 (2002), pp. 11-48.

HERNÁNDEZ MARTÍN, Luis Agustín (2005): «Hanes Dayzel y Compañía: una sociedad palmera para comerciar con Flandes en el siglo XVI». En: *Flandes y Canarias: nuestros orígenes nórdicos*. La Laguna;

Las Palmas de Gran Canaria: Centro de la Cultura Popular Canaria, v. II, pp. 185-280.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de (1612): *Tercera parte de la historia general del mundo, de XIII años del tiempo del señor rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que pasó a mejor vida*. En Madrid: Por Alonso Martín de Balboa.

JOHNSTONE, C. I. (1837): *Lives and voyages of Drake, Kavendich and Dampier: including a view of the History of the Buccaneers*. Edinburgh: Oliver & Boyd.

KEELER, Mary Frear, ed. (1981): *Sir Francis Drake's West Indian Voyage: 1585-1586*. London: The Hakluyt Society.

KELSEY, Harry (2002): *Sir Francis Drake, el pirata de la reina*. [Barcelona]: Ariel.

KONSTAM, Angus (2011): *The Great Expedition: sir Francis Drake on the Spanish Main 1585-86*. Oxford: Osprey.

LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista (1975-2011): *Noticias para la historia de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma. 4 vs.

MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando Gabriel (1995): *Santa Cruz de La Palma, la ciudad renacentista*. Santa Cruz de Tenerife: Cepsa.

MEMORIAS (1832): *Memorias de la Real Academia de la Historia*. Madrid: Real Academia de la Historia, v. VII, pp. 457-459.

MILLA Y VIDAURRE, José (1995): *El visitador*. Guatemala: Piedra Santa.

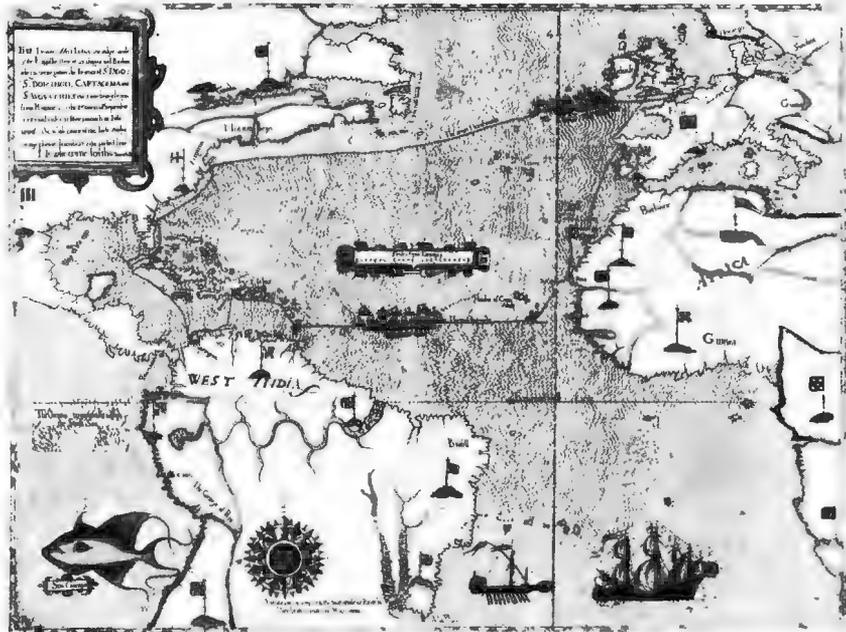
NUEZ CABALLERO, Sebastián de la (1964): «Las Canarias en la obra de Lope de Vega». *Anuario de estudios atlánticos*, n. 10, pp. 11-159.

ORTEGA GAYTÁN, Jorge Antonio (2005): *Los marinos: bitácora naval guatemalteca*. Guatemala: Centro Estudios y de Documentación para la Historia Militar.

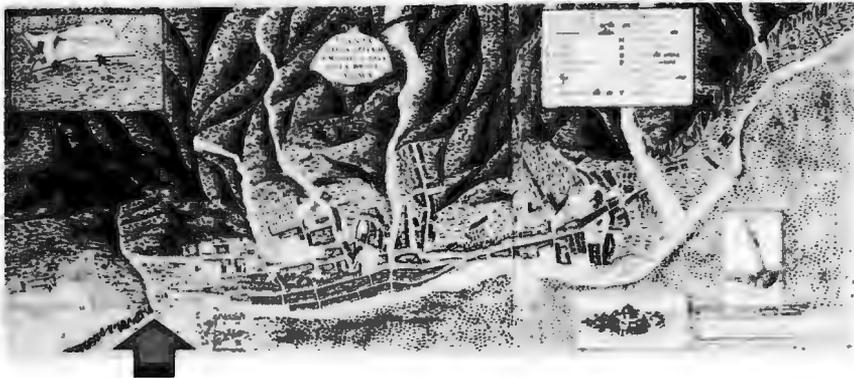
OVALLE, Cristóbal de (2009): *Escritos históricos de Américo Lugo: la invasión de Drake*. Santo Domingo (República Dominicana): Ban-reservas.

PLACER CERVERA, Gustavo (2006): «Francis Drake, Canarias y La Habana». En: *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana (2006)*. Las

- Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, pp. 1823-1833.
- RUIZ RIVERA, Julián B (2000): «Cartagena de Indias, puerto indefenso en el reinado de Felipe II». En: *Cuarto Centenario de la Muerte de Felipe II*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, pp. 1055-1068.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio (1991): *Canarias y el Atlántico: piraterías y ataques navales*. [Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria]: Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes.
- SUGDEN, John (1990): *Sir Francis Drake*. London: Barrie & Jenkins.
- SUMARYE (1589): *A Sumarye and True Discourse of Sir Francis Drakes: West-Indian Voyage: Wherein were taken, the Townes of Saint Iago, Sancto Domingo, Cartagena & Sant Agoustine. With Geograpfically Mappes exactly describing each of the Townes with their situations and de maner of the Armies approching to the winning of them: diligently made by Baptista Boccacio*. London: by Rogerd Bard, dwellin upon Lambard Hill, neere olde Fish-Streete.
- SUMARYE (1597): *A Sumarye and True Discourse of Sir Francis Drakes: West-Indian Voyage: Wherein were taken, the Townes of Saint Iago, Sancto Domingo, Cartagena & Sant Agoustine*. London: by Richard Field, dweling in the Blacke, Friards by Ludgate.
- TORRIANI, Leonardo de (1959): *Descripción e historia del reino de las islas Canarias antes Afortunadas con el parecer de sus fortificaciones*. Traducción del italiano, con introducción y nota por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife: Goya.
- WRIGHT, E. R. (2001): «El enemigo en un espejo de príncipes: Lope de Vega y la creación del Francis Drake español». *Cuadernos de historia moderna*, n. 26 (2001), pp. 115-130.



1. Giovanni Battista Boazio. Derrotero de la expedición de Francis Drake de 1585 a 1586.



2. Leonardo Torriani. Planta de Santa Cruz de La Palma con la señalización del ataque de Drake. Santa Cruz de La Palma en 1585. Castillo de Santa Cruz al norte (derecha), Castillo de Santa Catalina en el Centro y Castillo de San Miguel al sur (izquierda). El desembarco tuvo lugar al sur del Castillo de San Miguel.



3. Giovanni Battista Boazio. Vista de Ribeira Grande (Cabo Verde) con la señalización de la estrategia empleada por Drake.



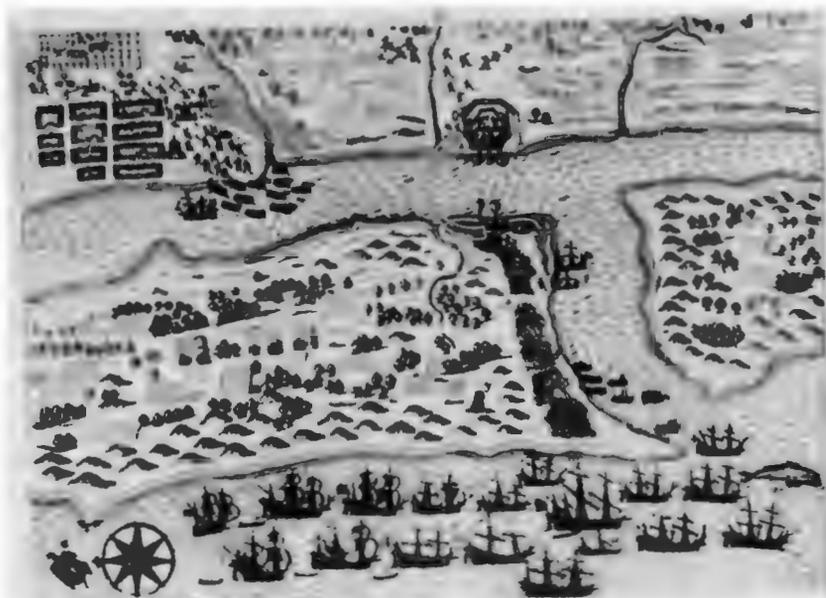
4. Isla de Santiago (Cabo Verde) con las poblaciones agredidas por Drake. Localidades que fueron asoladas en el ataque inglés de 1585: Ribeira Grande (Cidade Velha) y Praia (Playa) incendiadas por los ingleses y São Domingo (St. Domingo) en el interior, quemada por sus habitantes. El desembarco tuvo lugar entre Ribeira y Praia.



5. Giovanni Battista Boazio. Vista de Santo Domingo Santo con la señalización de la estrategia seguida por Drake. Ataque por tierra al muro oeste de la ciudad. El ataque desde el mar era en realidad una maniobra de distracción.



6. Giovanni Battista Boazio. Vista de Cartagena de Indias con la señalización de la estrategia empleada por Drake. La estrella de ocho puntas indica la situación de Drake.



7. Giovanni Battista Boazio. Vista de San Agustín (Florida) con la señalización de la estrategia empleada por Drake. Primer día: Bombardeo del fuerte de madera (en construcción) que fue abandonado. Segundo día: Desembarco en San Agustín, abandonado por sus habitantes.



8. Vista del Puerto de Santa Cruz de La Palma y Castillo de San Miguel en 1897.